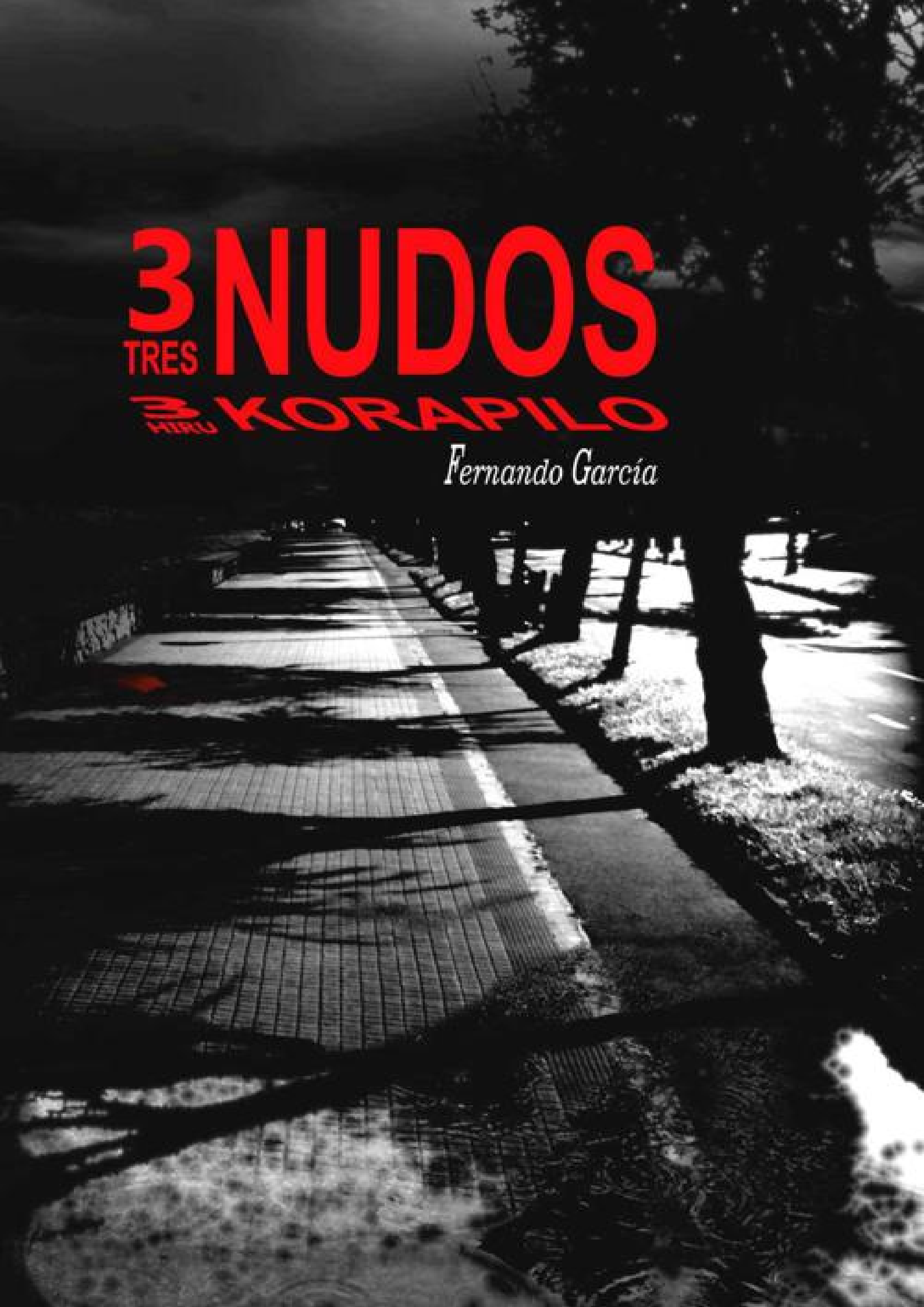


3 NUDOS

TRES

 KORAPILO

Fernando García



3 NUDOS
TRES

HIRU KORAPILO

Para Aitor.

Vive en la ficción lo que no pudiste disfrutar en la realidad.

Me acuerdo mucho de ti.

Agradecimientos

A todos los que me habéis animado a terminar la novela, sin vuestro aliento no hubiera llegado hasta el final; a mi sufrido grupo de lectores y correctores amateurs, sin los que no me hubiera atrevido siquiera a hacerla pública y a quienes habéis soportado pacientemente mis neuras y horas bajas: aquí está la novela, os la debía.

Un millón de gracias.

1. Sombras anónimas antes del amanecer

6:30 h del lunes, 11 de octubre de 2010

El cuerpo flotamansamente, boca abajo, cerca del centro del canal. Hace un frío intenso y húmedo, está lloviendo y todavía no ha amanecido. Apenas es un bulto, una sombra gris, abandonado, invisible, que se aleja muy lentamente del cono de luz amarillenta de la farola más cercana. Más allá la oscuridad es casi absoluta. Un ligero espasmo contrae los dedos de su mano y el corazón late débilmente por última vez, moviendo apenas un hilo de sangre. Un esfuerzo inútil que solo sirve para volver algo más pardas las sucias aguas del puntal. El hombre todavía alcanza a sentir que un frío lacerante se extiende y adueña de su cuerpo exánime, paralizándolo definitivamente.

* * *

Si alguien otorgara una homologación de calidad a las autopistas, alguno de esos ISO que tan de moda están, la AP8, sin duda, no la conseguiría. La mayoría de sus tramos recuerdan más a una carretera alpina que a la de alta capacidad que se supone que es.

Carlos circula por la autopista en dirección a Gipuzkoa, «otra vez», suspira con ese cansancio que producen las rutinas incómodas. Últimamente el recorrido le proporciona un regusto a «délàvu». Lluve y, a pesar de que en esas condiciones la circulación se complica bastante, esta vez él casi lo agradece. El bochorno de la última semana lo estaba dejando agotado. No soporta muy bien el calor. Además, el día ya ha comenzado mal desde primera hora. Se ha despertado con dolor de cabeza y con la nariz congestionada, cosa poco habitual en él. Por un momento incluso se ha planteado cogersela jornada de fiesta y desconectar el teléfono.

Perón podía ser; la semana pasada apareció muerta una niña de dieciocho meses en la playa de Zarautz. Chaid se llamaba, Chaid Aisa. Un caso turbio y triste, en el que parece estar implicado el padre de la niña, un indigente conocido de la policía, con varios arrestos y antecedentes por malos tratos a su madre. Tenía a la criatura viviendo con él en una chabola infecta, medio enterrada en el monte, oculta por la maleza y a pocos metros de la playa. El hombre, que ha sido imputado en la muerte de su hija, pasará hoy a disposición judicial en Azkoitia y Carlos quisiera llegara tiempo para estar presente. Ha calculado que con un par de ibuprofenos y una buena reserva de kleenex debería aguantar bien hasta que acabe la vista. Después ya se verá.

Lleva veinte años de servicio en la policía autonómica vasca, destinado en la Unidad de Investigación Criminal de la Ertzaintza, popularmente conocida entre sus compañeros por su acrónimo: UIC, prácticamente desde su fundación. Concretamente trabaja en la sección encargada de investigar los delitos contra las personas, de la que es el oficial responsable. Eso hace que acabe estando presente en todas las muertes violentas que ocurren en la comunidad. Y no es que no le guste su trabajo, pero hay ocasiones en las que toca hacer de tripas corazón, como el jueves pasado, con la pequeña Chaid, o como hoy mismo...

A las once de la mañana, cuando estaba de camino hacia Azkoitia, le ha sonado la BlackBerry. Era un SMS de Ardatz, el centro de comunicaciones y coordinación de la Ertzaintza: el mensaje le informaba de que había aparecido el cadáver de un varón, con signos evidentes de haber sido asesinado, flotando en un canal de Hondarribia. El policía sabe llegar allí. Conoce bien la ciudad. Un pueblecito encantador, muy turístico, situado en la costa vasca. Tiene el burgo amurallado, antigua defensa militar frente al invasor francés, en la misma orilla del río Bidasoa. Guarda buenos recuerdos de ella, recuerdos de sol, de buen comer..., un sitio bonito para veranear.

La lluvia, que arrecia contra el parabrisas dificultando la visibilidad, le saca de su momentánea ensoñación. Anotamente el nuevo homicidio, pero le lega a un segundo plano; necesita asegurarse de que el asesino de aquella pobre criatura no

saleen libertad y está seguro de que hay personal suficiente en su grupo para hacerse cargo de este nuevo homicidio hasta que él pueda echar un vistazo al asunto.

No habrían pasado ni cinco minutos tras leer el primer mensaje cuando ha sonado nuevamente el teléfono, esta vez es Sorondo, lo más parecido a una amistad que tiene en la *empresa*, que es como los policías vascos llaman a la Ertzaintza. A Carlos le suelen achacar un carácter difícil, pero él lo atribuye a la soledad de la jefatura, que lo distancia del resto del grupo de trabajo. Le ha informado que el cadáver que han encontrado corresponde a un compañero de trabajo, un tal Juan Pedro, que hizo el último curso de ascenso con él. Al escuchar su nombre se le ha helado la sangre en las venas. Carlos, que suele aprovechar para hablar largo y tendido con Sorondo, a quien considera algo así como su confidente y fuente de información dentro de las Secciones Centrales, esta mañana prácticamente le ha colgado el teléfono. Convivió una temporada con Juan Pedro e imaginando lo muerto en estas circunstancias le hace sentirse mareado.

Si desde un punto de vista humano siempre resulta complicada la investigación de un homicidio, trabajar con el cadáver de un conocido no es la mejor situación imaginable. Ya le ocurrió hace unos años, con el hijo de un vecino, y le costó meses digerirlo.

Desde el radio del coche, que acostumbra a llevar encendida para que le haga compañía durante los desplazamientos, la voz aterciopelada de la locutora de las mañanas de Radio Euskadi ha sustituido a la familiar voz de Sorondo cuando ha colgado el teléfono. El periodista parece ajena a las miserias del policía y, tras recordar a los treinta y tres mineros chilenos atrapados desde hace sesenta y siete días a casi setecientos metros de profundidad en la mina de San José, tras un derrumbe de las galerías, comenta que el padre de Chaid Aisa pasará a disposición judicial durante la mañana para, acto seguido, casi sin coger aire, mencionar la reciente aparición del cadáver de un policía apuñalado en circunstancias que se desconocen, flotando en las aguas de la Bahía de Txingudi.

En ocasiones, maldice Carlos, parece que la prensa tiene mejores fuentes de información que la propia policía. Ha escuchado perfectamente que acaba de decir apuñalado. La palabra se le queda cruzada cuando la locutora comienza a informar sobre el brusco descenso de temperaturas durante la jornada del domingo y las fuertes lluvias aparejadas, "el otoño nos está mostrando su cara más complicada en este puente del Pilar", dice. Carlos apaga la radio con disgusto. Ya es de dominio público. Pronto comenzarán las presiones para que se publiquen resultados positivos.

El padre de Chaid irá acompañado por otros investigadores de su grupo de trabajo, entre ellos, el propio instructor del estado policial, un buen hombre y un gran profesional con años de experiencia en este tipo de delitos. En ese sentido Carlos está tranquilo, sabe que su presencia no es imprescindible. Un policía apuñalado y la prensa pisándoles los talones. Aunque quisiera estar con lo de la niña, no podrá ser.

Llama a la oficina para comunicar que irá al *hallazgo de cadáver* de Hondarribia y con un suspiro continúa ruta hacia la comarca del Bidasoa, dejando atrás la curva con la salida hacia Azkoitia.

Juan Pedro asesinado. Juan Pedro, recuerda entre cerrando los ojos, la silenciosa sombra de Aitor.

Definitivamente, hoy se tenía que haber quedado en la cama.

2. Invierno en la llanada alavesa

Febrero de 2010

A Juan Pedro todo el mundo lo recordaba como un tipo gris, de ese tipo de personas que pasan desapercibidas en una reunión. Era lo que Sorondo, con esa visión preclara de las cosas que tan útil resultaba en su trabajo, habría definido a primera vista como un pánfilo.

Alto y fornido, aunque de hombros caídos, moreno de cabello y de tez curtida, con nariz de boxeador y rasgos burdos, aunque anodinos, sin nada especialmente destacable; más de la mitad de los alumnos de los cursos a los que había asistido durante su carrera profesional finalizaron la formación sin saberse su nombre, por supuesto, ninguno de sus profesores recordaba haberlo tenido en clase. Pero, aquel aspecto gris insípido, era engañoso; no era ningún estúpido y demostraba, cuando la ocasión le parecía oportuna y le apetecía, tener una agilidad mental y sentido del humor que sorprendían a quien no lo conocía lo suficiente.

Carlos coincidió con él durante un curso de ascenso al que acudieron el año anterior. Formó parte de uno de los grupúsculos que se formó en clase y era compañero inseparable de otro de los alumnos, de Aitor, a quien parecía unirle una amistad previa al periodo de formación.

A Aitor, en cambio, Carlos lo conocía de años atrás. Era el contrapunto perfecto de Juan Pedro en clase: preguntón y dicharachero, una de esas personas que, quizás sin pretenderlo, tiende a ser el centro de atención. Tres días después de iniciadas las clases ya se le veía tomando café y haciendo risas en los descansos con las cuatro únicas mujeres de clase... Además de divertido, Aitor era un seductor irredentoy Juan Pedro, siempre a su lado, no pasaba de ser una sombra silenciosa que se limitaba a observar.

Los limpiaparabrisas barren el agua del cristal con una cadencia hipnótica, sumiendo a Carlos en sus recuerdos más recientes del fallecido. El policía achica los ojos para intentar ver más allá de la cortina de aguay se deja llevar por su memoria mientras sus brazos trazan la sinuosa carretera de forma autónoma.

Toma cuerpo, como si hubiera ocurrido la semana anterior, el día en que él mismo, junto con otra media docena de aspirantes a suboficial, ateridos por el frío, se movían, incapaces de quedarse quietos, en torno a la monitora de la asignatura de

Tiro Policial.

Hacía tantísimo frío que, por debajo del buzo ignífugo del uniforme, él mismo, como la mayoría, llevaba camiseta térmica y dos forros polares en capas superpuestas, unos ridículos calzones largos, que tuvo que comprar apresuradamente, y que no se había puesto nunca antes, dos pares de calcetines, el buf subido por encima de la nariz... que no acababan de aliviarle de la sensación de encontrarse desnudo en plena estepa. Hasta entonces nunca se había considerado especialmente friolero, pero aquello estaba más allá de lo que su cuerpo había padecido nunca.

El apodo de "Siberia-Gasteiz" le venía que ni pintado a la capital vasca y el campo de tiro, descubierto y diseñado para que las corrientes de aire extrajeran el humo de la munición disparada, intensificaba aquella gélida tortura.

La monitora era una morena de ojos verdes y cuerpo rotundo, evidente incluso bajo el aséptico buzo de faena, cuyo atractivo no era sino una fachada engañosa que escondía el carácter que la había hecho merecedora del puesto de jefe de los instructores de tiro.

Ella explicaba, en medio de un respetuoso silencio y aparentemente ajena a la gélida mañana, la práctica que iba a ejecutar el grupo de alumnos durante la primera parte del día.

—Para el ejercicio de hoy se les ha distribuido un equipo de Simunition, compuesto por un chaleco y un casco protector, junto con una pistola cargada con balas de pintura que, obviamente, no les van a matar, no les causarán lesiones—les dijo con un punto de sorna, «pero que en esta nevera os van a picar como una condena y os dejarán un precioso cardenal que tardará días en desaparecer» pensó con poco disimulada malicia que más de uno la pudo apreciar y sospechar, acertadamente para su pesar, lo que les esperaba si les alcanzaban con una de aquellas balas.

Se pretendía simular una toma de rehenes por unos secuestradores y la práctica consistía en entrar en un recinto sin luces, lleno de pasillos que configuraban un pequeño laberinto, y amueblado con bultos, seguramente material del campo de tiro, para rescatar de allí a las víctimas. Los monitores de tiro, caracterizados para la ocasión y escondidos en el laberinto, podían ser tanto secuestradores como secuestrados. La dificultad estribaba en lidiar con la oscuridad e ingeniárselas para distinguirlos unos de los otros, sin olvidar que algunos de ellos podían ir armados y agredirlos.

La instructora de tiro designó a una de las aspirantes a suboficial para capitanear al primer grupo. Carlos procuró guardarse de hacer ningún comentario sobre la idoneidad de la elección. Siempre había tenido ciertas reservas respecto a la capacidad de las mujeres para el mando, aunque se había cuidado muy mucho de hacerlas públicas. En un proceso selectivo continuo como aquel, con una Ley de Igualdad recién aprobada y bajo la supervisión de una mujer, nada menos que la jefa de Tiro Policial, que le iba a evaluar la práctica, lo mejor era permanecer callado.

Para acabar de arreglarlo, como si le hubiera leído el pensamiento, la Instructora le señaló con el dedo en segundo lugar y le designó para ir de apoyo con la alumna, abriendo camino al resto del grupo. Procuró sonreír y parecer dispuesto.

La chica, Irene, la rubita, despierta y dicharachera. Antes de aquel día apenas se había fijado en ella alguna vez. Solo era una rubia que se reía por cualquier cosa. Probablemente una rubia tonta. En cualquier caso, tampoco era de extrañar que no le hubiera hecho demasiado caso hasta entonces, porque no era lo que él hubiera definido como una mujer de bandera. Antes que en ella habría reparado en Ana, una fanática declarada del Pilates, de cuerpo trabajado, fibroso y bien definido o en la propia instructora de tiro. No es que Irene fuera fea, ni tenía mal cuerpo —su pecho destacaba sobre cualquiera de los de sus compañeras y, en este punto, sería una cuestión de gustos el calificarlo de atractivo o excesivo—, la suya era una belleza discreta en la que destacaban sus ojos, enormes y expresivos y el buen humor del que constantemente hacía gala.

Ahora, la memoria de Carlos la encaja, como si fuera una pieza de puzle, junto a Aitor y Juan Pedro; la tercera patada del banco que formaban los dos hombres junto con ella. Si alguna vez Carlos miró a su compañera con algún interés que fuera más allá de lo estrictamente profesional, debió ocurrir muy al inicio de aquel curso de ascenso, antes de ser consciente de aquella amistad a tres bandas y mucho antes de que comenzara el rumor de que Irene y Aitor mantenían algún tipo de relación que iba más lejos de lo que se esperaba entre dos alumnos. Él, por su parte, tenía claro que no había ido a la Academia de la Ertzaintza a complicarse la vida y menos con una mujer.

En cualquier caso, la práctica, que afortunadamente solo era eso, resultó un desastre. Irene avanzó delante de él casi a tientas, con aquel contoneo de cadera sensual y característico, que adivinaba más que distinguía, mientras se adentraban cada vez más en la oscuridad absoluta del pasillo, apenas quebrada por la pobre iluminación de la linterna, y con él mismo casi pegado detrás, apoyado en su espalda y cruzando los dedos para no tropezar con alguno de los “secuestradores” con la única ayuda de “la rubia”.

Pronto tuvieron la fortuna de localizar a un sujeto escondido en uno de los recodos del pasillo. Simulaba estar asustado y lo hacía bien. Tras hablar con él, o fingirlo más bien, a Carlos nunca se le había dado muy bien el teatro, el hombre le explicó que era uno de los secuestrados, así que lo dejaron atrás para seguir buscando al resto de las víctimas y a los secuestradores.

Ese fue su primer y último error, porque tuvieron la mala fortuna de que el tipo que acababan de dejar atrás, a quien no habían tenido el buen tino de cachear, llevara un arma oculta... Una sucesión de detonaciones a su espalda, apenas habían avanzado unos pasos, los sobresaltó y les puso al corriente de su error.

El monitor-secuestrador resultó bastante considerado después de todo. Sobre todo con Irene, a quien solo disparó en dos ocasiones y apuntando a la espalda, acertando al chaleco que le protegía el tronco. Demostró tener una puntería envidiable al colocar los dos disparos prácticamente superpuestos en el centro mismo del chaleco. A él, las cosas como son, le disparó algo más, apuntándole quizás al lugar donde hubiera

querido dispararle a ella, por lo que pudo lucir dos pares de hermosas flores moradas en el culo durante unos días.

El resto del grupo tuvo mejor suerte; quizá habilidad, como reivindicaron ellos con bastante cachondeo, y fueron capaces de no mezclar churras con merinas. Entre los componentes del grupo afortunado se encontraban Aitor y Juan Pedro que, por supuesto, trabajaron en binomio y consiguieron "liberar" a uno de los secuestrados sin dispararle ni una sola vez y sin sufrir ningún impacto humillante.

Aitor y Juan Pedro... Odiaba dar malas noticias, pero quizá Aitor, que había tenido más trato que él con el fallecido, pudiera aportarle algún dato sobre el muerto que le ayudara en la investigación. Además, Aitor era un buen compañero y le apetecía volver a verle.

A Irene, esperaba no tener que preguntarle nada.

3. El Puntal

11:30 horas, lunes día 11 de octubre

En contra de lo que suele ser habitual, Carlos llega al lugar de los hechos antes incluso que la Policía Científica. No tiene que esforzarse demasiado en encontrar el sitio, ya que los compañeros de la comisaría de Irun ya han acordonado la zona, con sus coches patrulla, tienen sitiada la calle más cercana al lugar del hallazgo del cadáver.

Son algo más de las once y media de la mañana de un día gris y brumoso.

Deja el coche detrás de una furgoneta de la funeraria, un vehículo discreto cuyo cometido solo puede adivinarse por el rótulo de la empresa, y se queda un momento pensativo, sentado e inmóvil en el interior del vehículo, con el motor encendido y a resguardo de la lluvia, mirando el portón trasero del coche fúnebre. Las limpias barren rítmicamente las gotas menudas de una lluvia fina que se obstina en no dejar de caer. Carlos tiene el motor con gesto cansado, se limpia la nariz por enésima vez con un pañuelito de papel con aroma de eucalipto, coge aire y sale a la calle con la decisión que se le supone a un tipo con su trabajo y cargo. Hace fresco, probablemente no más de diez grados, y mucha humedad. Elertza inase deja impregnar de la tristeza del ambiente y piensa que, después de todo, quizás sea un día apropiado para morir.

Se coloca la chapade policía colgando del cuello, bien visible, y camina en dirección hacia el cordón policial. Mientras lo hace, recuerda con nostalgia aquellas chapas metálicas que les entregaron en Arkate hace un millón de años, antes de que la técnica hiciera necesarias las tarjetas inteligentes para entrar en las comisarías y les cambiaran las robustas chapas de bronce lacado por los actuales carnets de plástico aséptico. Seguramente Juan Pedro todavía conservara, como él, la vieja placa guardada en algún cajón de su casa.

El lugar es un paseo amplio con árboles que al policía le parecen troncos feos y demasiado inclinados. Son árboles arrugados y ramas torturadas, alineados como soldados abandonados a su suerte, vigías ciegos del borde sur de la bahía de Txingudiy testigos mudos de lo ocurrido de madrugada al borde del agua. Justo al otro lado del canal de piedra caliza, a pocos metros de donde se encuentran, un avión caliente motora para despegar rumbo a Madrid. El ruido es ensordecedor. Es un sitio que, sin lugar a dudas, en días soleados tiene que ser precioso, pero que ahora se le antoja deprimente. Al otro lado de la pista del aeropuerto pueden verse las casitas de orilla opuestas de la bahía, ya en Francia, parcialmente ocultas por la cortina de agua que le va empapando. Carlos abre su paraguas y se acerca despacio hasta el pretil donde se aprecia la mayor aglomeración de gente, la mayoría simples curiosos atraídos por el

morbo de la muerte.

El cadáver ha sido hallado en el agua, semisumergido boca abajo, pero los sanitarios lo han sacado a una playita de arena y guijarros, al pie del muro del paseo y han hecho lo posible por reanimarlo. Puro protocolo. Juan Pedro seguramente llevaba horas muerto cuando lo han sacado. Conserva las pegatinas de los electrodos en el pecho descubiertas, pálido y mojado, enmarcado por jirones de una camiseta blanca, sucia y rasgada de arriba abajo. Desde la altura que lo separa de la playita, unos tres o cuatro metros, puede apreciar cortes en la cara, en el tórax, brazos y piernas. El cuerpo está algo sucio y medio desnudo. Puede observar que lleva calzadas unas deportivas blancas y un culote de lycra de color negro. Para un ojo experto es obvio que no ha pasado mucho tiempo sumergido. Saber que se trata de Juan Pedro ayuda a identificarle, porque la muerte se lleva lo que somos y nos convierte en simples muñecos sin expresión, objetos constituidos por algo parecido a la goma, o el cartón, un recipiente sin contenido. Siempre le ocurre lo mismo con los cadáveres, la misma sensación de vacío, de estar mirando a ninguna parte.

A pesar de las heridas del rostro, el oficial concluye a su pesar que, efectivamente, se trata de su compañero.

Por lo visto, no lleva documentación, solo unas llaves. Uno de los policías que primero ha llegado al lugar de los hechos, uno de los de atestados, lo ha reconocido nada más verlo. Se da la circunstancia de que él también participó en el curso de ascenso junto con Carlos y con la víctima. Fue una promoción numerosa.

Un examen más atento confirma que los sanitarios no podían haber hecho nada por él. El torso, desnudo tras haber sido rasgada la camiseta, presenta varias heridas por las que fluyen, pequeños regueros de agua sanguinolenta. Los cadáveres no sangran, así que concluye que solo es agua teñida de sangre. A simple vista pueden contarse siete cortes, todos asombrosamente pequeños, recorriéndole la caja torácica. Casi todos concentrados en la zona inferior a la tetilla izquierda. Cualquiera podría anticipar que el agresor había sido un diestro que le hirió de frente, probablemente con saña.

—¿Tenemos testigos?—pregunta Carlos al suboficial que asciende por la escalerilla de piedra hacia el lugar donde se encuentra él.

El otro policía levanta la vista y le mira con una mueca a medio camino entre la sorpresa del reconocimiento y el dolor de la pérdida.

—Nadie—responde, haciendo un arco con la mano mientras aprieta los labios, como si culpaba al numeroso grupo de curiosos de no aportar nada—. Nos ha llamado otro vecino que venía a por uno de los chinchorros que están apoyados en el pretil y ha visto el cuerpo flotando—David, un tipo alto y serio, se ajusta las gafas al hablar. Tiene las lentes mojadas y Carlos duda que pueda ver algo con ellas puestas.

—Joder, qué mala suerte—suspira.

—Suerte—repite Carlos con voz neutra.

—No sé, suerte, destino, supongo que es por decir algo—se encoge de hombros—. No me hagasmuchocaso, desde que lo he reconocido estoy un poco ido. No se me ocurre qué ha podido pasar, aparte de lo evidente, claro está.

«La suerte no existe» piensa Carlos, pero no responde al comentario de David. Ya en la Academia tenía bastante mal concepto sobre sus habilidades deductivas y del compañero en general, aunque nunca se lo había hecho saber. No le agrada habérselo encontrado aquí.

—Sabía que venías, me han llamado por teléfono hace un rato. Pero no te esperaba tan pronto—dice David, cambiando un poco de tema y procurando parecer simpático.

—Ha sido pura casualidad, iba de camino a Azkoitia. Esta mañana llevaban al juzgado al padre de la niña que apareció ahogada en Zarautz.

—Ah, sí ¿Qué hay de eso?—pregunta, quizás intentando distanciarse de lo que tienen entre manos.

Ambos observan a los sanitarios mientras recogen su material.

—Todavía estamos examinando las pruebas. No te puedo contar nada que no hayas leído en la prensa.

David asientey se reubica las gafas en el puente de la nariz, gesto automático que a duras penas disimula la mueca de desagrado que cruza su cara. La evidente falta de confianza de su compañero de clase lo pone enfermo. Pocos eran los que aguantaban la arrogancia de Carlos durante el curso en Vitoria.

—Aunque no es lo habitual—Carlos duda un instante antes de continuar—, es posible que solicitemos que la comisaría se implique algo más de lo que nos gustaría en las gestiones de investigación... El caso de la niña de Zarautz está demasiado fresco y tenemos todos los recursos comprometidos con él. De cualquier manera, será cosa de pocos días.

Informa a su compañera regañadientes; ni le apetece ceder parte de su protagonismo en la investigación, ni que tenga que ser precisamente David quien participe en ella, pero no tiene opción. Dará asesoramiento al instructor de las diligencias, seguramente David, y procurará estar encima de las tareas que se vayan realizando. Aunque solo sea temporalmente.

—¿Qué sabemos de la comisión Judicial?—pregunta Carlos, procurando cambiar de

tema, mientras se suben las solapas de la gabardina para protegerse de la lluvia que arrastra el viento.

—Están de camino. Cuando has llegado tú me acababan de informar de que una patrulla los estaba acompañando desde Irun, así que aparecerán de un momento a otro—contesta David inexpresivo.

—En cuanto acaben de recogerlos sanitarios, sería conveniente que toda esta gente saliera del cordón policial y que lo ampliáramos hasta el acceso a la calle donde tenemos los coches, por un lado, y hasta allí—señala hacia el acceso a la rampa de hormigón que desciende desde el nivel del paseo hasta el agua—por el otro.

—De acuerdo—David, eficiente a pesar de todo, hace un gesto con la mano a un compañero cercano, para llamar su atención.

—Otra cosa, David.

—Dime—contesta el instructor con un suspiro, recolocándose por enésima vez las gafas.

—¿Alguien ha contactado con la familia de Juan Pedro?

—Trabajaba en la comisaría de Hernani, así que le he llamado y les he pedido la dirección y teléfono de su mujer. Todavía no he hablado con ella, estaba esperando a que el juez ordenara el levantamiento del cadáver para ir yo en persona—David tiene un papelito amarillo a Carlos con una dirección y un teléfono apuntados. Las gotas de lluvia comienzan a mojar la tinta. Carraspea—. ¿Quieres ir tú?

Carlos conoce el cometido. No es una tarea agradable ir a dar semejante noticia y sabe que David lo hace para quitárselo de en medio. Pero recoge el papelito antes de que la lluvia lo moje.

—De acuerdo, David. Me encargo yo de dar la noticia a la viuda—Carlos sostiene la mirada de su compañero—. Delego en ti. Procura que no se lleven el cadáver sin que lo vea la Policía Científica y habla con el forense para que les espere—David asiente—y, por favor, luego me lo cuentas todo, que vamos a tener que colaborar en esto, tanto si nos gusta como si no.

Al llegar al coche, Carlos se encuentra con la furgoneta blanca y sin distintivos de la Policía Científica y con una cara conocida que desciende de la parte de atrás del vehículo.

—¡Hombre, Sorondo, casi te echaba de menos ya!—Carlos consigue componer una sonrisa para el miembro más especial de su grupo de trabajo.

Sorondole devuelve la sonrisa mientras se palpa los bolsillos de la gabardina.

—Me he enterado de que estos venían para aquí y no he querido dejarte solo. Me ha parecido, escuchando tu voz por teléfono, que me ibas a necesitar.

Sorondo es una mujer delgada, enjuta más bien, de hombros anchos sin embargo, y huesudos. Cuello largo y fibroso, barbilla firme y nariz ancha. Miope de libro, con gafas sin montura que, no obstante, todo el mundo recuerda de pasta, como si fueran estas las que debiera llevar. Tiene el mal hábito de fumar siempre que puede. Habla poco y cuando lo hace tiende a subrayar lo que dice con las manos. La gabardina de color hueso, que cachea ahora mismo, seguramente en busca del tabaco, acostumbra a rematar su indumentaria cada vez que llueve o baja algo la temperatura, como si se tratara de una prenda fetiche. No es una mujer que se muestre especialmente coqueta y tiene un gusto particular a la hora de escoger la ropa. Sin embargo, su edad y ser de las primeras promociones de la Ertzaintza le han dotado de una experiencia de la que carecen otros compañeros más jóvenes y la han ido convirtiendo en una pieza fundamental del equipo de Carlos. La nota más llamativa de su figura quizás sea su pelo, rizado y rebelde, largo y siempre teñido de rojo fuego que, como hoy, suele llevar sujeto en una gruesa cola de caballo.

Carlos supera los cuarenta, aunque parece algo más joven que ella. Es un policía de mandíbula prominente, ojos azules inquisidores, cejas constantemente arqueadas y cuello de toro. Acostumbra a cubrir sus anchos hombros, producto del gimnasio, con ropa razonablemente elegante y una americana, casi siempre la misma—en esto coincide con Sorondo y su gabardina—, de color marrón y una talla mayor que la que necesita, que a veces conjunta con el resto de su ropa y otras no. Es de ese tipo de hombres que parecen más anchos que altos.

Hace años decidió envejecer su rostro casi imberbe y añado con un bigotito que nunca le cayó bien, pero que conserva, probablemente para dotarse de mayor autoridad de cara a los demás. El agente tiene una inteligencia viva, aunque la suya da por un exceso de confianza casi patológico y una falta de fe, en ocasiones preocupante, en los libros, con especial aversión a manuales y ordenanzas, quizás demasiado intuitivo y marrullero para el gusto de Sorondo. Al contrario que ella, no fuma y además le molesta sobremanera que fumara delante de él, aunque con su compañera de trabajo suele hacer alguna excepción y es que, curiosamente, y salvo alguna ocasión en la que su Colombo particular ha llegado demasiado lejos, Carlos se siente cómodo en compañía de Sorondo, en quien prácticamente no ve a una mujer, con quienes habitualmente evita trabajar.

Uno de los agentes de uniforme que estaba custodiando los vehículos policiales les ha indicado que la mejor manera para llegar al domicilio que tienen apuntado en el papelito que les ha dado David, es caminar diez minutos hacia la parte vieja, dentro de la muralla. La casa que buscan es uno de los edificios renovados del casco antiguo, una casa de cuatro plantas edificada con piedra de sillería y madera de color verde en la fachada.

* * *

Al llegar al portase cruzan con un vecino que les permite acceder al interior, una pareja madura no suele generar desconfianza, y les evita el mal trago de tener que llamar al portero automático; siempre es un inconveniente tener que empezar a dar explicaciones desde la calle. Una vez en el rellano, ante la puerta del domicilio, ambos se miran con aprensión, no son nuevos en la tarea y saben lo que les espera. Carlos aprieta los labios y llama al timbre. Unos pasos en el interior les confirman que hay alguien en casa.

La puerta de madera se abre y descubre a su moradora. Se trata de una mujer de edad similar a la de Carlos, algo más baja que él, de pelo rizado, moreno azabache, ojos azules intensos y cuerpo generoso, poco castigado por la edad. Un cuerpo que se adivina firme, aunque con algún kilo de más. Parece estar vestida para salir.

Ella ve a una pareja razonablemente bien vestida que la observa con seriedad. No tienen aspecto de vendedores, así que les sonríe con gesto perplejo, ajena a lo que se le viene encima.

—Buenos días—Carlos toma la iniciativa—¿Es usted la mujer de Juan Pedro?

La sonrisa cordial de la mujer es sustituida por algo parecido al desconcierto.

—Sí... —se pone seria y mira a uno y al otro, como si no los hubiera visto antes—¿Le ha pasado algo?

—Somos compañeros suyos. De hecho, yo estuve en Arkate con él—continúa el policía intentando ser amable—.¿Le importa si entramos en su casa?—le pregunta mientras echa una mirada significativa a las escaleras.

—Sí, claro, pasen dentro—aunque de forma muy tenue, su voz arrastra matices que recuerdan un origen francés.

Sorondola observa con detenimiento, la examina, más bien; recorriendo con su mirada a la mujer, de la cabeza a los pies, tomando nota mental de todo lo que ve. Ella, incómoda, se hace a un lado y se cubre el pecho con la chaqueta, como si repentinamente hubiera sentido frío, y se deja los brazos cruzados frente al cuerpo. Cuando Sorondocierra la puerta tras de sí, vuelve a preguntar, ya algo alarmada:

—¿Qué ha ocurrido?

—¿Quiere sentarse?—le propone Carlos.

—No—responde categórica—.¿Qué ha ocurrido?—insiste, ahora alzando levemente la voz.

—Esta mañana han encontrado muerto a Juan Pedro—el policía hace una pequeña pausa, solo para comprobar en la cara de su interlocutora que ha entendido lo que le dice—, hemos venido a comunicárselo—le suelta sin rodeos. Su experiencia le dice que este tipo de noticias no se puede edulcorar, por mucho que se intente.

La mujer se gira, muda por la noticia, camina como borracha, tentando la pared, hasta la habitación más cercana a la entrada, que resulta ser la cocina, se sienta en una de las sillas, se cubre la cara con las manos y comienza a llorar en silencio. Los policías respetan el dolor de la viuda durante unos minutos violentos, en los que solo se escucha el tintineo de los pendientes de aro de la mujer y sus sollozos ahogados por las manos. El ruido amortiguado del ascensor moviéndose al otro lado de la pared del pasillo, no hace sino acentuar el silencio. La cocina huele bien, con ese perfume a suavizante de ropa que recuerda a hogar.

—Perdone, ¿Cómo se llama?—le pregunta Sorondo, posando un amanode dedos largos y huesudos sobre su hombro, intentando quizá trasladarle algo de calidez y, casi con ternura, le coloca bien el cuello de la chaqueta, como si quisiera arroparla.

Ella se enjuga las lágrimas con la punta de los dedos. Carlos sabe que Sorondo ha leído el nombre de la viuda en el papelito de David, igual que él mismo. Solo es una táctica para recuperar su atención y evitar que se hunda con la noticia.

—Nathalie... me llamo Nathalie.

Sorondo hace una anotación con interrogantes en un cuaderno negro de tapas duras, tipo *Moleskine*.

—Nathalie—repite Carlos casi en un susurro—es un nombre francés ¿verdad?

—Sí —responde con un hilo de voz.

—Créame que lamentamos mucho lo ocurrido y sentimos tener que haber sido nosotros quienes se lo comunicamos—dice Carlos.

Sorondo asiente en silencio a las palabras de su compañero

—Nathalie, necesitamos hacerle alguna pregunta—continúa Carlos tras dejarle otro pequeño respiro, que Sorondo aprovecha para sacar un pañuelito de papel del bolso y tenderse para secar las lágrimas.

La viuda se esmera en limpiarse el rímel, completamente desdibujado a esas alturas, y

asiente en silencio. Le tiemblan las manos y la barbilla, y sus ojos parecen implorar compasión.

—¿Nos puede contar qué hacía Juan Pedro a esas horas en la calle?

—Acostumbra a salir a correr temprano, antes de ir a trabajar. Lo hace casi a diario—contesta con la voz quebrada.

—¿Llevaba algún objeto de valor? ¿Su arma? ¿El teléfono móvil quizás?

—Espere un momento.

La mujer se incorpora apoyándose en la mesa, como si le faltaran las fuerzas, sale de la cocina y se pierde por el pasillo durante poco más de un minuto. Sorondo aprovecha para curiosear por la cocina ante la distraída mirada de Carlos, que le deja hacer. Abre alguna de las puertas del armario, el cajón de los cubiertos, la puerta del lavavajillas y la del frigorífico, con cuidado de no hacer ruido. La cocina está limpia y recogida, pulcra como su dueña, es una estancia bien iluminada por una ventana que asoma a un parque infantil, desierto en aquel momento. No le cuesta imaginar a los hijos de Juan Pedro jugando al sol bajo la atenta mirada de su madre. Ahora está cubierto de hojas y mojado. Piensa que no hay nada más triste que un parque sin niños. Cuando vuelve la mujer lleva en su mano un teléfono móvil, que entrega a Carlos.

—Al no regresar, creía que se habría ido derecho al trabajo—explica con voz trémula—. En ocasiones lo hace. Aparca el coche en el Polideportivo, sale a correr, a la vuelta se ducha allí y ya no regresa a casa hasta que sale de trabajar. Nunca me dice si va a pasar por casa o no—se encoge de hombros, como restándole importancia—. Pero al preguntarme ahora por él, me he dado cuenta de que se había dejado el móvil aquí, así que tenía intención de volver, supongo—los ojos vuelven a llenarse de lágrimas y le tiemblan los labios.

Carlos asiente.

—Está bien, Nathalie. De momento es suficiente. ¿Podría darme su número de teléfono móvil para que podamos hablar en otro momento?—Sorondo vuelve a apoyarse en el brazo de ella para recuperar su atención.

Afirma con la cabeza, ante la imposibilidad de articular palabra. Sorondo le entrega dos tarjetas y un bolígrafo.

—Escriba su teléfono por detrás de una de las tarjetas y quédese la otra, por si quiere llamarnos para algo.

Ella dibuja, más que escribe, su número de teléfono con caligrafía envidiable y le

devuelve la tarjeta a Sorondo, que la guarda entre las páginas de su bloc de notas. Cuando inician el camino hacia la puerta de salida del domicilio, les pregunta con la voz quebrada:

—¿Podrían decirme qué ha pasado?

Carlos cae en la cuenta de que no ha especificado las circunstancias del hallazgo del cadáver. No todo el mundo escucha la radio.

—Le han... —el policía vacila un segundo— apuñalado y lo han tirado al río— sabe que se va a enterar por las noticias de todas maneras—. Pero no sabemos cómo ha ocurrido. Supongo que usted no tendrá idea de qué ha podido pasar ¿verdad?— aventura Carlos.

Ella vuelve a cubrirse la cara con las manos y comienza a sollozar con más fuerza, mientras parece negar con la cabeza.

4. La Marina

Lunes 11

Sorondo fumapensativa, pegada al ventanal del bar. Su cara angulosa se recorta a través del cristal, en los cuarterones de madera dorada que dan ese aire rústico y a la vez marinero al local. Carlos la ha despachado a la calle mientras aguarda a que el camarero le preste un poco de atención y le cobre las consumiciones. La tortilla de patata estaba un poco reseca pero, teniendo en cuenta la cantidad de madera noble y de latones que expone el bar, sospecha que se la van a cobrar a precio de recién hecha.

Mientras espera, Carlos juguetea distraídamente con la Blackberry en la mano derecha, un teléfono casi fetiche para los ertzainas, ya que es uno de los indicadores de estatus social dentro de *La Empresa*. Hay que ser, como mínimo, jefe de grupo para que te den uno y muchos jefes procuran portarlo a la vista, como si de un elemento distintivo del mando se tratara. Sorondo, sin ir más lejos, lleva un viejo Nokia heredado de otro compañero. Le da vueltas y siente su suave tacto de pastilla de jabón, esa "mora negra". Recuerda el comentario de un amigo sobre el origen del nombre del teléfono, por la analogía existente con otra Blackberry histórica, la bola que llevaban los esclavos en los campos de algodón y el innegable paralelismo con esta otra bola de esclavitud virtual, y sonríe para sí.

Echa una mirada fugaz al camarero, que parece haberse olvidado de él, y retorna al teléfono, sopesándolo un instante. Con un par de toques de pulgar, recupera de la agenda de la Blackberry el número de teléfono de Aitor, su compañero de promoción y amigo de Juan Pedro, tras dudar un momento, pulsa el icono verde.

Unos tonos de llamada y un kleenex usado más tarde, al otro lado de la línea alguien descuelga el auricular.

—¿Bai?

—¿Aitor?, soy Carlos de las Secciones Centrales de UIC...

—¡Hombre, Carlos, sí! Te he conocido la voz en seguida. ¿Qué me cuentas?—la voz de Aitor se muestra cordial.

—Oye, mira...—empieza Carlos dubitativo. No le gusta dar semejante noticia por

teléfono, pero las circunstancias obligan—toma aire y continúa—.Supongo que te acuerdas de JuanPedro.

—Sí, claro.Supongo que te refieres al hondarribitarra ¿no? El que hizo el curso con nosotros.

—Sí, ese mismo.

—Dime—la voz de Aitor le da a entender que todavía no sabe nada.

—El caso es que quería hacerte alguna pregunta sobre él...

—¿Lo vais a fichar para la UIC?—pregunta jocoso Aitor.

Sorondoha terminado de fumar y regresa al interior del bar, aburrida de hacer tiempo en la calle.

—No—le corta Carlos—.Ojaláfuera para algo así, pero no—una vez más decide aplicar el axioma de que las malas noticias es mejor darlas rápido y se lo suelta en crudo—.El caso es que...hoy ha aparecido muerto en Hondarribi.

La línea queda en silencio, muerta, como si Aitor hubiera colgado el teléfono.

—¿Sigues ahí?

—¿Cómo muerto?,¿Carlos...?—de la voz de Aitor ha desaparecido todo atisbo de alegría—.¿Pero,qué ha pasado?

—Esta mañana se lo han encontrado flotando en un canal, aquí en su pueblo.Ha debido ser de madrugada, cuando estaba haciendo footing.

—Pero, muerto... ¿Algún accidente...?No—se responde a sí mismo—.No, claro;porque en ese caso tú no estarías preguntando por él. ¿Lo han matado?—adivina con voz queda y sin mucha dificultad elertzaina.

—Sí.Tienes razón, lo han matado—confirma Carlos—.Tenía varias cuchilladas y golpes por todo el cuerpo.

—Joder—un silencio incómodo se adueña nuevamente del teléfono—.Y, si os han llamado a vosotros, será porque todavía no sabemos quién ha podido ser...

Sorondose ha acercado a Carlos y le mira interrogante.Élle hace un gesto de silencio.

—Otra vez estás en lo cierto, ahora mismo no tenemos nada—.Confiesa Carlos un poco a regañadientes.

—Entiendo que estás por aquí...en Hondarribi, claro—reflexionaAitor en voz alta.Aitor vive en Irun,a cuatrokilómetros escasos de dondeha aparecido el cadáver—.¿Quieres que quedemos para comery charlamos un rato?

—Te lo agradezco, pero tengo intención de marchar a casa encunto deje atados algunos cabos aquí. Estoy un poco resfriado y no creas que me encuentropara muchos trotes—como si el comentario hubiera provocado a su nariz, Carlos se ve obligado a limpiársela con el penúltimo pañuelito del paquete.

—Perosí quequisiera hacerte un par de preguntas—continúa Carlos—, aunque sea por teléfono.

—Tú dirás...

—Ya sé quecasies un tópico, pero: ¿Sabes si tenía algún enemigo o estaba metido en algún asunto dudoso?¿Qué tal le iban las cosas en casa?

Se escucha la respiración de Aitor al otro extremo de la línea. Tarda unos segundos en contestar.

—La verdad es que apenas he vuelto a estar con él desde que salimos de la Academia. Un día coincidimos y tomamos una caña, pero la conversación fue de lo más ligera, siempre era muy discreto con sus cosas. No sé nada de su vida desde entonces. Que seguía trabajando en Hernani... no sé—silenciootra vez—.Joder... Perdona, es que me has dejado de piedra ¿con un cuchillo dices?

—¿Te dice algo eso?

—No, no. Solo intentaba hacerme una composición de lugar. ¿Dónde ha sido?

—Creo que le llaman Puntal.

—El Puntal, claro, un canal.Estás junto al aeropuerto ¿Verdad?

—Eso es. Bueno, ya no estamos allí —se corrige —, pero el sitio es ese.

—¿Yno tenéis pistas sobre quién lo ha podido hacer?—insiste Aitor.

—Nada, no, ya te he dicho que estamos en blanco.

—Joder...—repite el policía de Asuntos Internos.

Carlos mira a Sorondo sin verla, juguetea en silencio con el paquete de pañuelos y continúa hablando con Aitor.

—Oye...—parece dudar.

—¿Sí?

—¿Tú crees que Irene sabría decirme algo más sobre la vida de Juan Pedro?

—¿Irene?—Aitor se muestra sorprendido.

—Sí, ya sabes, la red de Policía Científica. No me digas que no sabes de quién te hablo. Como los tres tenéis tan buena relación...

—No, hombre, claro que sé de quién me hablas. Lo que no entiendo es por qué ella.

Los ojos azules del policía recuperan la vida y reclaman la atención de Sorondo, que lo está observando con curiosidad. El camarero, por fin, despide a los clientes con los que mantenía animada conversación y se acerca a Carlos que, sin despegarse del teléfono, guarda el paquete de pañuelitos en el bolsillo de la chaqueta y le alarga un billete de diez euros.

—Ya, bueno, supongo que por nada en concreto. Si mal no recuerdo, aquella amistad vuestra parecía incombustible ¿verdad? Quizás ella mantuvo el contacto.

—Chico, no sé. Si quieres saber qué relación mantenía Irene con Juanpe, deberías hablar con ella y preguntárselo—Aitor parece vacilar un segundo al otro lado de la línea y su voz se ha vuelto seria, poniendo distancia con su interlocutor—. Ya te he dicho que hacía meses que yo no sabía nada de Juan Pedro—se justifica otra vez.

—Entiendo. Sí, hablaré con ella—y, con esa costumbre que tanto irrita a Sorondo y que exaspera a todo el que lo conoce, cuelga el teléfono sin despedirse.

A Carlos le resulta evidente que Aitor se ha puesto a la defensiva al preguntarle por Irene. Probablemente es una tontería, pero le ha parecido notar algo que no le acaba de encajar.

—¿Qué?—pregunta Sorondo intrigado mientras Carlos recoge los cambios en silencio.

Carlos mira a Sorondo, a su Blackberry y se guarda las monedas en el bolsillo.

—No lo sé. Algo extraño, pero no sé qué. Espera un segundo.

El agente sale del bar a una calle que parece un escenario de película, las casas no superan las tres alturas y todas tienen los nervios de madera de las fachadas a la vista, pintados de alegres azules, verdes y rojos; un poblado típico de pescadores conservado a lo largo de los siglos; aunque hoy Carlos apenas se da cuenta. Sorondo ha salido tras él. El policía levanta el dedo índice y se lo coloca sobre la boca, pidiendo silencio una vez más. Manipula su teléfono móvil y se lo coloca en el oído. Apenas se escucha el primer tono de llamada antes de descolgar.

—¿Irene?

—¿Sí?

—Soy Carlos, de UIC.

—¡Ah, Carlos!, hola sí, ya sé quién eres—responde ella más con obligada cortesía que agrado, tras ubicarlo. Después del episodio del campo de tiro en la Academia, apenas han intercambiado algún saludo forzoso. Lo tiene catalogado como un machista rencoroso, además de resultarle francamente antipático.

—Verás, te llamo por lo de Juan Pedro...

Irene contesta tras tres largos segundos de silencio, en los que el policía cree oír su respiración.

—¿Qué Juan Pedro?—la voz de la mujer suena neutra.

—¿No te lo han dicho?—continúa Carlos—Juan Pedro, nuestro compañero de clase de la Academia, ha aparecido acuchillado esta mañana—le suelta a boca jarro.

Sorondo frunce el ceño al escuchárselo decir. Empieza a sentirse violenta con la brusquedad de su jefe. No suele ser muy agradable y menos por teléfono, pero hoy está especialmente hiriente y aunque lo achaca a la relación que tenía con el fallecido, que lo ha debido afectar, no le gusta cómo está reaccionando. Las respuestas de Irene se oyen, lejanas y metálicas, a pesar de no tener puesto el altavoz.

—No, no lo sabía—la voz del rene suena grave a oídos de Carlos, aunque sin expresión. A esta afirmación le sigue un silencio tenso. Carlos cree oír un sollozo, pero no está

seguro.

—¿Solías hablar con Juan Pedro?—aventura el policía—¿Podríamos quedartú y yo para hablar un rato sobre él? Me vendría bien saber algo sobre su vida, ya sabes, ahora todo lo que me podáis contar sobre él puede ser útil.

Nuevamente silencio.

—Sí, claro, cuando quieras—Irene mantiene el tipo, pero se le quiebra la voz.

Cuando Carlos cuelga el teléfono, caminan unos metros en silencio en dirección al coche.

—¿Por qué le has hecho eso?

—¿El qué?

—¡Coño, Carlos! Le acabas de soltar de buenas a primeras que han matado a un amigo suyo.

—No estoy seguro. Llámalo intuición.—sonríe el policía—. Quería ver cómo reaccionaba.

—Creía que los hombres no teníais de eso—responde Sorondo con sequedad.

Carlos sigue sonriendo, se detiene y mira a su acompañante, que avanza un par de pasos antes de girarse y mirarle.

—Es verdad, ha sido un acto más propio de ti, querida compañera—le dice sin dejar de sonreír. Y apuntándola con el dedo añade—. Será que se me está pegando algo.

Sorondo parece devolverle la sonrisa, pero guarda silencio. No le ha gustado el arranque de Carlos. Además, su afirmación no es cierta: ella nunca le hubiera hecho eso a un compañero, ni siquiera en esas circunstancias.

5. Cabos sueltos

Lunes 11

Suena el teléfono de Aitor. En la pantalla táctil se ilumina una fotografía: es Irene con aquella pose en la que le recuerda tanto a la actriz Cameron Díaz. Irene, por supuesto. Le hizo la foto un día soleado de primavera, mientras paseaban por Vitoria. Le miraba incitante y con sonrisa burlona; poco después de hacerle la foto se colgó de su cuello en un portal, aprovechando que la calle había quedado momentáneamente vacía, y le estampó un beso en la boca que sus labios todavía recuerdan. Eran mejores tiempos. Por un instante ha pensado que podría ser Carlos otra vez. Hace bastante que ella no le telefonea. Le gusta hablar con él, pero siempre espera a que le llame. Conoce el porqué de su cambio de rutina: Carlos se le ha adelantado y, a estas alturas, ha debido hablar con ella también, así que ya se ha enterado de lo de Juanpe.

Suspira con resignación y descuelga, hoy va a ser un día largo. No le espera una tarea fácil.

—Dame un momento por favor—Aitor, sin colgar, sale de su oficina y busca un lugar más discreto para hablar con ella—. Ya está—continúa mientras camina por uno de los largos pasillos desiertos del edificio—, ahora ya podemos hablar más tranquilos.

—Tú ya lo sabías, ¿verdad?—le espeta Irene visiblemente alterada y sin darle tiempo a reaccionar.

Aitor decide que no es momento de jugar al gato y al ratón, sabea qué se refiere.

—Sí. Supongo que hablas de lo de...—no encuentra las palabras apropiadas—del homicidio de hoy. Carlos me ha llamado a primera hora—responde con la mayor serenidad que es capaz de fingir.

—¿Y no me lo has dicho? ¿Cómo se te ha ocurrido no llamarme para contármelo?

Solo han pasado unas horas desde que recibió la llamada de su compañero. Ponerse a explicarle que no ha tenido tiempo material para contarle todo lo que ha ocurrido durante la mañana, aunque hubiera sabido cómo hacerlo, sería perder el tiempo, así que ni lo intenta.

—Creo que deberíamos vernos y hablar cara a cara—una pausa—.Lo necesitamos los dos.

— ¿Has sido tú?

La línea quedaneuvementeen silencio, pero esta vezdurante unos segundos interminables.

—Escucha, no...—dice Aitor, agradeciendo mentalmente haber salido de la oficina para hablar con ella—espera. No vayas por ahí.Esto es, precisamente, lo que quería evitar yo. Me parece que no deberíamos hablar más por teléfono. Si te parece bien, me acerco allí dentro de un rato.Por la tarde quizás.

—No me has contestado...—insiste ella—.Lo han acuchillado. ¿No habréis sido tangilipollascomo para...?

—No digas tonterías, claro que nolo he matadoyo—le cortasusurrandosúbitamenteirritado. Más silencio—.Me crees ¿verdad?

Aitoroteaa derecha e izquierda, alarmado,como si temieraque, a pesar de todo,alguien pudiera haber escuchado la acusación de Irene.Ella sabe que ambos habían acudido a clases de esgrima hacía años. Fue algo de lo que hablaron durante el curso de ascenso, estando los tres tomando algo por la parte vieja de Gasteiz. Alardearon de sus supuestas habilidadescon un sable,fantasearon sobre duelos. Una conversación normal entre dos hombres bebiendo cervezas con una mujer que les escucha.

—¿Alas cuatro en el cementerio?—aunque lo formula como una pregunta, a Aitor le suena como una orden dela mujer. Le resulta extraño escucharle hablar de aquella manera.Aunque tiene carácter,no es muy dada a decirle lo que tiene que hacer.Siempre le ha respetado.

—Intentaré estar para las cuatro y cuarto, pero no creo que pueda llegar antes.

—De acuerdo.

6. Teléfonos indiscretos

Lunes 11

Lo que Carlos ha empezado a llamar “el virus” lo tiene extenuado. Ha traído a Sorondo, que le ha mortificado con su silencio durante todo el camino, de vuelta a la oficina y está recogiendo sus cosas para irse a casa. Hoy también van tarde a comer, pero tampoco es que tenga demasiado apetito. Su intención es tomarse un ibuprofeno y meterse en la cama.

En ocasiones le cuesta entender a Sorondo, al fin y al cabo, tampoco cree que haya sido para tanto.

En el bolsillo de la chaqueta, la Blackberry vibra con energía.

—¿Sí?— responde con desgana.

—Hola, soy David. ¿Qué tal te pillo?

David, el Instructor Jefe de Irun que se ha quedado a cargo de las diligencias del hallazgo del cadáver de Juan Pedro. El raro de David, que apenas cruzó con él un par de saludos en la Academia y fue suficiente para hacerse una idea sobre él. Piensa que mal, que no le apetece hablar con él y está tentado de colgarle, pero se esfuerza en disimularlo.

—Dime, David. ¿Cómo ha ido el levantamiento del cadáver?

—Sin novedad. Ha venido la juez con el forense y se lo han llevado para hacerle la autopsia. He quedado con el forense en llamarle mañana para que me adelante algo del informe.

—Ya será pasado mañana, que mañana es el día del Pilar y no creo que vaya a trabajar. Gracias por contármelo, David.

—Vale, no había caído en la cuenta. Como yo trabajo de todas maneras...

Carlos separa el teléfono de la oreja y busca con desgana el botón de colgar.

—En cualquier caso, no te llamo por eso —le escucha decir antes de llegar a cortar la comunicación.

—Tú dirás—le dice con desgana, volviendo a arrimarse el teléfono a la cara.

—He estado pensando en lo que me has dicho y tienes razón, creo que es importante que colaboremos.

—Imprescindible...—le corrige y sonrío, súbitamente animado ante la perspectiva de humillar a David— pero vete al grano, que estoy ocupado.

—Sí, imprescindible—titubea el otro—.El caso es que he estado trasteando con el teléfono de Juan Pedro y, bueno, ¿Te acuerdas de Irene?

Carlos se sienta en la mesa de su oficina y deja de recoger sus cosas, más despejado que cinco minutos antes.

—Dime, tienes toda mi atención.

* * *

Nada más colgar lea David, Carlos llama a una vieja conocida, letrada de la asesoría jurídica de la Ertzaintza.

—Oye, Elena, ¿Sería posible obtener el listado de las llamadas de dos teléfonos móviles del trabajo sin orden judicial?

Legal y factible; aunque tiene que estar justificado. Ello tiene claro: se trata de terminales telefónicos cedidos por el Departamento de Interior para su uso en el trabajo. Toda comunicación realizada por estos teléfonos es propiedad, por así decirlo, del Gobierno Vasco, que es quien paga las facturas.

Cuando corta la comunicación el policía sabe qué pasos tiene que dar, pero no se ha quedado satisfecho. Deja la Blackberry sobre la mesa y juguetea en silencio con el bolígrafo sin dejar de mirarla. Sabe que puede acceder a esa información, pero también que tardarán un tiempo en proporcionársela. Seguramente habría que hacer un informe a la sección de “asuntos internos” de la Ertzaintza. «Justo donde trabaja Aitor», piensa el policía. No le apetece arriesgarse a que la solicitud pase por sus manos y maldice su suerte.

Mucho papeleo; necesario, se dice resignado, pero lento, en este caso además, inconveniente.

Un rectángulo dorado se filtra por la ventana iluminando su mesa, parece que está cambiando el tiempo. El policía se observa la mano a la luz, pensativo. Súbitamente cambia su expresión, sonríe con astucia, levanta la mirada y pasea la vista por la oficina, como un halcón buscando una presa, hasta que ve la cabeza de Eneko asomando por encima de la pantalla de un ordenador. Él también se está preparando para marcharse.

—¡Eneko!—Le reclama, alzando la voz.

Es joven, alto y atractivo. Uno de los últimos fichajes de la sección de Delitos Informáticos.

—¿Sí?—Responde mirándole, mientras se va colocandola chaqueta.

Incluso tiene buen gusto vistiéndose.

—¿Todavía tienes relación con la morenita aquella de Administración?—Carlos compone su mejor sonrisa, la sonrisa de pedir—Ya sabes, la que trabajaba con las facturas de los gastos del teléfono móvil del Departamento y todo eso...

7. Erandio Goikoa

Tarde dellunes 11 de octubre

Aitor accede al aparcamiento del cementerio de Erandio montado en su motocicleta roja. El día se ha despejado y, aunque sigue haciendo frío, ha decidido que el paseo en moto le vendrá bien para despejarse. La máquina es una Honda VFR de más de cien caballos, color rojo rabioso, reluciente, un monstruo de dos ruedas, muy poco discreto, que vuela por la autopista. De joven siempre había tenido moto, pero tuvo que prescindir de ella cuando llegaron los niños y las obligaciones familiares. Vino a sustituirla un monovolumen diesel, grande, pesado y torpe, pero fiable y con un maletero enorme. Todo lo necesario para albergar la sillita del niño, las compras familiares... La moto no era práctica y se fue quedando arrinconada al fondo del garaje de su padre, cubierta con una colcha vieja, acumulando polvo. Una concesión de su mujer, que durante un tiempo anduvo obstinada con que la vendiera, hasta que se cansó de insistir y pareció olvidarse de ella.

Después de salir de la Academia tras el curso de ascenso, una de las primeras cosas que hizo fue limpiarla y ponerla a punto. Fue algo así como un regalo de libertad. Era una idea que había acariciado durante mucho tiempo y ya antes de recluirse para hacer el curso, se había prometido a sí mismo que, una vez superadas las pruebas, se premiaría recuperando su vieja afición.

Quizás no lo había hecho antes porque, en su fuero interno, siempre había asociado la moto con la crisis de los cuarenta y tenía que ser como si fuera uno de tantos deseos insatisfechos, la punta de un gran iceberg que había ido creciendo con los años, la última gota de aquel pequeño océano personal compuesto por cada una de las renunciadas y frustraciones, concesiones y batallas perdidas que se habían ido acumulando con el tiempo y, sobre todo, tenía miedo de que, al limpiarla y ponerla en marcha, la frágil y deteriorada pared que contenía todo aquello pudiera llegar a romperse, llevándose por delante la vida que conocía.

Después, aquellos temores dejaron de tener sentido. Apareció Irene en su vida y todo saltó por los aires. La crisis ya estaba ahí, probablemente llevaba años gestándose y creciendo en su interior. No había hecho falta sacar la moto del garaje para provocarla.

Ella ya está esperándole en la zona más apartada del parking. Al principio solían quedar allí pero, desde el día que le confesó que estaba viéndose con Juan Pedro, sus visitas a

Irene se habían ido distanciando en el tiempo; ya no eran tan frecuentes y, en cualquier caso, evitaban dejarse ver tan cerca del trabajo de ella.

Cuando se quita el casco, lo que ve dentro del coche de Irene no es la mujer que recuerda. La rubita alegre y juguetona, la mujer exuberante de sonrisa felina está ojosa, los ojos hinchados, enrojecidos, la boca curvada en un gesto de dolor que se adivina más que físico. Le espera con mirada interrogante y casi puede sentir sumiedo.

Apaga el motor y gana tiempo quitándose los guantes despacio, recogidos con cuidado dentro del casco antes de enfrentarse a la mujer. Entretanto, ella no ha dejado de observarle. Corpulento y proporcionado, está igual que el día que lo vio por primera vez, puede que incluso esté más guapo, piensa sintiendo una punzada dolorosa a la altura del corazón. Se nota por sus mejillas que ha perdido peso últimamente, se le marcan los pómulos, pero lejos de desmejorarlo, le da la impresión de que le favorece. Él la mira un momento con esos ojos de depredador a punto de comerse a su presa, que tanto la atrae desde el principio, y los desvía al verse descubierto, como si no quisiera que su mirada traicionara sus pensamientos. Lleva el pelo, de natural encrespado y trece años, rapado en las sienes y algo más largo sobre la cabeza y ahora, además, lo tiene alborotado por el casco.

El policía abre la cremallera de la cazadora junto a la puerta del copiloto, echa una última mirada instintiva al aparcamiento, como si quisiera descartar la presencia de algún peligro, y se introduce en el coche sin pedir permiso.

—¿De verdad que no has sido tú?— se oye temblorosa e insegura la voz de Irene apenas ha cerrado la puerta, sin dejarle tiempo a reaccionar.

Aitor duda entre preguntarle primero por su estado, por su evidente ronquera, por el temblor de sus manos, que retuerce en el regazo, o responder sin rodeos. La policía lleva la cazadora de cuero marrón con la que solía bajar a Vitoria a pasear con él y en sus orejas, prácticamente ocultas por los mechones de pelo rubio y ondulado, que dejó crecer cuando él mismo le pidió que no se lo cortara, descubre los pendientes de ámbar que también fueron regalo suyo. A pesar de las circunstancias se ha acordado de ponérselos. Suele hacerlo cuando queda con él.

—¿Me crees capaz de matar a alguien?— suspira Aitor.

—Me dijiste en más de una ocasión que a él sí que lo matarías si se te presentara la oportunidad ¿recuerdas?

Lore recuerda, claro que sí. Así que asiente en silencio y vuelve a suspirar, apesadumbrado y arrepentido por haber hecho aquel comentario que ahora se revelan inoportuno. Trastea con los cierres del casco durante un breve instante antes de decidirse a responder. Busca su mirada, como si quisiera leerle el pensamiento antes de hablar y se encoge de hombros, como si ya nada de lo que pudiera decir tuviera

importancia.

—Tienes razón—le responde en un tono que no deja lugar a dudas y que a Irene le provoca un escalofrío—lo habría matado, pero solo si eso hubiera servido para recuperarte—reconoce a pesar de todo—, pero ¿Crees que se me ha pasado siquiera por la cabeza que voy a recuperarte en estas condiciones? Dímelo tú: ¿Te recuperarías así? ¿Hubiera servido de algo?

El agua con la cabeza y no puede contener las lágrimas, que le resbalan quemándole las mejillas.

—Ahí tienes la respuesta que buscabas—susurra Aitor con ternura—. A estas alturas me conoces lo suficiente y no creo que pienses que soy tan estúpido como para matarlo, imaginándome que así voy a poder volver a estar contigo.

—Ayer por la noche me llamó al teléfono particular—dice Irene, evitando responderle—, pero no pude cogerle. Estaba con Andoni...

Él cierra los ojos y aprieta los dientes, tensando los músculos de la mandíbula. Se está conteniendo, mide sus palabras y su ansiedad es evidente. Agacha la cabeza y pasea las yemas de sus dedos índice y corazón por la cicatriz de la mejilla, como acostumbra a hacer sin darse siquiera cuenta de ello. Un gesto característico, tan suyo que Irene, aunque no se lo ha dicho nunca, adora. Hoy no se ha afeitado y apenas ha dormido esta noche. Ella reprime el impulso que siente por besarle. Incluso en estas circunstancias, aunque sabe que es algo irracional, se siente atraída por Aitor.

El policía es consciente de que, en cuanto se sepa el tipo de relación que ha estado manteniendo con ella, tiene muchos boletos para convertirse en el principal sospechoso de Carlos.

La mira con dulzura y, por una fracción de segundo, parece hacer amago de decir algo más, explicarse, quizás decir algo sobre la llamada de teléfono, pero es un impulso que nace muerto. Retira la vista con un parpadeo y, cuando vuelve a mirarla resulta obvio que ha recuperado el control.

—No—acaba insistiendo, mientras mueve su mano hasta colocarla cálidamente sobre la mejilla de Irene—, no he sido yo, y lo sabes.

Ella se estremece y busca la mentira en los ojos del policía. Intenta descubrir una sombra de falsedad en su mirada, temerosa de encontrarla, pero solo encuentra ternura y preocupación.

—Dime que lo sabes—insiste él.

Sujeta la mano de Aitor contra su mejilla, apretándola con fuerza. Pero no dice nada.

—¿Y ahora qué?—pregunta Irene con un hilo de voz—Carlos ha hablado conmigo y vamos a reunirnos, quizás mañana, puede que pasado mañana. Me ha adelantado que tiene el registro de las llamadas del teléfono de Juanpe.

—De eso quería hablarte—asiente Aitor—. Él ya me ha preguntado por vosotros después de que... —duda un instante y una vez más evita hacer ninguna mención a Juan Pedro—, bueno, de lo de esta mañana.

—¿Qué le has dicho?

—Nada—duda y se retira con suavidad del rostro de ella—. Que no sabía nada de Juanpe desde hacía meses, pero evité hablar de ti o de lo que tenéis vosotros.

—Ni de lo que teníamos nosotros...

—¿Teníamos?—ahora Aitor sonríe de medio lado, con amargura, y se encoge de hombros—No, tampoco de eso. Carlos no sabe nada por mi boca. Te prometí que lo nuestro no lo sabría nadie y mantendré mi promesa hasta que decidas liberarme de ella.

—Todo se ha complicado horriblemente. A estas alturas ya tenía que haberme separado de mi marido, pero me ha faltado coraje para dar el paso. No quería hacerle daño y... mira, primero tú y luego, no sé ni cómo, Juanpe. Es mejor que no sepa nada de lo que ocurrió entre nosotros.

Aitor juguetea con la cremallera de la cazadora, subiendo y bajando el carro congesto y distraído. Recuerda con nitidez la última vez que estuvo con Irene, el viento sur parecía haberles entrado hasta los huesos; fue una tarde de pasión memorable. Ya salía con Juanpe para entonces y tampoco ha pasado tanto tiempo. La mira y sacude la cabeza, como si quisiera apartar de sí aquel recuerdo. Él todavía la quiere y cada vez que están juntos alienta la esperanza de recuperarla, pero ella... ¿Fue un simple acto egoísta lo que llevó a Irene a mantener las dos relaciones simultáneas, sin siquiera haberse separado de su marido? ¿Pura crueldad hacia él? ¿Hacia los tres? ¿O, tal y como afirmaba ella, todo se le había ido de las manos?

Su amigo Iñigo le advirtió que se apartara de ella, que mostraba una actitud egoísta y superficial. Se alegró de que ella se hubiera fijado en Juanpe y se cabreó cuando supo que, así y todo, había seguido viéndose con ella. La cuestión es que, aun no compartiéndola opinión de su amigo, los hechos parecían darle la razón y no podía discutirse.

Hace bastante que ha tomado la determinación de no intentar racionalizar lo que viene de Irene, todavía necesita tiempo para digerir todo lo que ha ocurrido con ella y asume que hay cosas que nunca llegará a comprender.

—Irene, va a salir todo a la luz —continúa. Ella no parpadea. Nisiquieraparece estar escuchándole—.Estoy seguro de queCarlos ya ha estado revisando el listado de las llamadasen el teléfono de Juanpe,hallgado a ti yseguirá tirando del hilo hasta llegara mí.Puede que se corte un poco por el sitio donde trabajo,le costará más o menos,pero tiene contactos y le conozco lo suficiente como para estar seguro de que los va a usar.Es un perro de presa.Preguntará,insistirá,rastrearáesasllamadas... es una cuestión de tiempo.

—No tiene porqué saber nada de lo nuestro—le interrumpe ellacon obstinación.

—¡No seas ilusa, joder!¡Además es injusto!—le corta él súbitamente alterado.Lasituación, la actitud de ella,le está desquiciando—.Todo el mundo sabía que estábamos juntos en la Academia. Éramos los únicos que creíamos que eraunsecreto.Y quienes no lo supieran entonces se enterarán ahora.Ya va siendo hora de quelopongamos todo en claro.

—JuanPedrono lo sabía...

—¡Te lo he dicho una docena de veces!: Te mintió. El sabía que salíamos juntos. Te mentía continuamente porque tú estabas dispuesta a creerle todo lo que decía.Juanpe mentía a todo el mundo; a ti, a mí, a su mujer,constantemente. Qué poco le conocías...

Irene, terca,niega con la cabeza.

JuanPedrollevaba tantos años diciendo medias verdades acuantos le trataban, inventando ficciones para su trabajo, que se había convertido ensu forma de ser;Aitor lo sabe,perodeshecha la discusión con un movimiento brusco de la mano, como si quisiera apartar de sí todo aquelloycomenzar a olvidarlo.

Juanpe, a estas alturas,tenía a todo el mundo engañado.Aitor pensaba que su amistad lo mantendría a salvo de aquello, perose equivocó. Noacaba de entenderqué le pudo mover a traicionar su amistad yendo a buscar a Irene, pero todavía le cuesta más entenderque Irene acabara yéndose con él. Hace tiempo queevita intentar comprender todolo ocurrido entre ellos;sabe que es inútil, un callejón sin salida, doloroso y oscuro,y no quiere hablar más del tema. Procuraocultar su dolorbajo una apariencia deautocontrol, peroel recuerdo dela traición, por partida doble,le sigue haciendo daño, mucho más del que quisiera.

—En cualquier caso, llegarán a mí a través de ti o de tu teléfono yvete preparándote porque, al menos yo,preguntaría también a tu marido—le insiste conunafríaldadque no siente.

—¿Andoni?—la sorpresa de ella esgenuina.

Habitualmente luce una inteligencia viva, pero es evidente que la intensidad de sus emociones no le permite pensar con claridad. Aitor se arma de paciencia.

—Carlos está barajando la hipótesis del crimen pasional, que desde mi punto de vista es la más lógica, dadas las circunstancias. Además, apenas tiene evidencias que le permitan buscar por otro lado—dice el policía con un leve encogimiento de hombros—, así que comenzará a buscar en el entorno más inmediato de Juanpe. Alguien que se sintiera agraviado con él, tanto como para desear matarle. Los celos son un argumento poderoso en estas circunstancias. Yo, en cuanto sepa lo nuestro, y bajo su punto de vista, seré un estupendo candidato a tenerlos y tu marido... ¿qué te voy a contar. Si él supiera todo lo que ha pasado, puede que nos hubiera querido matar a los tres; a ti la primera. Es otro candidato ideal. De hecho—reflexiona en voz alta—, creo que harías bien en irte a vivir una temporada a casa de tus padres.

Irene lo observa anonadada.

—¿Lo entiendes?—le insiste Aitor.

Ella afirma en silencio.

—Pero... —comienza a decir.

—Me tengo que marchar, Irene—interrumpe Aitor—. Mañana es fiesta y tengo que estar con los niños.

—Júrame que no contarás nada de lo nuestro. Todavía no... te lo pido por favor. Será la última vez que te pido algo... ¿Aitor?

Él aprieta la boca hasta que, prácticamente, desaparecen los labios. Niega con la cabeza y los ojos cerrados y acaba asintiendo levemente.

—Está bien —dice con voz ronca.

—¿Qué tal lo llevas en casa?—dice ella, casi en un susurro, mientras se seca los ojos.

—Mal—le clava la mirada con algo parecido a un reproche en sus ojos, pero enseguida se desvanece. Aunque lo ha intentado, no consigue echarle la culpa de lo que le pasa—. Estamos separados desde hace casi un mes y todavía no le tengo cogido el punto a la situación. He tenido la suerte de que conservara mi antiguo apartamento de soltero. Me falta espacio pero, por lo menos, no estoy en la calle.

—Tú siempre has sido un tipo con suerte—intenta animarle Irene.

Aitor sonríe con tristeza y niega en silencio con la cabeza. Que ella le diga lo afortunado que es, teniendo en cuenta todo lo que ha pasado entre los dos y la situación a la que han llegado, es toda una ironía que roza el sarcasmo.

Hacia el oeste, más allá de Bilbao y La Arboleda, comienzan a espesarse las nubes en el horizonte, amenazando lluvia.

—Me voy —Aitor abre la puerta del coche para salir, pero se detiene un instante—. No diré nada hasta que tú estés preparada, pero recuerda esto: tu marido es un sospechoso más evidente que yo en esta historia. Si yo fuera Carlos tomaría declaración a los tres: a ti, a mí—enumera, señalándose a Irene y a sí mismo—y, por supuesto, a tu marido. En este momento, probablemente soy el sospechoso más accesible para él, pero después de mí, salvo que Nathalie tuviera un amante y diera ese dato, habría que hablar con tu marido, porque sería el otro gran sospechoso del caso—Aitor suspira con fuerza y sale del coche, pero se gira otra vez hacia ella—. ¿Sabes si ella, la mujer de Juanpe, tiene un amante?

—Mi marido es incapaz de hacer algo así,—niega Irene, sin atender a su última pregunta.—Tú no le conoces.

—Que ella también tuviera un amante ya sería rizar el rizo. Estoy divagando, lo sé—murmura el policía, que tampoco hace caso al comentario de Irene, ni espera a sus respuestas—. Por cierto—se interrumpe a sí mismo, como si acabara de caer en la cuenta de un dato importante—, ¿Dónde estabas tú anoche? ¿Has dormido con tu marido?

La pregunta flota un instante en el interior del coche.

—He dormido en casa de mi madre...—parpadea ella, sin llegar a comprenderle del todo—, mi padre no se encontraba bien ayer y me quedé con ellos para hacerles compañía. Andoni ha dormido solo esta noche.

Aitor, sin dejar de mirar a Irene, se calza los guantes con gesto medido y se cierra la cremallera de la cazadora, antes de ponerse el casco.

—Pues “tu Andoni” no tiene coartada. ¿Estás segura de que no fue él?

8. Andoni

Sábado 11 de septiembre de 2010

El árbitro pitó por fin el final del partido de fútbol. Barça cero, Hércules dos. Un partido decepcionante con un resultado inesperado, que en otras circunstancias lo habrían mantenido al borde del colapso a causa del mal juego de los catalanes. Le había parecido insulso, aburrido, útil solo como excusa para no irse a la cama hasta que su mujer se hubiera quedado dormida.

Irene llevaba tiempo ignorándole y últimamente ni tan siquiera se hablaban más allá de lo estrictamente necesario. Andoni había llegado a la conclusión de que superaron el punto de no retorno en su relación durante el tiempo que Irene había estado en la Academia. Antes de aquella pasión había decaído notablemente entre los dos, pero después incluso fue peor. Al principio creyó que solo sería una crisis pasajera, que lo superarían, pero llevaban meses sin sexo y eso, a su juicio, era significativo. Ya no había besos, ni caricias y ella se ausentaba muchos días hasta muy tarde con excusas de lo más variadas; creíbles por separado, pero absurdas en conjunto. Nadie tiene tantos compromisos de trabajo y de otra índole de forma sistemática. Ni su trabajo ni sus otras ocupaciones, amistades incluidas, eran razón suficiente para justificarlo. Él no lo creía.

“...tal día como hoy, pero de 1.714”—decía la voz en off mientras enfocaban en las gradas a aficionados, vestidos con la camiseta azulgrana, llorando—, “Barcelona caía bajo el dominio de las tropas Borbónicas, guiadas por el mercenario inglés, Mariscal-Duque de Berwick, durante la Guerra de Sucesión Española, tras catorce meses de resistencia. Los catalanes, que hoy celebraban su Diada, sufren una nueva derrota histórica...”

Andoni apagó el televisor y se quedó a oscuras sentado en el sofá. Pensó, algo irritado, que el comentarista de la televisión española, televisión pública al fin y al cabo, era estúpido y parcial, y que se había excedido con su desafortunado comentario, tan abiertamente anticatalanista, en un día como el de la Diada, pero no era eso lo que le preocupaba, hoy no.

Se sentía cansado.

Nunca había sido excesivamente dinámico, el trabajo en la empresa de transportes, una franquicia dedicada a la paquetería que hacía años que gestionaba junto a su socio, no era precisamente una actividad que ayudara a tener una vida cargada de acción y

aventura, y quizás ella, que desde antes de que se conocieran había sido mucho más activa que él, empezaba a asfixiarse dentro de su relación. Además, siempre había tenido la certeza de que ella podía aspirar a algo mejor, y no era porque sus ingresos fueran desdeñables; la empresa iba bastante bien y les daba para vivir con desahogo, ¡cuántas veces había sugerido a su mujer que dejara de trabajar!, pero a sus ojos tan solo era un aburrido oficinista que anidaba en la rutina. Mostraba inquietudes que él no solo no compartía, sino que ni siquiera lograba comprender. En una ocasión incluso le sugirió tirarse en parapente, ¡en parapente! Era una locura, por supuesto, así se lo dijo y ella no insistió.

Por otro lado, reflexionó, ¡renunció le había pedido nada con demasiada insistencia, probablemente porque sabía cómo era incluso antes de que se casaran.

Se pasó la mano en silencio sobre la cabeza pelada, cayendo en la cuenta de que quizás su aspecto físico tampoco fuera el mejor para retenerla a su lado. Se había ido quedando calvo y últimamente había engordado algo. Atrás quedaron los partidos de fútbol en la playa. Tenía que haber puesto remedio a aquello, pero le daba una pereza horrible apuntarse a un gimnasio.

Como cuando ella decidió, hacía mucho tiempo ya, no tener hijos. Porque fue ella la que lo decidió y de la forma más sencilla: simplemente dejó de hablar de ello. Para él fue un alivio, nunca se había sentido preparado para ser padre cada vez que ella sacaba el tema le entraban ahogos, ya tenía suficientes obligaciones en esta vida como para cargar con un crío. Quizás hubiera sido un error por su parte no haberle complacido en eso. Al fin y al cabo, hasta que le comunicó que había decidido que ya no quería quedarse embarazada, siempre había mostrado interés en tener hijos. Quién sabe.

Se levantó despacio y recorrió el pasillo a oscuras, cabizbajo y en silencio. Al llegar a la habitación se apoyó en el quicio de la puerta y desde allí comprobó que ella dormía girada hacia el borde de la cama, como acostumbraba a hacer desde hacía más de un año. Apenas ocupados palmos de colchón en la cama de matrimonio. Contempló los volúmenes del cuerpo de su mujer bajo las sábanas; era evidente que seguía conservando su cuerpo de antaño. El tiempo, al contrario que a él, todavía no le estaba pasando factura.

Su mirada se detuvo un instante al otro lado de la cama. Sobre la mesilla descansaban los dos teléfonos de ella, el del trabajo y el personal, que ella se obstinaba en mantener activo. Suspiró.

Al verlos le vinieron a la cabeza las veces que ella le ía mensajes a hurtadillas y sonreía con su lectura cuando creía que no le estaba observando. Recordó las ocasiones en las que ella salía de la habitación en la que se encontraban juntos para responder a una llamada, o las veces en que, tras comprobar la identidad de la persona que llamaba, colgaba sin contestar.

Casi sin darse cuenta se aproximó hasta la mesilla y cogió el teléfono particular de ella. Comprobó que tenía en modo silencioso, pero que no había tenido la precaución de

bloquearlo. Era obvio que no lo creía capaz ni de hurgar en su teléfono. Descubrió que había un mensaje pendiente de ser leído. El icono de tonos rojizos le atrajo como un imán, como un faro en la oscuridad de la habitación. Con el móvil en la mano, observó un instante la respiración de ella, comprobó que seguía dormida y comenzó a revisar los mensajes: "estás sola?"...decía el primer y único mensaje de la lista. Sola. La pregunta rebotó en su cerebro irritándolo. «¿Sola para qué?», pensó. Loremita un tal "JP". El resto del buzón de entrada y salida aparecían vacíos, los había borrado todos, pero el registro de llamadas entrantes y salientes le mostró algo de lo que estaba buscando. Un tal "JP" se repetía en ambas listas con una frecuencia reveladora. "JP": por algún motivo asoció aquellas iniciales a "Hijo de Puta". Casi sonrió irónicamente con su propia ocurrencia, pero sintió un nudo en el estómago que se lo impidió. Revisó el listado de contactos de la agenda telefónica y comprobó que "JP" tenía una fotografía asociada. Notó la boca seca, pero se obligó a mirarla: era la imagen de un hombre moreno, sentado en un pretil de lo que, parecía ser, un frontón.

Andonino reconoció el lugar, aunque se esforzó en memorizarlo. Era un hombre de mediana edad, similar a la suya quizás, probablemente unos cuarenta y cinco años. A falta de referencias en la fotografía para estimar su tamaño, parecía grande y algo desgarrado, aunque en buena forma y le dolió ver que tenía algo de pelo. La sonrisa que leucía a aquel tipo se le antojó estúpida, de medio lado, fingida incluso. «¿Es este hombre mejor que yo?» Se preguntó con amargura.

Irene suspiró en sueños y comenzó a moverse. Andonidejó el teléfono sobre la mesilla con cuidado, sin hacer ruido, y bordeó la cama hasta la silla en la que colocaba la ropa cada noche.

"JP", hijo de puta. No podía dormir. El olor de Irene, el calor de su cuerpo le excitaban y provocaban su ira a la vez. Le esperaba una noche cuajada de pesadillas en las que imaginó a su mujer, extrañamente feliz, como hacía tiempo que no la había visto, haciendo el amor de mil maneras con el hombre de la fotografía.

9. Irene

10:30h. del miércoles 13 de octubre de 2010.

Carlos ha amanecido con unas décimas de fiebre. Se acostó por la tarde a la hora de la siesta, después de no haber salido en toda la mañana de casa, y no se ha levantado hasta que le ha sonado el despertador por la mañana; pero eso no ha evitado que se haya despertado con un horrible dolor de cabeza. Un día de fiesta echado a perder y el virus sigue ahí. Por lo menos, parece que los mocos le van a dar una pequeña tregua.

Se ha tomado un ibuprofeno y un café bien cargado nada más entrar en la oficina y parece que se ha despejado un poco. «Benditos ibuprofenos», piensa mientras recoge la carpeta con documentación que descansa sobre su mesa. Hoy Sorondono podrá acompañar la cita con Irene, está ayudando a terminar las diligencias del atestado de la niña de Zarautz y, seguramente, le ocupará todo el día, incluso puede que más. Al bajar en el ascensor, comprueba con mirada crítica su aspecto ante el espejo, se alisa la chaqueta y se otorga un aprobado. No se puede pedir más, dadas las circunstancias.

—¡Egunon!— Carlos sonríe con toda la franqueza que es capaz de fingir. Sabe que no es santo de la devoción de Irene y es algo recíproco. Alguno de sus comentarios tras el episodio del campo de tiro de Arkaute debió de llegar a sus oídos, dejándolo fuera de su círculo de amistades, probablemente para toda la eternidad. «Mujeres» piensa, zanjando la cuestión.

Han quedado en la cafetería del edificio, un recinto frío, completamente azulejado en blanco, impersonal, en el que varias máquinas de café, refrescos y comida envasada zumban junto a unas pocas mesas y sillas de plástico que solo combinan consigo mismas. Carlos se levanta de la mesa sobre la que estaba apoyado y avanza un par de metros hacia Irene, con intención manifiesta de darle los consabidos dos besos. Ella aprieta los labios, finos y sin pintar, en una sonrisa fingida como la suya, adelantándose a su gesto, le extiende la mano, que él, contrariado, estrecha.

—Egunon, Carlos, cuánto tiempo— responde ella componiendo una mueca que pretende ser una sonrisa cordial.

Ha pasado las dos últimas noches durmiendo en casa de sus padres. A su marido le ha vuelto a poner la excusa del estado de salud de su padre para poder hacerlo, pero lo cierto es que desde que Aitor le sugirió que Andoni pudiera estar tras el asesinato de Juan Pedro, no se atreve a quedarse a solas con él. Ayer, a la madre de Andoni se le ocurrió juntar a la familia con la excusa de su santo y no pudo evitar ir a comer con ellos.

Andoni hizo lo imposible por no sentarse a su lado y fue a colocarse al otro lado de la mesa, junto a su hermano. Fue algo extraño, no recuerda otra ocasión en la que le haya evitado en la mesa. Notó que la miraba “de otra manera” e, incluso, fue él quien sacó la noticia del homicidio de Juan Pedro durante la comida. “¿No era compañero tuyo en la Academia?”, le preguntó delante de toda su familia. Le costó mantener el tipo pero, inexplicablemente, se las compuso para contarles que, en efecto, habían sido compañeros de clase y que estaba muy afectada; cosa que no tuvo que fingir.

Mientras el resto de los comensales se deshacían en comentarios, “parece mentira”, “por Dios, pobrecita...”, su marido se quedó callado, serio, observándola sin apenas parpadear. Irene tuvo la agobiante sensación de que Andoni la miraba como si supiera algo más. Tras los postres, se excusó y se marchó de casa de sus suegros, dejándolo allí. Sentía que se estaba asfixiando. No podía soportar la presión de tenerlo en frente.

—Siento que nos veamos en estas circunstancias—dice Carlos sobresaltándola.

Ella siente y aprieta aún más los labios acabando de estropear el gesto.

—¿Quieres que hablemos aquí o nos vamos a algún lugar más discreto?

—Lo que tú prefieras—responde.

Uno de los guardas de seguridad del edificio entra en el comedor y, tras saludar con un susurro, va derecho a la máquina del café. El policía le sigue con la mirada.

—Mira, acompáñame, conozco un sitio en el que no nos van a molestar y en el que estaremos más cómodos los dos. ¿Quieres que nos subamos un café?

—No, no. Te lo agradezco, pero ya me he tomado uno hace poco.

—Vale, ven conmigo.

Suben por las escaleras los dos pisos que les separan de la que se conoce como “Sala de Crisis”. Como si lo hubieran acordado, al utilizar las escaleras ambas evitan la incomodidad de tener que subir juntos en el ascensor. Durante el trayecto no hablan, solo se escuchan los ecos de sus pasos en las paredes de mármol del edificio, acentuando el silencio; ella abre la marcha y ella se limita a seguirle. Al llegar al cubo de la sala de crisis, Carlos franquea la puerta de acero y cristal pasando su identificación por el lector magnético de la entrada y la sujeta para que ella pueda entrar.

—Pasa, compañera—por un instante, su amabilidad no es fingida. Hay una parte de él que compadece a Irene, a pesar de todo.

Ella entra y se queda parada a dos pasos de la puerta, indecisa. Al girarse hacia ella tras

cerciorarse de que la puerta queda cerrada, Carlos la descubre desvalida, pero evita ahondar en el sentimiento que le provoca. No han quedado para consolar su dolor, sino para esclarecer un asesinato.

La estancia contiene una veintena de mesas colocadas en herradura, una tarima con una mesa principal y varias sillas, y un par de mesas con ordenadores. Todas las paredes son de cristal ahumado, como si la estancia fuera una urna transparente. En uno de los laterales, parcialmente cubierta por una cortina, puede verse la sala de Ardatz, principal centro de comunicaciones de la Ertzaintza de Bizkaia, con un *videowall* que cubre toda la pared como característica más llamativa. Bajo las pantallas, en las que se muestran imágenes de diferentes cámaras de seguridad, los operadores de radio controlan los movimientos de todas las patrullas del Territorio Histórico, asignándoles tareas y coordinando los recursos policiales.

Irene, en pie ajena al espectáculo que se desarrolla más allá de las cortinas, mira interrogante a Carlos.

—Siéntate donde quieras—le dice—. Mira, aquí mismo—Carlos señala con el brazo extendido una silla situada en uno de los vértices de la “u”.

Ambos se sientan en diferentes lados de la mesa, evidenciando que prefieren dejar cierta distancia entre ellos y, cuando Carlos arrima algo la silla hacia la mesa, haciendo un gesto deliberado para dejar un espacio vacío entre ambos, ella se recuesta en el respaldo, como si inconscientemente quisiera apartarse de él. Él, en un fútil intento de dar algo de intimidad a la reunión, ha evitado encender las luces, ya que la luminosidad que se cuele por el ventanal es suficiente para ver evitando ser vistos, pero es una delicadeza inútil, que pasa desapercibida para el suboficial.

Es patente la falta de cordialidad entre ambos.

—¿Qué querías preguntarme?—comienza ella.

Carlos coloca sobre la mesa la carpeta negra con un clip enorme que traía consigo. En su interior, un taco de papeles atrae la atención de Irene, que se esfuerza en mirarlo directamente.

Eneko ha hecho bien su trabajo y ha conseguido en un tiempo record las facturas del último año del teléfono de Juan Pedro. Que perteneciera a un agente fallecido en circunstancias violentas ha tenido que facilitar mucho las cosas. Le han prometido que los de los otros dos teléfonos estarán a lo largo de la mañana y aunque le han recordado que no podrá utilizarlas formalmente, le van a ayudar a enfocar las investigaciones.

—Al grano, ¿verdad?

—Sí, mejor—ella le desafía con la mirada y Carlos reacciona con alivio, prefiere esa

actitud beligerante por su parte, así será más fácil guardar la distancia.

Coloca la carpeta entre los dos y posa su mano abierta sobre ella.

—Ya que el ochenta por ciento de las últimas llamadas que han quedado en la memoria del teléfono de Juan Pedro se realizaron a tu número de móvil—Carlos hace una pausa teatral para que la información cale en su interlocutora—, he creído conveniente hacer dos cosas: la primera ha sido confirmar esa impresión preliminar, que ya compartí contigo, de que tú podías aportarme algo que me ayude con el homicidio, así que he conseguido que me den el listado de las llamadas del teléfono de Juan Pedro durante el último año. Y, aunque todavía no las he recibido, creo que es interesante que sepas que las de tu teléfono también están en camino.

Al hilo de estoy antes de que protestes, te informo de que, como nuestros teléfonos, también el tuyo, son propiedad de *La Empresa*, es el propio Gobierno Vasco quien recibe los tránsitos de llamadas en sus facturas, así que, por si tenías dudas, no es información privada y además de legal, es sencillo obtenerlas—esto último no es totalmente cierto, pero Carlos cuenta con el desconocimiento de Irene en la materia.

Ella, sin embargo, no presenta batalla y asienta sin inmutarse. Su rostro es una máscara que no transmite ninguna emoción. Por los ojos de Carlos, que parecen brillar con luz propia en la penumbra, mientras escruta a la mujer acechando sus reacciones, cruza la sombra de una pequeña decepción ante su indiferencia.

—El listado de las llamadas me ha confirmado la idea inicial de que teníais un trato estrecho—nueva pausa—y cotidiano. Sobre todo desde mediados de julio—ella se mantiene firme, en silencio—. Irene, ¿qué había entre vosotros?

—Una buena amistad—responde, apenas sin pensarlo y sin un atisbo de duda.

Carlos comienza a ponerse nervioso y carraspea para aclararse la voz.

—Supongo que, siendo policía como yo, entenderás que, teniendo en cuenta que él estaba casado y tú también...—el policía sabe que quizás no está atinando con las palabras adecuadas, pero continúa—todas esas llamadas a diario... ¿Sabes a qué me refiero?

Acaricia la carpeta distraídamente, como dándole tiempo para entender sus insinuaciones. En la habitación solo se escucha el zumbido del aire acondicionado. La suboficial de la Policía Científica aguanta en silencio, la mirada fija en algún punto de sus zapatos. Él la escruta con atención, como si quisiera leer sus pensamientos.

—Te voy a ser sincero. Creo, Irene, que estabais liados—le suelta sin más rodeos y elevando un poco el tono de voz—. Y, siguiendo el razonamiento, con lo que se suelen

complicar estas cosas—continúa, sin esperar a su respuesta—, comprenderás que no pueda descartar la hipótesis del crimen pasional, ¿verdad?

Sin llegar a alzar la mirada, ella se cubre la boca con una mano temblorosa y cierra los ojos con fuerza. A Carlos le sorprende la intensidad de la reacción. No esperaba tocar hueso tan fácil después de la resistencia tan cerrada que le había plantado hasta ese momento. Había sido como si el muro que había levantado se hubiera desmoronado súbitamente. Él no sabe que ella ya venía afectada y que había estado conteniendo esta reacción desde el principio. Desde que supo que habían matado a Juan Pedro su vida se ha desmoronado, se está viendo en la tesitura de tener que hacer pública su relación extramarital con él y, quien sabe si también la relación con Aitor.

—¿Estás bien?

Ella asiente, sin abrir los ojos. Está temblando de pies a cabeza.

—Te lo voy a preguntar otra vez y quiero que seas sincera en tu respuesta—insiste, sin apiadarse de ella—: ¿Tenías una relación de tipo sentimental con Juan Pedro? ¿Erais algo más que amigos?

Imágenes de un pasado reciente, que había tenido sujetas de alguna manera, bombardeando y descontrolando la cabeza de Irene. La realidad le alcanza y le golpea, y es más consciente que nunca de que su compañero está muerto, asesinado, y que ella está en el centro de todas las sospechas. Cuando consigue abrir su boca la voz se le quiebra y se convierte en un sollozo. Gruesas lágrimas caen por sus mejillas sin que pueda evitarlo. Asiente con la cabeza mientras clava una mirada de angustia en los ojos de Carlos. De repente parece aterrada. Carlos, en cambio, suspira satisfecho al ver su hipótesis confirmada.

—¿Te importaría que habláramos mañana?—consigue preguntarle ella con voz entre cortada—Ha sido un día muy duro...no me encuentro nada bien—acierta a sollozar.

—Irene, yo... verás compañera, tenemos que hacer esto. Ahora solo es una conversación más o menos informal pero, dependiendo de lo que vaya saliendo de la investigación, es probable que tenga que tomarte declaración como testigo—ella asiente con los ojos cerrados—. Además, lógicamente, tendré que hablar con más gente de su entorno... y del tuyo, y saldrán cosas. Más vale que te vayas haciendo a la idea y que me facilites el trabajo y que no te compliques la vida de forma innecesaria.

Ella continúa asintiendo sin abrir los ojos.

—Por supuesto, seremos discretos —añade con convicción, aunque sabe que siempre es difícil conseguirlo.

Es evidente que en estas circunstancias no va a poder sacarle mucho más y no quiere presionarla hasta que no tenga algo más contundente contra ella, así que Carlos se levanta y recoge la carpeta, dando por zanjada la reunión. La entrevista no ha sido estéril después de todo, se dice, y el llanto de las mujeres es de las pocas cosas con las que le cuesta lidiar. Prefiere mil veces tener que vérselas con un cadáver que con una mujer llorando.

—Una última pregunta: ¿Tienes idea de quién ha podido matar a Juan Pedro? ¿Has tenido algo que ver? ¿Tu marido quizás?—dice de todas maneras, resistiéndose a soltar a su presa tan fácilmente.

—¿Cómo puedes pensar algo así?—acierta a decir; pero le viene a la mente la conversación con Aitor de la víspera. Caen en la cuenta, horrorizada, de que él tenía razón, ya están todos en el punto de mira de Carlos.

—Si no pensara algo así, estaría haciendo mal mi trabajo.

—Mi marido no sabía nada de nuestra relación...—afirma Irene con los ojos anegados y la voz temblorosa, pero cada vez con más dudas al respecto— y preferiría que no llegara a enterarse.

Carlos prácticamente ignora su comentario.

—Por cierto—le interrumpe, cambiando de tercio por sorpresa—, ¿Crees que Aitor podría aportarme algo de luz sobre Juan Pedro?

Irene se queda repentinamente callada. Le observa con algo en la mirada que el policía quiere pensar que es miedo y no consigue articular palabra.

Carlos, sin añadir nada más, abre un nuevo paquete de pañuelitos, se guarda uno, coloca el paquete de Kleenex recién estrenado sobre la mesa y lo empuja con dos dedos hasta dejarlo junto a ella.

—Vete madurando las respuestas, porque las vas a necesitar.

Cuando sale de la sala de reuniones, Irene se queda sola en la penumbra de la habitación.

10. Informe Forense

Miércoles 13

—¿Ensañamiento?—sugiere Carlos.

Iñaki, parte del grupo de investigación de delitos contra las personas del que Carlos es responsable, está enumerando en voz alta las lesiones que han ido saliendo en la autopsia que David les ha adelantado por fax. El forense se ha portado y ha realizado la autopsia durante la mañana. Asiente en silencio, pensativo.

—Cuando vi tantos pinchazos y pensé que quizás podría haber un móvil pasional en la agresión. Luego ha venido la confirmación de la infidelidad, ya sabes... una cosa pudiera haber llevado a la otra—continúa Carlos, recordando la conversación con Irene.

—No te sabría decir—Iñaki se encoge de hombros—. El informe del forense nunca entra en ese tipo de detalles. Como sabes es una simple descripción, los motivos y razones los tendremos que poner nosotros.

—Sigue Iñaki, por favor. Solo estaba reflexionando en voz alta.

—Bien. Bueno, tres de los siete navajazos fueron mortales, dos seccionaron la aorta y uno perforó el ventrículo izquierdo. De los cuatro restantes, dos causaron daños en el diafragma, uno en el pulmón izquierdo y el cuarto fue bastante superficial, un tajo que quedó trabado en una costilla, pero ninguno de estos tenía por qué haberlo matado. Respecto a la saña, los navajazos son limpios, entran y salen sin perforar dos veces el mismo agujero, no sé si me explico...

Están sentados a ambos lados de la mesa del despacho de Carlos. A un extremo de la mesa, Sorondo escucha sin mirarles con un bolígrafo entre los dedos y una libreta de tapas negras y cartón duro abierta en el regazo. Hace una anotación rápida: "Telefonar al forense y agradecerle lo rápido que nos ha facilitado el Informe de la Autopsia". La investigadora ha decidido por su cuenta que no resulta imprescindible para cerrar el atestado de la niña de Zarautz y que Carlos, antes o después, va a tener que tirar de ella para ayudarle con esto; así que más le vale estar al día de la investigación. Su jefe no ha puesto ninguna objeción y ella ha pensado que quizás se trate de una forma de reconciliarse por su actitud de los últimos días.

—Sí, que no retorció el cuchillo dentro. Lo cual no descarta nada, con siete laceraciones,

yo seguiría apostando por ese tipo de ataque ciego que impulsa los asesinatos pasionales—insiste su jefe, ajeno a Sorondo.

—Luego está lo de los golpes en la cara y el cuerpo... ¡ah!—exclama Iñaki, mientras señala un párrafo con el dedo—Y tiene varios cortes en las manos.

—Se defendió.

—Eso parece —asiente Iñaki.

—¿Y los golpes que me decías?

—Sí, los golpes. Parecen hechos por las piedras que conforman la pared del canal. Como recordarás las paredes del canal son dos planos inclinados con piedras colocadas a modo de escalones irregulares. Como si fueran gradas. Mojadas, sucias de barro y algas, con cantos vivos y ostras adheridas en la zona intermareal. En el interior de las heridas el forense ha encontrado restos de musgo, arena, fragmentos de concha...

—Así que deducimos que cayó resbalando por las piedras.

—O le tiraron hacia el agua y cayó sobre ellas. Pero sí; por la forma de las raspaduras—señala los cortes paralelos que se aprecian apenas en la fotografía en blanco y negro que ilustra el fax—, yo diría que, o resbaló hacia el agua sobre las piedras, o le arrastraron sobre ellas.

—Perdona, ¿Son ante mortem o post mortem? —interrumpe Sorondo.

—Todas antes de morir —responde Iñaki asintiendo con aprobación en dirección a su compañera.

Ella realiza una nueva anotación en su cuaderno y la rodea con un círculo.

—¿Tenía agua en los pulmones?

—Ya sé por dónde vas—sonríe Iñaki a la pregunta de Carlos—. Yo también lo he pensado—lanza una mirada fugaz a Sorondo—. Cuando llegó al agua todavía estaba vivo pero, aunque tenía agua en los pulmones, no murió ahogado; ya estaba muy jodido y se le paró el corazón. Y esto es todo. ¿Cómo lo ves?—pregunta, dando por finalizada la lectura del Informe del forense.

—Pues, veo que si hubiera sido algo fortuito, por calificarlo de alguna forma, si el asesinato no fue premeditado, ¿Para qué molestarse al asesino en ocultar el cadáver?

Sorondo anota “¿Porqué?” y lo subraya varias veces.

—¿Para ganar tiempo?—aventura Iñaki.

—Tampoco es tontería pensar que, una vez herido, se hubiera caído al agua—comenta Sorondo.

—Me gusta más la idea de que le tiraron—descarta Carlos.

—No, si a mí también me gusta más —apoya ella encogiéndose de hombros—, pero de momento no podemos descartar nada, ¿No te parece?

Carlos se levanta de la silla y da un par de pasos a uno y otro lado, despacio y mirando al suelo. Se estira colocando las manos en los riñones, los brazos en jarras y carraspea para aclararse la garganta, aunque acaba tosiendo. Sorondo meneaba la cabeza sin mirarle. Ojea en la pantalla del ordenador las copias digitales de las fotografías que la Policía Científica utilizará para confeccionar la Inspección Ocular del lugar de los hechos. Le llaman la atención dos instantáneas de plano general. Son las que muestran el paseo fotografiado desde la escalera hacia el muelle, con el pretil y el canal a la izquierda de la imagen y otra, obtenida desde la pequeña playa donde apareció el cadáver. En la segunda se aprecia la embocadura del canal, donde puede leerse en un cartel de fondo blanco, sujeto a las piedras de la pared derecha, “3 KORAPILO, 3 NUDOS”, indicándole la velocidad máxima a la que se puede circular por el canal. Le da a imprimir a esas dos imágenes y a una tercera, en la que Juan Pedro yace semidesnudo, tendido de cúbito supino con los pies en el agua y el resto del cuerpo sobre la arena.

—Chavales, necesitamos más datos. Sorondo, quiero que preguntes al jefe de Juan Pedro en Hernani, en qué investigaciones andaba metido el difunto. Te vas allí y aprovechas para hablar con sus compañeros. Marujeas un poco, ya sabes. Quiero saber...

—Todo—le corta Sorondo sosteniéndole la mirada, algo incómoda con la alusión al marujeo. Vuelve a su cuaderno y anota “Gilipollas”, pero no se lo dice. A Iñaki no le hubiera dicho eso. En cualquier caso se da cuenta de que estaba equivocada, no está arrepentida por lo del lunes. Todavía le colea el enfado y Carlos no hace nada para arreglar las cosas. Espera que solo sea por culpa de la fiebre.

La policía se levanta y va a la impresora a recoger las imágenes que acaba de lanzar.

—Eso es. Con quién andaba, qué problemas tenía, si se había creado algún enemigo en el trabajo o fuera...—continúa él—, incluidos chascarrillos sobre su vida privada.

—Lo que yo decía: todo—responde la otra con los papeles en la mano y de espaldas a él.

—Iñaki—continúa, obviando el malestar que le transmite Sorondo—, te dejo encargado de recopilar toda la información que tengamos sobre los hechos. Aunque supongo que si hubiera aparecido el cuchillo ya nos lo habrían dicho. Llama y confírmalo, y pide a la Policía Científica la inspección ocular y todas las fotos que tengan, que no te pongan las pegas de costumbre. Si solo tienen un borrador, que te lo manden. También quiero que consigas todo lo que puedas sobre el marido de Irene. Tenemos que saber quién es: antecedentes, modo de vida... no te voy a decir cómo tienes que hacer tu trabajo, que te das buena maña. Si los necesitas, hablas con Urko y con Igone, y repartes la tarea con ellos. Diles que lo he ordenado yo así.

Iñaki asiente con gesto serio. Sorondo, que ha ido a colocar setras Carlos, le muestra a Iñaki las fotografías procedentes de la Policía Científica que acaba de imprimir sin que Carlos se dé cuenta. El otro sonríe imperceptiblemente.

—Y para mí, creo que voy a reservarme la tarea de hablar otra vez con la mujer de Juan Pedro.

—Con la viuda—Apunta Iñaki solicitamente.

—Eso es, con la viuda.

11. Nathalie

Jueves, 14 de octubre de 2010

Nathalie es una mujer hermosa, cuarentona y algo entrada en carnes. Tiene los ojos de un azul intenso, limpio, y los labios sensuales. Lleva el pelo negro azabache, ondulado y largo hasta los hombros, brillante y bien peinado, enmarcando unas mejillas sonrosadas. Viendo a la mujer de Juan Pedronadie diría que acabe de enviudar en circunstancias excepcionales. Lo que sí trae son ojeras, bien disimuladas por el maquillaje, pero aun así visibles bajo sus ojos ligeramente rasgados, que hoy están enrojecidos. Hablan al inspector de una noche en vela, que Carlos atribuye al asesinato de su marido.

—Nathalie, ¿se encuentra bien?

—Sí—ella contesta con un hilo de voz. El policía aprecia que ella tiene cantarina, con un timbre especial y un poso de acento francés que ya notó el día que fue a darle la mala noticia a su casa. Es un rastro muy poco marcado pero distinguible, que suaviza sus erres y le da a su entonación un matiz diferente. La voz es tan limpia, tan cristalina que no le extrañaría que participara en algún coro de la zona.

Ella estrecha su mano tendida, avanza un paso y le saluda con dos besos en las mejillas. Sus manos son pequeñas y bien cuidadas.

—Tengo que hacerle algunas preguntas sobre su marido...

Asiente serena. Tintinean los aros de plata de sus orejas, los mismos que llevaba el jueves de la semana anterior, el día que fueron a darle la mala noticia.

—Lo entiendo. Pero tú téame, por favor. Conocías a Juanpe y se me hace extraño que me hables de usted.

Ha citado a la viuda en las dependencias de la comisaría de Irun. La mujer ha llegado puntual a la entrevista y ha entrado hasta la sala de declaraciones sin titubeos, con paso firme. El policía inspecciona con disimulo su indumentaria y, aunque con matices, decide que se puede interpretar que va de luto. Lleva un vestido negro ceñido a las curvas de su cuerpo, que deja ver un par de piernas rotundas desde más arriba de las rodillas. Las trae en fundadas en medias de cristal muy oscuras, casi negras que se pierden en unas botas de tacón alto, media caña y con forro de pelo. Cubre sus hombros con un abrigo de cuero marrón muy oscuro y cuello de piel vuelta que

lleva desabotonado, más largo que el propio vestido y a juego con el calzado. Un bolsito de ante negro remata el conjunto. La primera vez que la vio no estaba tan arreglada y le pareció decididamente más baja y menos espectacular.

Espera pacientemente a que tome asiento y se acomode al otro lado de la mesa antes de comenzar con las preguntas. El perfume dulce de la viuda ha conseguido abrirse paso por su nariz congestionada y ya impregna toda la estancia.

No puede evitar compararla con Irene.

—De acuerdo —carraspea— ¿Tienes alguna sospecha sobre quién pudo ser el autor del homicidio? —comienza Carlos casi sin darle tiempo a prepararse para el interrogatorio.

Se muestra ligeramente sorprendida y se yergue levemente en la silla con un crujido del cuero de su abrigo; puede que no esperaba que le preguntaran algo así, al menos no tan pronto. Carlos anotamente la reacción.

—¿Has entendido la pregunta?

—Sí, claro, pero no, no sospecho de nadie y no entiendo cómo podría saber yo quién ha matado a Juan Pedro —Nathalie enarca las cejas y sostiene la mirada del policía. Sus manos abrazan el bolso negro aterciopelado contra su pecho.

A pesar de las circunstancias, Carlos se sorprende pensando que es una mujer atractiva y evita su mirada.

—No digo que sepa quién es el autor, pero por la forma de matarlo —el policía intenta ser delicado y evita entrar en detalles escabrosos, no le habla de las siete cuchilladas y su posible origen pasional, ni de las magulladuras del cuerpo que indican que hubo pelea, hace un gesto ambiguo con la mano y acaba posándola sobre la mesa de la oficina—, nos hace pensar en un móvil pasional —resume—. Quizá puedas darnos algún detalle, un dato, por insignificante que te parezca, que nos aporte algo de luz en la investigación.

Ella se revuelve inquieta en su asiento, un nuevo retardo en la respuesta y otra oleada de perfume que llega al policía.

—¿Pasional? —repite Nathalie denotando sorpresa.

Carlos asiente. Casi es un farol, pero sospecha que sabe algo que, al menos, puede aportar información esclarecedora; piensa, en definitiva, que podría ser el eslabón débil de una cadena de secretos. Por un lado, y sin pretenderlo, está empatizando con ella y lamenta tener que presionarle pero, por otro, lo que sea que está incubando lo mantiene incómodo y dolorido, y le urge a obtener respuestas evitando rodeos.

innecesarios.

—Pasional—dice ella una vez más, pero con tono neutro, como si reflexionarasobreello, mientras su mirada se pierden en la superficie gris de la mesa. Nathalie levanta la vista, se coloca un inexistentes rizo suelto sobre la oreja y coge aire, como si fuera a decir algo, pero parece arrepentirse y permanece callada mirando a los ojos a Carlos, que se tiene que esforzar en no desviar la vista otra vez.

«Tú me escondes algo» —piensa Carlos amoscado, además de molesto.

—¿Quizás sabías algo sobre una relación entre Juan Pedro y una compañera de trabajo?—aventura el policía entrando a cuchillo y, alavez, poniéndoselo fácil.

Ella frunce los labios, como si algo ácido le hubiera reventado en la boca y después suelta el aire de golpe, haciendo un sonido entre una tos y un amago de risa aislada y amarga. Pero permanece callada, sosteniendo la mirada de Carlos.

—Nathalie, es posible que te encuentres dolida—Carlos da por hecho que ha dado en la diana con su farol—, pero necesitamos encontrar al asesino del padre de tus hijos—ahora ella desvía la mirada hacia el suelo, abre el bolso y extrae un kleenex, con el que enjuaga levemente la humedad que parece haberse formado en sus ojos—. Cualquier información que nos puedas dar ayudará a la investigación y, en cualquier caso, evitará que hurguemos en la vida de personas inocentes, que acusemos y detengamos a quien no lo merece...—ella cierra los ojos y los aprieta con fuerza. Una lágrima escapa de su pañuelo y resbala con rapidez por su mejilla.

Carlos está dispuesto a jugar su última baza.

—¿Qué puedes contarme sobre Irene, Nathalie? ¿Te suena el nombre? Estoy seguro de que sabes de quién te hablo.

—¿En qué puede ayudar que yo te hablo de eso?—la voz de Nathalie, que por fin se ha decidido a decir algo, suena extrañamente serena a pesar de las lágrimas.

Pero Carlos no necesita ya más confirmación. Ya está, había algo y ella lo sabía. Se separa de la mesa y suspira relativamente satisfecho.

—Aunque preferiría que me lo aclararas de forma explícita, es evidente que es cierto. Ya conocías esa relación antes de venir hoy aquí. Tengo otra pregunta que hacerte—ella encoge los hombros, aparentemente resignada—. ¿Mantienes, o has mantenido también alguna otra relación que pudiera implicar a otras personas en este caso?

Ahora sí, la reacción de Nathalie es abiertamente de sorpresa. Sus labios pintados se

separan al descolgársele la mandíbula. Carlos repara en ello y, además, no aprecia ni rastro de las lágrimas que anegaban sus ojos un instante antes; ojos que se han quedado abiertos y no pestañean.

—¿Qué quieres decir? ¿Me estás preguntando si yo también tenía un amante?

El policía, que no ha podido evitar sonreír disimuladamente, a pesar de la situación, lo disimula secándose la punta de la nariz con un pañuelito antes de contestar con voz ligeramente gangosa.

—Cuando se produce una agresión por celos, el autor pretende quitarse a un obstáculo de en medio. En este caso podría tratarse de eliminar a un rival, a Juan Pedro—dice barriendo con la mano un obstáculo imaginario que se interpusiera entre Nathalie y él—, despejándose el camino hacia su objeto de deseo. Y vosotros dos estabais casados ¿Verdad? Creemos que Juan Pedro era un obstáculo para alguien—continúa, sin esperar respuesta—, aunque todavía no sabemos para quién. La cuestión es: ¿Tienes un amante? Porque, si lo tuvieras, sería conveniente que habláramos con él.

La viuda se queda muda.

—Nathalie—insiste—, ¿Necesitas que te repita la pregunta?

Finales de mayo

—Nathalio me perdonaría que no le regalara nada el día de su cumpleaños.

—Hombre, pero cómprale unos bombones o unas flores cuando vayas a casa—Aitor quería evitar que su compañero y amigo se perdiera el paseo y la cena que habían organizado por Vitoria para esa tarde.

El día estaba frío, ese frío intenso tan característico de la llanada, pero hacía sol e invitaba a airearse. Una tarde de compras no parecía el mejor plan posible.

—Vosotros id por vuestra cuenta. Intentaré encontrarle algún detalle lo más rápido posible, algo tengo pensado ya, y cuando termine te llamo para saber por dónde andáis y me acerco.

—¿Qué tienes pensado?—Aitor tampoco quiso insistir demasiado. Con Juanpe ausente, se quedaría a solas con Irene un rato. Ella ya le estaba observando con mirada pícaro a través del reflejo en el escaparate al que simulaba prestar atención.

—Un pañuelo para el cuello de los que acostumbra a llevar, o algo así, no sé... algo útil. A ver si encuentran regalo que le guste.

—Bueno, tú mismo, procura no tardar demasiado. Andaré atento al teléfono—mintió mientras devolvía la mirada a Irene y le mandaba un guiño con disimulo.

* * *

Juan Pedro colocó el paquete con delicadeza sobre el regazo de su mujer, que permaneció sentada en la cocina. Los niños estaban jugando en el parque de la urbanización, justo a la puerta de casa.

—Zorionak Nathalie—él sonrió e introdujo las manos en los bolsillos. No era muy dado a las

muestras de afecto, pero esperaba que a su mujer le gustara el pañuelo que le había comprado por su cumpleaños—. ¿Qué, no te animas a abrirlo?—Juan Pedro encogió los hombros sin sacar las manos de los bolsillos. Ella le miró con lágrimas en los ojos. Algo bamal— ¿Qué te pasa? ¿Te encuentras bien?

—Lo siento—respondió ella entre sollozos. Dejó el paquete sobre la mesa de la cocina y se cubrió los ojos con las manos, sin dejar de repetir que lo sentía.

—¿Qué es lo que sientes?—Juan Pedro estaba alarmándose y no entendía nada.

—Estaba muy sola—comenzó a decir su mujer—, con los niños todo el día a vueltas: el desayuno, el colegio, las clases extraescolares, las cenas... no hacen caso a nada—las lágrimas empapaban sus dedos y su cara.

—No te preocupes. Ya casi he terminado y pronto estaré en casa otra vez.

Ella le dirigió una mirada extraña.

—¡Igual te crees que cuando estabas aquí yo me sentía más acompañada!—exclamó repentinamente irritada—¡Te pasas todo el día fuera de casa, no tienes turnos fijos, no sé si vas o vienes! ¡Nunca me cuentas nada! ¡Y Asier, el pobre, se pasa el día preguntando por su padre!—Juan Pedro no acababa de entender lo que estaba ocurriendo. Su rostro reflejaba el desconcierto que sentía, como si todo aquel problema le fuera ajeno. No era que no hubiera escuchado aquel argumento antes, pero le resultaba extraño en ese momento, fuera de lugar, acababa de entregarle un regalo y ella ni siquiera había abierto el paquete.

—Bueno, todo tiene solución ¿no?—dijo Juan Pedro con la voz ronca—Cuando acabe el curso de ascenso las cosas cambiarán. Ya lo verás.

La mujer se levantó con brusquedad de la silla y cogió un paño del bolso. Enjuagó sus lágrimas mientras miraba por la ventana hacia el parque infantil, dándole la espalda. Juanpe la observó sin comprender a través de su reflejo en el cristal de la ventana. Ella sollozó desconsolada una vez más.

—Mientras estabas fuera...—dijo, quedándose a continuación callada, como si dudara si debía terminar la frase—he estado con otro—le acabó escupiendo con voz neutra tras aquel silencio prolongado, sin mirarle siquiera.

Después volvió a romper a llorar. Él sintió que el suelo cedía bajo sus pies, notó que las rodillas se le habían quedado sin fuerza. Se sujetó en el respaldo de una de las sillas de la cocina, la extrajo de debajo de la mesa y se sentó en ella. Todo lo que le rodeaba le pareció extrañamente ajeno, como si estuviera en una casa que no era la suya.

—¿Qué quieres decir con eso?—acertó a murmurar, aunque había entendido perfectamente lo que le acababa de confesar. La boca se le había quedado extrañamente seca.

Ella no contestó

—¿Pero...con quién...quién cojones?—Juan Pedro se detuvo en mitad de la pregunta, sintió que una oleada de ira le subió desde la boca del estómago y le agarró a los músculos del cuello. Se levantó despacio, con los ojos clavados en la nuca de ella, que seguía mirando obstinadamente por la ventana. El hombre dio un paso hacia ella con los ojos inyectados en sangre, súbitamente se detuvo en seco, giró y salió a la calle dando un portazo.

El regalo de cumpleaños se quedó olvidado sobre la mesa de la cocina.

13. Más preguntas que respuestas

Jueves 14 de octubre

—¿Qué tal ha ido?

—Tiene un lío.

—¿Qué?

Carlos sonrío, satisfecho de haber cogido por sorpresa a Sorondo. Saca el enésimo pañuelito del bolsillo y se frota la nariz con cuidado, para continuar con voz gangosa.

—La viuda solo ha confirmado que sabía que Juan Pedro tenía un lío con Irene, pero cuando le he preguntado si ella tenía un amante, se ha cerrado en banda y ya no ha soltado prenda. Tenías que haberla visto, ha sido más que evidente que ella también tenía algo por ahí.

—Vaya con la viuda— Sorondo se ajusta las gafas y parpadea sus ojos miopes para enfocar mejor a su interlocutor—. Bueno, algo es algo. ¿No deberías empezar a poner por escrito algo de esto? Me da la impresión de que ya tienes suficiente como para iniciar oficialmente la investigación de la hipótesis del asesinato por celos.

Carlos niega con la cabeza y sacude la mano, como si pretendiera espantar la idea de Sorondo.

—Esto está muy verde todavía. Tanto la viuda legítima, como Irene, me han dicho más cuando se han quedado calladas que mientras respondían a mis preguntas, no tengo nada para escribir. Es cierto que hay indicios que apuntan en esa dirección, pero todavía no podemos determinar quién es el verdadero sospechoso. Además, no soporto mandar declaraciones contradictorias al juzgado. Hoy nos dicen “a” y mañana, cuando podamos presionarles con algo, nos dirán “b”, ya lo verás, y luego tenemos que andar desdiciéndonos. No, prefiero atar un poco más las motivaciones de cada uno de los actores de esta historia antes de hablar con el juzgado, ya sabes, llevar los deberes bien hechos. En cualquier caso, te decía que Nathalie tiene un amante y, hasta donde sabemos, ese tipo podría ser el asesino de Juan Pedro.

—O esa mujer...

—No jodas, Sorondo.

La policía sonríe y le mira condescendiente.

—Vale, aceptamos hombre como amante porque es lo más probable. Pero no olvides que las cosas no siempre son lo que aparentan.

—En fin—resopla Carlos—, a lo que iba. Con lo que tenemos hasta ahora, ningún juez nos daría el tránsito de llamadas de la viuda, que sería una herramienta estupenda para saber si tiene un amante. Me temo que todavía nos queda bastante trabajo de investigación por delante.

—Ahora que lo comentas, ¿Cómo va el teléfono del difunto? ¿Y ese catarro tuyo?

Carlos levanta el pañuelo con aire derrotado.

—Este virus me está haciendo la puñeta. No acabo de sacudírmelo. El ibuprofeno solo me hace efecto durante un rato, luego me empiezo a cargar otra vez, me duele todo el cuerpo. Creo que va a ser gripe. En fin, no sé si llegaré al fin de semana—repentinamente parece más cansado a ojos de Sorondo. Tiene los ojos y la nariz enrojecidos—. Respecto a lo otro, la buena noticia es que, de momento Eneko nos ha conseguido la copia de la factura del teléfono de Juan Pedro; la de Irene está pedida e incluso puede que la tenga ya. La mala noticia es que, por desgracia, la factura del teléfono solo puede decirnos a quién llamaba él. Ojalá se pudiera saber lo que decían. Tenía un rosario de llamadas apuntando claramente hacia Irene, sobre todo a partir de primeros de julio, y ahora, gracias a la viuda, hemos corroborado que tenían una relación. Mientras buscamos algo más en lo que basar una solicitud al juzgado que nos permita ver el tránsito de llamadas del teléfono de Nathalie, podremos ir mirando a quién llamaba Irene, pero sospecho que sus llamadas serán para Juan Pedro.

Sorondo se pellizca el labio, pensativa. Se levanta de la silla y se apoya en la mesa de Carlos.

—¿Y si lo estamos enfocando mal? ¿Y si fue Juan Pedro quien buscó a quien acabó matándole?

—¿A qué te refieres?—pregunta Carlos despistado.

—Dices que la viuda tenía un lío con otro.

—Es lo que me ha parecido... bueno, estoy seguro, sí.

—Imagínate que sea más sencillo que todo esto que estamos planteando. Supón que es nuestro difunto compañero quien va a buscar al “otro” para ajustar cuentas y éste resulta ser más fuerte que él. Juan Pedro pudo montar en cólera al saber que su mujer tenía un amante...

—Pero si él mismo también tenía un lío fuera de casa, ¿Por qué iba a molestarse por el de su mujer?

—Los hombres sois muy posesivos y en estas circunstancias notéis a ser demasiado prácticos—responde ella con un poco de sorna.

—Claro, una mujer no se habría inmutado al enterarse de que su marido se la está pegando con otra...—ironiza él.

—Una mujer—Sorondose levanta y señala a su jefe con el dedo—se habría buscado un amante y se habría vengado.

—¿Piensas que el amante de ella es una venganza?

La policía se encoge de hombros y hace un mohín con la boca.

—Es una posibilidad.

—Habría que mirar a qué hora se produjo la última llamada del teléfono de Juan Pedro y con quién habló. Puede que se citara con ese amante fantasma con la intención de cantarle las cuarenta—dice Carlos algo contrariado—. Le diré a Iñaki que lo compruebe. Tiene sentido, desde luego y no perdemos nada mirándolo.

—Y otra cosa: Puede que sea por culpa del virus, o igual te has dejado llevar por lo que sabes de ellos, pero: ¿Qué me dices de Aitor...?

Aquí Carlos asiente con fuerza.

—Casi se me olvidaba ya. El virus no me ayuda mucho, ahí igual llevas algo de razón, pero es que estos tenían algo más que una relación a tres bandas y cuesta hacerse una imagen mental de este lío. Fíjate; tenemos a Nathalie con un amante, su marido Juan Pedro, liado con Irene, que está casada, pero es que, si hubieras visto a Aitor y alrededores durante el curso, si hubieras visto cuántas veces se ausentaron a la vez y reaparecieron casualmente juntos, si les hubieras visto compartiendo bocados en el comedor y mirándose a hurtadillas—añadió guiñándole con un brillo en la mirada—, pensarías lo mismo que yo.

—¿Crees que también tuvieron algo?

El policíase encoge de hombros.

—Es obvio que me lo parece, pero no lo puedo asegurar, porque yo no pertenecía a su círculo de amigos y en realidad no llegué a ver nada que me lo confirmara, aunque apostaría una cena a que sí. Además, Irene se puso pálida cuando le mencioné a Aitor—añade, recordando la reacción de su compañera de curso—. Si no fue por eso, no sé cómo interpretarlo.

—¿Y, si fuera así, dónde encajaría Juan Pedro en esa historia?

—Es que no lo sé—Carlos hace una pequeña pausa—. Me temo que soy un tipo más convencional que todo esto. A lo más que llego es a lo de tener una pareja oficial y una amante clandestina. ¡Si estaban los tres casados!—Carlos suspira y se reclina en la silla—Juan Pedro era de ese círculo de amigos que te dije—explica, recordando una vez más sus días con ellos en Arkaute—pero, por ejemplo, no estudiaban todos juntos. Me consta que estos dos se apartaban de los demás para estudiar.

—Otro detalle a favor de la relación entre Aitor e Irene.

—A eso te voy. En su día, un compañero un tanto chismoso me aseguró que iban con frecuencia y solos a Vitoria por las tardes. Mientras tanto, Juan Pedro se quedaba en la Academia y cenaba solo. Claro que entonces me parecían chafardeos y tampoco les hice demasiado caso. Bastante tenía yo con preparar los exámenes—bufa—. Pero esos chismes, de ser ciertos, son precisamente la parte que no encaja con lo que nos cuentan ahora—Carlos hace una pausa teatral—lo que me ha animado a pedirle a Eneko que vuelva a llamar a su amiga y que haga lo que pueda para conseguirnos la factura de las llamadas del teléfono de Aitor.

14. Arkaute

El grupo estaba sentado en mesas colocadas formando un cuadrado abierto por uno de sus lados, para permitir al profesor impartir la asignatura desde el centro del hueco entre las mesas. En un lateral del aula en penumbra, un proyector y una pantalla mostraban el logotipo de Windows moviéndose perezoso sobre un fondo oscuro. La mayoría eran perfectos desconocidos, policías venidos desde distintos destinos para realizar el curso de ascenso.

Aitor se esforzaba en memorizar los rasgos de los compañeros que se sentaban frente a él. El profesor había tenido la feliz idea de hacerles escribir su nombre en un papel y colgarlo concinta adhesiva de la mesa, hacia el interior del vacío de la "U". No era una solución elegante, pero sí efectiva. Las cuatro únicas mujeres de clase se encontraban delante de él: Irene, Sandra, Ana y Garbiñe. Las cuatro eran mujeres maduras, como él mismo. Ya hacía años que no compartía clase con veinteañeras recién entradas en la Ertzaintza; es lo que tenía llevar tanto tiempo en este trabajo.

Creía reconocer a la morena de pelo lacio como una compañera de promoción; pero hacía tanto tiempo de aquello que no pudo asegurarlo. Por aquella época ella sería prácticamente una niña, como él mismo. En el papelito ponía Sandra. Anotó mentalmente que durante el descanso tendría que preguntárselo.

Garbiñe era una mujer de gesto adusto, labios fruncidos y parpadeos escasos. Al contrario que él mismo, ella no quitaba ojo del profesor. Parecía no ver otra cosa. Cuando leyó el cartel del rene, ella se quedó mirándole. Le sorprendió mirándole, más bien, porque Aitor había levantado la vista del cartel y estaba estudiando su cara. Al contrario que Sandra, que le miró de soslayo, evitando girarse hacia él, o Ana, que ni se dio cuenta de que la había estado observando, Irene le miraba con curiosidad descarada.

Aitor sonrió cordialmente y ella le obsequió con otra sonrisa. Él continuó con la lectura de carteles y el repaso de las facciones de sus compañeros, intentando fijar sus nombres, pero no pudo evitar volver a mirar de tanto en tanto hacia la rubia de los ojos grandes y azules, a quien tanto parecía divertir su curiosidad.

—Así que de la Policía Científica...

—Sí—Irene sonrió como una gata. De cerca descubrió que sus ojos, más que azules, eran verdes, quizás turquesa, de un color similar al que en alguna ocasión pudo admirar en las aguas de la laguna de Venecia tras una tormenta. Ahora podía verlo con claridad—. Sandra trabaja en la Sección de Coordinación con Policías Locales—añadió Irene haciendo las presentaciones.

—Tú eres de mi promoción ¿verdad?—le dijo a Sandra.

—¿Eres de la octava?—Aitor sintió—¡Ya decía yo que me sonaba tu cara!

—¿Y tú qué haces en la Policía Científica, enchufada?—soltó con malicia.

—¡Oyeee!—Irene fingió estar dolido por el comentario—Soy licenciada en biología y llevo la sección de lo fosco piaya Sandra tampoco le han regalado nada, que es licenciada en derecho y, con un poco de suerte, acabará de responsable de su grupo.

—Es broma, mujer. Pues mira qué casualidad, en diciembre tengo un juicio en el que al imputado le hemos cogido por las huellas, seguro que han pasado por tus manos.

—¿En serio? Eso me lo tienes que contar. ¿Dónde trabajas tú?—preguntó preparándose para intentar recordar el caso en el que trabajó Aitor.

—Bueno, cuando aquello estaba trabajando en Irun, pero llevo algún tiempo en la Unidad Disciplinaria.

—Irun... mira, pues también es coincidencia porque con la comisaría de Irun colaboré y por un tema de [bullying](#)

, uno en el que al niño le mandaban anónimos, tanto notas manuscritas como mensajes a través de las redes sociales. Un caso completito.

—¿No será el de Ander?

—Sí—Irene calla y mira con curiosidad redoblada a Aitor—. ¿Eres tú el listo que empezó a enredar en aquel ordenador antes de que nos llamaran?—el acento exagerado en el “listo” y los gestos de ella dieron a entender a Aitor que bromeaba.

—Perdon pero yo insistí en que os llamaran y, de hecho—dijo Aitor alzando un dedo con seriedad impostada—, estuve hablando con una chica de la Policía Científica para explicarle todo el tema.

—¡Eras tú!—exclamó Ireneabriendo mucho los ojos.

—¡No será verdad!¿Hablé contigoaquel día?

Ambosrompieron a reír como idiotas.Sandra losobservócon una sonrisay meneó la cabeza.

* * *

Yahacíaquincedías quehabían comenzadolascases.Aitor intentabasin éxito estudiar en su habitación, noconseguíaconcentrarse.Sabía que,al otro lado de la pared, a escasos cuatro metros,Irene, probablementeestaba estudiandoen su habitación del módulo de mujeres. Ella no debiera quedarse a dormir,no lo necesitaba,vivíamás cerca de Vitoria que él y todos los compañeros queestabanen sus mismas circunstanciasahacía horas que sehabíanmarchado a casa.Aitor rumiabaesto y otras cosas.Detalles que le hacían pensarque quizás mostraba más interés por él que por el resto de sus compañeros.Sospechaba, por ejemplo,que ella había decidido quedarse a dormir en la Academia porpasarmás tiempojunto a él. El policía estabacasado,como ella misma,peroa élleempezaban sobarsu mujer y suhija. Las llamadas telefónicaspara saber cómoiban las cosas en casahabían pasado de ser algo asumido como normal, a convertirse en una rutina pesada, casi insufrible.Apenas le importabayalo que pudiera estar sucediendo encasa ensu ausencia.

Empezaba a costarle interceder entre su mujer y suhija, como solíahacer cada vez que discutían.Le parecía queellasequejabacada vezcon mayor insistenciade los problemas de casa, convirtiéndolos en un runrún insoportable, levantando montañas de granos de arena,y día a día,acabóconvenciéndose deque,más que echarle de menos, lo que su mujernecesitaba de éleraqueregresara a casa a poner orden.Que hicierade policía también en su casa.

Peroera consciente de que la situación en su casanoeralo único que leteníaalterado.Sabía que desdehacía díasse fijabademasiado enIrene. Labuscabacon la mirada,intentabaacercarse dondeestabaella,hablarle...adoraba escuchar su voz y su risa.Pero lo peor era queellaparecía estar haciendo lo mismo.Aitorsejugabael ascenso en los exámenes queestabanpor venir, el primerodentro de pocos días, sobre la materia que tenía en aquel mismo instante sobre la mesa. Pero, para su desesperación,noestaba consiguiendoasimilar ni una sola línea del texto.

Solo podía pensar enIrene.

Tomóuna decisiónque podría calificarse de impulsiva;extrañaenél, tan racional y habitualmente templado:aquellamisma noche, en cuantocenaran,intentaríaquedarse a

solas con ella y le diría que... ¿que se había enamorado? No encontraba las palabras adecuadas. Decidió que hablarle de amor, además de impropio, era una cursilada. Enamorados no abafatal, pero el "encoñado" que le habías sugerido un buen amigo, Iñigo, compañero de trabajo y su confesor en los ratos amargos, a quien ya había puesto en antecedentes sobre su problema con Irene, no parecía mejor alternativa.

El objetivo era, más bien, que ella le mandara a freír espárragos, ya que entendía que sería la reacción más normal a su confesión, estando como estaban ambos casados y conociéndose apenas desde hacía unos días. Era algo radical, una parada en seco. Sabía que iba a provocar una situación sumamente incómoda y bochornosa, incluso inadecuada para una persona de su edad. Aitor solo esperaba que ella, siempre tan agradable con él, no se lo tomara mal, porque todavía quedaba mucho curso por delante, y que su confesión y posterior chasco le permitieran concentrarse en estudiar, que era lo que había ido a hacer tan lejos de su casa.

Tras la cena no fue excesivamente difícil apartarla del grupo con una excusa peregrina relacionada con su trabajo, en vez de regresar a sus habitaciones cruzando el patio interior, la llevó dando un rodeo por el exterior de los edificios del complejo, un camino algo más largo, menos iluminado y completamente desierto. La nieve caía durante el día les llegaba hasta los tobillos y el frío nocturno era excesivo como para que alguien se animara a andar paseando por la noche así que, la intimidad necesaria para lo que pretendía hacer estaba garantizada.

Camina en silencio unos metros, protegidos de miradas indiscretas por la oscuridad de la noche invernal. Él necesitaba un instante para ordenar sus ideas y ella esperó con paciencia no exenta de curiosidad alguna explicación por su parte. Aitor se detuvo junto al pebetero en recuerdo a losertzainas fallecidos en acto de servicio y se giró hacia Irene de espaldas, casi con cuidado, como quien teme ir a romper algo. Comenzaron a caer copos de nieve.

—Irene—comenzó. La voz le salió extrañamente ronca y quebrada, como si no fuera suya—, te voy a decir algo muy personal y—dudó, buscando las palabras adecuadas—, espero, que me perdones y disculpes—añadió dando por supuesto que ella no iba a corresponderle.

La policía abrió mucho los ya de por sí enormes ojos verdes, probablemente alarmada por su actitud. En aquel momento Aitor supo que ninguna de las respuestas posibles le iba a satisfacer. Necesitaba estrechar en sus brazos a aquella mujer. Se dio cuenta de que, en el improbable caso de que ella sintiera algo parecido a lo que sentía él, su ordenado mundo se iría al garete, pero que lo contrario también iba a suponerle una derrota que, intuitivo, lo iba a dejar hundido.

—¿Es algo malo?—murmuró ella alarmada.

—Depende cómo se mire—acertó a decir componiendo a duras penas una sonrisa nerviosa—. Verás, es que—dudó otra vez, preguntándose si sería adecuado utilizar la palabra enamorado. Nunca le había pasado algo así—, me he quedado... colgado de

ti—dijo por fin, maldiciéndose nada más hacerlo, arrepentido por lo estúpido de la expresión.

Ella enmudeció durante unos segundos que le parecieron eternos.

—Tú sabes que estoy casada ¿Verdad?—dijo sin pestañear.

—Sí, ya lo sé. Y sé que es una estupidez—se excusó atropelladamente—, de hecho, si te lo digo es porque pretendo que me mandes a paseo, porque yo también estoy casado y tengo una hija...y todo esto es..., en fin. Pero, por favor—imploró—, no te molestes conmigo.

Continuaron caminando en silencio unos pasos en dirección al edificio del campo de tiro. La nevada arreció, aunque ninguno de los dos pareció darse cuenta.

—No pienses mal—insistió Aitor, que no había quedado satisfecho y no sabía cómo interpretar el silencio de ella—, yo no suelo hacer estas cosas. De hecho, no lo había hecho nunca. Pero, es que, llevo días sin poder concentrarme en estudiar. Ni siquiera sabía cómo abordar esto.

Ella le sonrió con algo que Aitor entendió que era comprensión en su mirada. Hablaron bajo la nieve durante más de una hora, a dos palmos el uno del otro, procurando no acercarse demasiado, pero evitando marcharse cada uno por su lado. Repasaron sus vidas con sus respectivas parejas, hablaron de la hija de él, de los hijos que no tenía ella.

Irene, poco antes de despedirse, le pidió que le enseñara fotografías de su mujer y su hijo, él, aunque extrañado, se las mostró y la observó mientras las estudiaba en silencio. Cuando por fin se despidieron, ella le recomendó que se concentrara en estudiar y Aitor se disculpó una vez más y le pidió que olvidara lo que le había dicho y que le tratara como a los demás, en un fútil intento de recuperar algo de la normalidad perdida.

Se separaron por fin y él se fue más tranquilo, aliviado al menos por haber podido sacar todo aquello de su interior. Pero el sosiego le duró poco tiempo porque, en cuando se encerró en su habitación le asaltó una, inicialmente pequeña, duda que cayó en la cuenta de que en realidad, y tras repasar mentalmente lo que habían hablado, ella no le había dicho en ningún momento que no sintiera nada por él.

Aquella noche ninguno de los dos dormiría a gusto.

15. Indicios y pruebas circunstanciales

Jueves 14 de octubre

Los buzos de la Brigada Móvil de la Ertzaintza rastrean por enésima vez la zona en la que apareció el cadáver. Todavía no se ha localizado el arma utilizada y, por el informe preliminar del forense, se sospecha que pudo ser algún tipo de cuchillo de cocina. El agua del Bidasoa baja turbia a causa de las lluvias de otoño y la visibilidad dentro de la bahía es casi nula. La temperatura del agua tampoco ayuda demasiado al trabajo de los buzos.

Carlos siente un escalofrío que no quiere atribuir a la fiebre y, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo y en silencio, observa el trabajo metódico de los buzos. Las gestiones de Sorondo en Hernanino han sido mucho más fructíferas que las suyas con Nathalie: las investigaciones de Juan Pedro no habían dejado ni enemigos, ni resentimientos; era un compañero ejemplar, tan cumplidor con el trabajo como discreto con su vida privada. Nadie conocía ningún detalle sobre él que sirviera para arrojar algo de luz al caso. Era un tipo tan aburrido que sorprendía descubrir que hubiera sido capaz de haberle puesto los cuernos a su mujer.

—Fíjate— Sorondo, ajena a las miradas de los curiosos que los observan, se ha subido en el pretil por el que se supone que tiraron a Juan Pedro una vez acuchillado y señala con el brazo extendido hacia la urbanización cercana—, el autor pudo haber metido un coche, prácticamente, hasta aquí mismo. No hay ningún obstáculo que lo impida. Si la agresión fue en casa del autor, o cerca de su casa, pudo haberle metido en el maletero y haberlo traído hasta aquí.

—¿Y la sangre del suelo?— pregunta Carlos escéptico, saliendo a regañadientes de su ensimismamiento.

—La muerte no le vino instantáneamente— argumenta ella sin dudarle, recordando la charla con Iñaki sobre la autopsia—, habría llegado hasta aquí vivo y acuchillado. Los charcos de sangre estarían marcándonos, no el lugar de la agresión, sino el lugar donde el autor descargó a la víctima desde el coche.

—Lo veo complicado— descarta él—. Tengo entendido que hay gente corriendo por las mañanas por este paseo.

—De acuerdo que es más complicado y, por lo tanto, más improbable pero, imagínate por un momento que Juan Pedro, del que a pesar de todo no sabemos casi nada, fuera un tipo

posesivo. Supón que salí de casa con intención de ir a buscar al amante de su mujer. Imagina que ese tipo, al que él debía conocer, no vive demasiado lejos. Se planta en la puerta de su casa, discuten... pero le sale mal. El otro se defiende, o directamente se vuelve loco, el caso es que coge un cuchillo y lo manda todo a paseo—Sorondo, que sigue subida en el pretil, con un rápido giro de muñeca que hace flamear el vuelo de la gabardina, simula cortar el aire con un cuchillo imaginario—. Después lo introduce en un coche, una furgoneta quizás y se lo trae aquí para deshacerse de él. Y, respecto a los testigos, ten en cuenta que era muy temprano, estaba de noche y llovía. No creo que en invierno y con ese tiempo se anime mucha gente a correr por aquí.

Carlos, con movimiento cansino, se sube al pretil también y mira en la misma dirección que Sorondo, valorando la posibilidad de que un vehículo hubiera podido traer a la víctima hasta el lugar. Niega con la cabeza y se baja del pretil.

—No lo veo—reniega—. Por cierto: es otoño. Y tengo frío. ¿No hace frío?

—¿Y si el agresor vive aquí mismo? Puede que incluso nos esté observando ahora—insiste la policía, variando el argumento—. ¿Si Juan Pedro ya estaba aquí porque había venido a su casa o, incluso, le esperaba a la salida y el otro se defendió en este lugar?

Carlos se detiene pensativo y mira las casas de alrededor, sus ventanas y balcones. Hay unas cuantas casas muy cerca del lugar. El hecho de que el arma homicida fuera un cuchillo de cocina invita a pensar que fue un arma improvisada.

—Como dato no esclarecería mucho, aquí hay muchos portales.

—Pero igual es más factible que lo del coche ¿no? Y por algún sitio habrá que empezar.

—Desde luego, es más probable que lo del coche.

—¿Dónde vive tu amigo Aitor?

Carlos niega con la cabeza.

—Te veo venir, pero vive en Lrun, a cuatro kilómetros de aquí. De hecho, creo que el arma utilizada es una de las pistas que le alejan de la autoría del homicidio. Tienen cuenta que es policía. Llevando una pistola en la cintura ¿Tú te vendrías de casa con un cuchillo chuletero en el bolsillo a esperar a tu víctima?

Sorondo niega de espacio, aunque se queda pensativa.

—Yo no lo haría pero, de todas formas—Sorondo se encoge de hombros antes de

continuar hablando—,imposible tampoco es.La gente bajo presión hace cosas extrañas.

—Te recuerdo que tenemos que ceñirnos a las pruebas. Tú mismo me has reprendido más de una vez por intentar hacer que los hechos encajen con la hipótesis y no al revés.La teoría de Aitor como asesino es secundaria. No tenemos prácticamente nada contra él.La hipótesis más sencilla es la que con mayor probabilidad es la correcta.

—Ya, la navaja de Ockham. Pero me temo que en este caso no vamos a tener una hipótesis sencilla, porque, ¿qué tenemos en realidad?

—¿Otra vez? Te repito lo que te dije ayer. No hay testigos y a estas alturas ya no va a aparecer ninguno—vuelve a enumerar Carlos—, no tenemos huellas de ningún tipo y aunque falta por obtener el resultado del examen del cadáver, la Policía Científica ya nos ha adelantado que el cuerpo debe estar muy contaminado por haber estado en el agua salada y en contacto con los limos del fondo, que están llenos de bacterias y todo tipo de bichos.Además no aparece el arma homicida y, en cualquier caso, parece ser un cuchillo de cocina común y corriente, de los que puede haber en todas las casas...

—En resumen, que no tenemos nada.

—El móvil del asesinato...

—Que solo se basa en indicios y pruebas circunstanciales—apostilla Sorondo—, tú mismo acabas de decir que me ciña a las pruebas.Y otra cosa, ¿Cuándo has descartado a Aitor? ¡Hasta ayer mismo no hacías más que recordarme que entre Irene, Juan Pedro y él ha podido haber algo!

Carlos obvia comentar la afirmación de su compañera.Se sienta en el pretil y se queda mirando fijamente hacia el horizonte.Ella repara en los charquitos que hay en la piedra, enarca una ceja pensando que cuando se levante llevará el pantalón mojado, pero guarda silencio.

—Aitor siempre lo he conocido como un buen tipo y, aunque es cierto que algo ha habido entre estos tres, no le veo dándole navajazos a nadie. Es, por decirlo de alguna manera, un tipo fino; llegado el caso, lo imagino más pegándote un tiro de frente.Sabemos que Juan Pedro era amante de Irene, es cierto—Carlos comienza a contar con los dedos de la mano—, también sabemos, con un grado de certeza bastante alto, que Nathalie ya había buscado un sustituto en su cama.

—O en su corazón—apostilla Sorondo, bajando del pretil y sacando el tabaco con gesto distraído—.Las mujeres funcionamos de otra manera, deberías ir aprendiéndote eso.

—Bueno, para lo que nos importa a nosotros va a dar igual—continúa el policía—.Tenemos que atar eso de la presunta relación de Nathalie. Hay que poner

nombre a esa persona, porque podría ser otro sospechoso. Y nos queda por saber algo del marido de Irene, que aunque ella diga que no sabía nada...habrá que comprobarlo. Yo miraría por ahí primero. Y testigos, necesitamos testigos.

La agente de policía, con el cigarrillo entre los labios, levanta la mano con cuatro dedos extendidos y señalando el cuarto dedo con el pulgar.

—No te olvides de esas dudas que tenemos con Aitor...—y Sorondo extiende el pulgar, insistente—no podemos descartar que haya ocurrido cualquier otra cosa que ahora mismo no es evidente y que, sin embargo, sea la causa real de todo esto—remacha exhalando una bocanada de humo.

Carlos asiente con pesadez.

—Y, jefe, ten en cuenta que no tardarán en reclamarnos resultados. Al fin y al cabo, es un compañero y la noticia ya ha salido en los medios de comunicación.

16. Cerezos en flor

Finales de marzo, la primavera llama a la puerta

Tras dar varias vueltas con el coche por la zona industrial, Aitor acabó aparcándolo en una avenida desierta flanqueada por dos filas de cerezos en flor. Al otro lado de las vallas que bordeaban las aceras, feos pabellones industriales se alineaban en una fila heterodoxa de fábricas y almacenes. Sin embargo, para los dos ocupantes del coche no parecía haber nada más allá de las flores de los cerezos.

Seguramente, nunca fue tan hermosa una zona industrial.

Tras una semana de dudas, de miradas y de roces más o menos fortuitos, que nunca pasaron desapercibidos para ninguno de los dos, Aitor decidió llevarse al reñaca un lugar alejado de todos con una excusa trivial, absurda a ojos de cualquiera menos para ellos: llevar el coche a hacer un cambio de aceite. Ella accedió a acompañarle, "para que no vaya solo", había aclarado ante los demás durante la comida. Ambos entendían perfectamente para qué era la cita y se esforzaron en no dar opción a nadie más que les acompañara.

Pasaron la tarde excitados, mirándose a hurtadillas como dos adolescentes, esperando inquietos una hora de salida que no acababa de llegar, acercándose un poco más de lo necesario al hablar entre ellos y diciéndose cosas que seguramente ya no recordarían ninguno de los dos.

Ella no acaba de explicarse qué había pasado. Cuando Aitor le confesó tener algún sentimiento hacia ella, sintió miedo y le hizo dudar. Hasta ese momento ni se había planteado que él significara algo más que una amistad. Pero aquella misma noche, bajo la nieve en su compañía y más tarde cuando se marchó a su habitación y volvió a sentir aquella sensación de soledad que le embargaba cuando él no estaba, tuvo que reconocer que había estado haciendo cosas extrañas por su culpa, buscándole, procurando pasar tiempo con él. Descubrió que, sin pretenderlo, se había dejado seducir por él... ¿o había sido ella misma quien lo había seducido? Habían intentado mantener la ilusión de que había quedado todo zanjado, pero sus miradas y sus sonrisas lo desmentían constantemente. A ratos se odiaba por no haber sido más dura, por no haberse resistido lo suficiente, le venía a la mente la imagen de aquella niña, la hija de Aitor, y de su mujer, ambas sonrientes en todas las fotografías que había insistido en ver, en un vano intento de cargarse de razones para rechazarlo; pero inmediatamente después, normalmente tras perderse en sus ojos verdes a hablar con él, siempre tras escuchar su risa, se sentían felices con sus nuevos sentimientos que olvidaba todo lo demás.

Irene mantenía la mirada fija hacia el frente, sentada muy quieta en el asiento del copiloto del coche, casi sin atreverse a mirarlo, mientras notaba a Aitor examinando su perfil con detenimiento.

Él se preguntó si hubiera reparado en ella en otras circunstancias. Era consciente de que el régimen de internado en el que se encontraban actuaba sobre ellos aislándolos del resto del mundo y amplificando sus sentimientos, creando tirantezas por cualquier roce y amistades eternas donde apenas había un conocimiento superficial. Sus ojos, desde luego, eran excepcionales. Grandes, verdes, más claros que los suyos, casi azul turquesa. Sus labios, finos y bien dibujados, se curvaban abriéndose cada poco en una sonrisa franca. Le vino a la cabeza aquella risa, que era casi permanente y contenía una ingenuidad fresca insospechada en una mujer de su edad. Aitor notó su corazón salirse del pecho recordando cuando la vio reír por primera vez, inclinándose con gracia la cabeza hacia atrás. ¿Había llegado a sentirse alguna vez de aquella manera?

Extendió la mano y acarició su mejilla.

—¿Te das cuenta de que este momento puede ser el primero del resto de nuestras vidas, un punto de inflexión?— Irene sintió, incapaz de convertir en palabras los sentimientos que la desbordaban.

Aitor se acercó hasta rozar con sus labios los de ella, sintió su aliento pero no llegó a besarla, la notó temblar entre sus brazos. Finalmente, se abrieron sus bocas y se besaron con pasión. Irene fue consciente, quizá por primera vez, de que se había enamorado perdidamente de un hombre al que apenas acaba de conocer.

Durante los días siguientes cualquier excusa fue buena para quedarse a solas. Ya no les quedaba ninguna duda de que compartían mucho más que un curso de ascenso y que aquello que podía haberse quedado en una simple aventura había llegado para quedarse. Su vida en la Academia de Policía se había convertido en La Realidad, llevándose por delante en el proceso cualquier resto de apego hacia sus respectivas parejas y dando la razón a Aitor cuando predijo que aquel primer beso entre los cerezos en flor supondría un punto final a sus vidas anteriores.

Casi sin tener que hablarlo, decidieron consumir su relación pasando una noche fuera de la Academia. Cada uno de ellos contaría una excusa al grupo para justificar su ausencia y se encontrarían en un hotel de Vitoria a una hora determinada, una vez finalizadas las clases. Decidieron hacer la reserva para la semana siguiente, a mediados de mes. Aunque convencidos, necesitaban tiempo para prepararse, ninguno de los dos había hecho nunca antes nada parecido.

Se sentían como dos adolescentes. Eran dos ignorantes en todas las triquiñuelas asociadas a la infidelidad. Años de lealtad a sus parejas les habían hecho olvidar todo lo relacionado con encuentros íntimos clandestinos. Estaban nerviosos y todo era nuevo y extraño. Ni tan siquiera habían llegado a tocar el tema que subyacía tras la reserva de

una habitación para pasar la noche juntos: “¿Vamos a cenar, pasear, o solo...?” la pregunta flotaba entre los dos, aunque ni siquiera lo habían llegado a hablar. ¿Era solo sexo o había algo más? De hecho había más preguntas que respuestas pajareando por sus cabezas.

El día acordado fueron al hotel por separado, en dos coches. Se encontraron en el parking como dos desconocidos, semirronnerviosos, más atentos a que pudieran descubrirlos allí que al objetivo de la reunión. Dudaron. Acordaron por fin subir a la habitación para dejar las bolsas y bajar más tarde a cenar, pero ya no salieron.

En cuanto cerraron la puerta y se quedaron a solas se disparó la pasión contenida durante tanto tiempo. Sin testigos cerca, ocultos de tantos ojos permanentemente dispuestos a descubrirles, despojados de la tensión que les mantenía alerta incluso cuando paseaban solos por Vitoria, con Irene temblando de miedo de ser sorprendida por algún conocido.

Las cuatro paredes de la habitación constituían el refugio perfecto que ambos habían estado necesitando desde hacía tanto tiempo.

Un torbellino de manos torpes, dedos nerviosos que iban deshaciendo nudos, soltando botones, corchetes y cinturones en orden anárquico; cuerpos excitados, ajenos a ceremonias y rutinas de parejas convencionales. Pronto acabaron desnudos, jadeando entre cortadamente, abrazados entre las sábanas, con el corazón latiéndoles en las sienes, en la penumbra de una habitación con la cortina echada.

—Todavía estás a tiempo de no hacerlo... —Aitor buscó los ojos apenas visibles de Irene, una silueta oscura de mujer, tan cerca que podía oler su perfume, sintió el calor de su cuerpo pegado al suyo, el peso turbador de sus pechos contra su piel. Tenía la boca seca y le ardía el cuerpo, pero no quería que ella se sintiera obligada a hacer nada que no deseara con tanta fuerza como él mismo. Irene suspiró, le acarició con ternura y le besó despacio en la boca; jamás un hombre, llegado un momento como aquel, le había dado opción a retirarse.

—Te quiero—susurró Irene, diciendo aquellas dos palabras que se había jurado no dejar escapar de su boca y cristalizando el pensamiento que martilleaba en la cabeza de Aitor desde que la conoció, y sorprendiéndole, porque no creía que ella estuviera dispuesta a llegar tan lejos.

—Yo también te quiero, Irene—cedió rindiéndose él también, aunque pensó que quizás no hubiera debido decirlo ninguno de los dos.

Su compañera se apretó tanto a él que sintió como si ambos compartieran el mismo cuerpo. Hicieron el amor en un silencio roto tan solo por los gemidos de placer de Irene, música en los oídos de Aitor, como si no lo hubieran hecho nunca antes, dos cuerpos enroscados, una y otra vez, durante toda la noche, como dos adolescentes, hasta caer rendidos bien entrada la madrugada.

17. Aitor

Viernes 15

—Ven Sorondo, acompáñame abajo a tomar un café; bueno, yo un café y tú uno de esos tés deslavados, que invito yo.

—Estoy un poco ocupada ahora, Carlos.

Sorondo está intentando poner un poco de orden en la documentación que ha ido llegando sobre el caso del homicidio de Juan Pedro. Un par de días sin apenas aparecer por la oficina y el papeleo comienza a comerse la mesa.

La repentina manía que ha cogido Carlos de no ir tramitando al juzgado lo que les va llegando, le está poniendo enferma. Entiende que es un poco por corporativismo y otro poco por miedo a dar un paso en falso en un caso en el que, tanto la víctima como los posibles autores, son agentes de policía, familiares, o personas cercanas a policías, pero le desespera no empezar con el estado, ir poniendo cosas por escrito y dejarlo todo para el final. La excusa de no marear al juez con declaraciones contradictorias no tiene ni pies ni cabeza.

—Vente conmigo que tengo reservado algo para ti—insiste.

—¿Algo como qué?

—No seas pesada, vamos abajo te lo cuento.

Tras esperar a que acaben los consabidos zumbidos, crípticos clics mecánicos y gorgoteos de la máquina del café para obtener algo lejanamente parecido a la infusión original, Carlos guía a Sorondo al patio interior de mármol y cristal del edificio principal de la Ertzaintza de Erandio, en el que a estas horas se observa trasiego de policías entrando y saliendo de las oficinas ubicadas en las instalaciones.

—Estás hecho una mierda ¿sabes? —dice Sorondo mientras revuelve el té con un palito de plástico y salud distraídamente aun conocido que se dirige hacia los rulos de la salida.

Carlos tiene los ojos enrojecidos, la nariz colorada y las mejillas encendidas. Al darle el vaso, Sorondo también ha notado que tiene las manos heladas.

—Creo que hasta te suena el pecho. Te juego una cena a que tienes fiebre —le dice, apuntándole con el palito de plástico y mirándole por encima de las gafas.

—La verdad es que me siento fatal. Solo he venido porque un amigo me ha informado de que hoy es un buen día para... —el oficial deja la frase en el aire y dirige la mirada más allá de su compañera— ¡Hombre, Aitor! —exclama, fingiéndose sorprenderse ante la presencia de Aitor en Erandio.

Sabe perfectamente que tiene una reunión con su jefatura.

Guiña un ojo a Sorondo, mientras ésta estrecha la mano de Aitor, que no puede ver el gesto de su jefe.

—¿Qué tal estamos, Carlos? —Aitor estrecha con energía la mano de su compañero, que le sonrío con alegría impostada. Si a Aitor le aflige alguna preocupación, lo oculta perfectamente. Su mano está caliente y seca, todo un logro teniendo en cuenta que la temperatura exterior no supera los doce grados hoy. La mirada es directa y sonrío abiertamente. No transmite ninguna inquietud. O no tiene nada que ocultar o es el mejor mentiroso que conoce y, por lo tanto, un tipo peligroso.

—¿Qué andas por aquí?

—Una reunión, ya sabes, un poco lo de siempre...

—Oye, cuando acabes aquí, qué te parece si comemos juntos. Tengo cosas que hablar contigo —dice Carlos sin soltarle la mano.

Aitor asiente en silencio, aunque a Carlos le parece ver que, durante una décima de segundo, hay una sombra en su mirada. En cualquier caso es algo tan efímero que en ningún momento deja de sonrío abiertamente.

—Venga, luego hablamos. Te llamo cuando acabe y nos vamos a comer juntos.

Ambos observan a Aitor mientras se pierde por las escaleras.

—¿Esto era la sorpresa?

—Ayer me encontré con su jefe y, casualidades de la vida, me comentó que hoy se iban a juntar aquí. ¿Qué te ha parecido?

—Demasiado...perfecto.Era todo pura fachada.El tipo en sí es demasiado...

—Perfecto—repite Carlos, asintiendo—.Si, eso pienso yo también.

—Qué menos que interesarse por la investigación del homicidio de su amigo, ¿no te parece?

—Si—suspira Carlos—.Otro que está ocultando algo.

—Por lo menos es un tipo guapo y elegante —dice con retintín Sorondo, justo antes de dar otro sorbo al té.

—Déjate de gaitas, compañera, y vete pensando qué le vas a preguntar durante la comida que, al fin y al cabo, es tu sospechoso favorito.

* * *

El restaurante es un sótano en el centro de Bilbao muy lejos de la ría y del museo Guggenheim. El menú del día no es caro y la carta, en general, tiene buena pinta. Además el hecho de que no esté al ras de la calle lo hace bastante discreto.

Escogen una mesa apartada y consiguen comer hablando de cosas intrascendentes. Los tres saben a qué han ido allí, pero Aitor espera paciente que Carlos saque el tema.

A los postres, después de llevarse a la boca una cucharada de helado, Sorondo dirige una mirada significativa a Carlos, que no pasa desapercibida para Aitor, aunque lo disimula y sigue comiéndose su arroz con leche como si la cosa no fuera con él. Carlos asiente, apura su helado y se limpia los labios con la servilleta antes de comenzar a hablar.

—Te imaginas lo que te voy a preguntar ¿Verdad?

—Lo cierto es que no. Hay mucho de lo que podríamos hablar tú y yo.

Aitor sonríe mientras habla; no parece estar por la labor de facilitar la tarea de su compañero.

—¿Me vas a pedir algún remedio para el resfriado quizás?

Carlos asiente, resignándose a obtener la información con sacacorchos. En su fuero interno esperaba que Aitor le facilitara un poco más las cosas. Parece que Irene y él han pactado la táctica a seguir. A Sorondola le hace olvidar por un instante el objetivo de la comida y sonríe disimuladamente.

—He mandado revisar el tránsito de llamadas de tu teléfono móvil del trabajo —le informa sin andarse con preámbulos. Aitor no parece inmutarse. Frunce ligeramente los labios, apretando la boca, y asiente sin apartar los ojos de los de su interlocutor.

—Me alegra que me lo digas. Francamente, no parece muy legal... ¿Y has sacado alguna conclusión?

Carlos obvia el comentario del policía de Asuntos Internos sobre la legalidad o no de la medida.

—Creo que Irene y tú habéis sido amantes desde que estuvimos en la Academia y que, en algún momento de estos últimos meses, en verano, Juan Pedro contactó con ella y te sustituyó en su cama... —si Aitor no iba a colaborar, lo mejor era agitar el árbol para ver si caía algo.

El helado de Sorondosa derrite en su cucharilla, detenida a medio camino de una boca abierta en una cara de evidente sorpresa. No se esperaba una andanada de ese calibre. Aunque lo habían hablado, era mucho suponer teniendo únicamente los tránsitos de llamada de los tres.

Curiosamente, Aitor mantiene la compostura, sonriendo incluso. Sigue comiéndose el postre, prestándole toda su atención. Parece disfrutar con el arroz con leche.

Los tres guardan silencio.

Cuando termina de rebañar el cuenco de cristal, Aitor imita a su compañero, se limpia los labios con la servilleta y se yergue sobre su asiento, apoyando la espalda en el respaldo de la silla. Les mira a los dos, que le han estado observando en silencio mientras terminaba de comer y les sonríe sin alegría.

—Supongo que has valorado que airear una historia así, tanto si es cierta como si no, nos va a perjudicar gravemente a los tres; sobre todo a ella y al difunto, claro está —Aitor se dirige a Carlos, en quien ha clavado la mirada—. ¿Qué tienes en realidad? ¿Llamadas cruzadas entre los teléfonos de tres amigos? —Aitor sabe perfectamente que Carlos desconoce el contenido de las llamadas, así como sabe que la existencia de esas llamadas cruzadas no prueba nada.

—Ayúdame a entenderlo —le pide el investigador, concediéndole tácitamente que tiene razón.

Carlos le diría a Aitor que están en un callejón sin salida, que carecen de evidencias y de testigos, pero no puede dejar de pensar que puede ser un sospechoso y que toda información que le dé podría perjudicar a la investigación.

Aitor juguetea con los picos de su servilleta. Cuando vuelve a mirar a Carlos, éste lee determinación en su mirada.

—Sabes que te mentaría si te dijera que Irene me es indiferente. Todos en la Academia sabíais que teníamos una relación muy especial—confiesa.

Carlos asiente despacio, como si temiera interrumpir a su compañero.

—Pero hace meses me comprometí a no hablar de ello con nadie y no voy a romper mi promesa por satisfacer tu curiosidad.

Carlos parece desinflarse en su silla. El helado de Sorondo yace derretido bajo la sombra de su cucharilla.

—Nada de lo que te pudiera contaros ayudaría a encontrar al asesino de Juanpe. Lo ocurrido entre nosotros tres es algo que solo nos afectaba a nosotros, algo privado, y no seré yo quien te ayude a airearlo.

—Sé que el lunes estuviste con Irene en Erandio—le insiste Carlos a la desesperada, un poco mareado por la fiebre y desorientado por las respuestas del policía de Asuntos Internos.

Aitor sonríe con cara de pesar, deja la servilleta sobre la mesa y se levanta.

—Que tengas suerte con la investigación. Y tú, Sorondo, cierra ya la boca y pídete un café que te lo dejo pagado yo.

—¿Qué te hizo Juanpe para que le dejaras de hablar? —replica Sorondo, sin inmutarse, chupando la cucharilla.

—¿A qué te refieres?

—Dímelo tú —insiste la mujer clavándole la mirada.

—No sé de qué me hablas.

—De lo que pasó a mediados de julio.

El policia le da la espalda en silencio y se dirige hacia la camarera, que parece estar esperándole tras la barra.

—Té.

—¿Qué? —se vuelve Aitor desconcertado.

—Que sea un té con leche para mí —repite Sorondo, levantando la mano—. Y gracias. La próxima vez pago yo.

* * *

—¿Un poco prepotente quizás? —dice Sorondo con tono sarcástico.

Aitor se ha marchado casi sin despedirse, eso sí, tras dejar la consumición pagada. A Sorondo no le ha cabido de gustar su reacción.

—Bueno, a mí siempre me ha parecido que tenía clase —dice Carlos pensativo mientras busca en su bolsillo y saca un Kleenex arrugado.

Sorondo bufaba, pero no añade nada.

18. Deja pasar la tentación y dile a esa chica que no llame más

Las sesiones de gimnasio estaban resultando bastante más suaves de lo que Aitor esperaba cuando llegó a Arkaute a hacer el curso. Ya desde el principio para su sorpresa, el monitor les adelantó que adaptaría el ritmo de los ejercicios a sus edades y condiciones físicas. Claro que, bien pensado, teniendo en cuenta que al más joven de los alumnos no le quedaba demasiado para llegar a los cuarenta, no podía ser de otra manera.

Tras finalizar la clase y ducharse, se dirigieron hacia las aulas cruzando el patio de la academia, ya que las habitaciones de los alumnos estaban justo al otro lado del complejo. Aitor caminaba con otros cuatro compañeros, entre los que se encontraba Juan Pedro. Aritz, un compañero de la zona de Tolosa, bruto como el que más, solo tenía ojos para las mujeres de la nueva promoción, mucho más jóvenes que ellos, que dormían en las instalaciones aledañas a las de los suboficiales, al otro lado del patio.

—Egunon! —las chicas llevaban disciplinadamente el canto de la mano al filo de la txapela para saludarles, tal y como les habían exigido los responsables del Internado.

—Egunoon—Aritz respondía sin devolver el gesto con la mano. Ya había dejado claro nada más llegar que era un gesto militar, completamente inapropiado en una policía civil, que jamás lo había realizado y que no iba a comenzar a hacerlo a su edad. Un argumento que hubiera admitido debate, de no haber procedido de él, que recurría a dar esta explicación solo para justificar algo que no hacía únicamente porque no le daba la gana. El hombre, en cualquier caso, no perdía detalle de las futuras compañeras.

—Egunon! —otra pareja de mujeres que se cruzaba y saludaba con una sonrisa.

El futuro mandose quedó pensativo, perdido, como solía, en alguna elucubración improbable. De pronto sonrió y soltó sin venir a cuento:

—¡La que tiene unas tetas de la hostia es Irene!

El grupo rompió a reír la ocurrencia de Aritz, todos excepto Aitor que, pillado por sorpresa,

apenas consiguió componer una sonrisa de circunstancias y se mordió la lengua para no responderle una barbaridad. Pero lo llamativo de la ocasión no fue el exabrupto de Aritz, que no era la primera vez que soltaba una burrada semejante y al que casi se le perdonaban esas cosas; lo que dejó helado a Aitor fue el comentario posterior de Juanpe.

—A esa le tengo que hacer una visita yo cuando acabemos el curso.

Juan Pedro el discreto, el silencioso, amigo suyo desde hacía años y compañero inseparable en el curso. Aitor no se hubiera esperado ese tipo de comentario de él y menos cuando era evidente que él tenía algo más que una amistad con aquella mujer.

—Tengo por ahí unas huellas perdidas con las que habría que hacer un estudio... en profundidad—continuó Juan Pedro, que sonrió, puso gesto libidinoso y miró de reojo aun Aitor que a esas alturas ya tenía la cara desencajada.

El grupo rio obscenamente.

Aquel mismo día, al finalizar las clases y cuando la mayoría ya se había marchado a sus casas, Aitor volvió a salir Vitoria con Irene con la manida y poco convincente excusa de airearse y tomar un café fuera de las instalaciones.

—Irene, he estado pensando que igual necesitaríamos un cómplice dentro para que nos cubriera estas salidas...—tanteó cuando iban en coche de camino a la capital.

—¿Un cómplice?

Irene acariciaba la mano derecha de Aitor, que éste llevaba apoyada en su regazo

—Sí, había pensado en decirle lo nuestro a Juanpe.

Ella dejó masajearle la mano y Aitor la recuperó para el volante.

—Ya sabes que me llevo bien con él y me sabe mal andar engañándole a él también. Además, creo que sería bueno...

Irene le cortó negando con la cabeza obstinadamente y él guardó silencio.

—No quiero que lo sepa nadie—zanjó ella.

El policía apretó los labios contrariado, no quería incomodar a su pareja, pero no se quedó satisfecho.

—Creo que sería bueno. Es más, he estado a punto de decírselo sin contártelo a ti, pero no quería andar engañándote; por eso te lo estoy proponiendo.

Decidió guardarse los comentarios de Juan Pedro de la mañana y ocultó que más que complicidad, buscaba neutralizarse tipo de situaciones incómodas en el futuro. Juanpe seguía siendo su amigo y tampoco era cuestión de que ella lo catalogara como un cerdo.

—Prométeme que no se lo dirás—exigió la mujer, en un tono que no dejó lugar a dudas.

Irene tenía un miedo irracional a que la situación se les fuera de las manos. De los dos, ella era la más celosa de un secreto. Continuamente se esforzaba en evitar las situaciones comprometidas, medía las distancias e, incluso, ponía todo su empeño en no sentarse cerca de Aitor en público para impedir que los demás notaran que le miraba, como ella misma admitía, embobada. Aitor sabía que era inútil porque, se sentara donde se sentara, acababa mirándolo todo el tiempo, como una adolescente, y siempre había a alguien que se acababa dando cuenta. Él ya se había rendido e incluso hubiera preferido admitir su relación delante de todos, pero no insistió en ello.

Tenía la certeza de que el grupo conocía de sobra lo que había entre ellos, aunque quizá pocos sospecharan de su alcance. Aitor sabía de primera mano que cada vez que se ausentaban se convertían en la comidilla de todos y que aquello de que la silla situada a la derecha de Irene en la mesa del comedor siempre estuviera curiosamente vacía hasta que llegaba él a ocuparla, no era una simple casualidad, sino una reserva explícita del grupo para que pudieran sentarse juntos. Se lo había intentado hacer vera ella en muchas ocasiones, se lo había explicado, pero no quería admitirlo. Como suele decirse, no hay peor ciego que el que no quiere ver.

Y es que tampoco habían sido tan exquisitamente discretos como ella quería creer. Quizás una de las situaciones más evidentes ocurrió cuando, estando todo el grupo en Vitoria, se puso a llover. Fue un aguacero tan inesperado que les cogió por sorpresa en mitad de ninguna parte y Aitor, sin dudar, cubrió a Irene con su abrigo para evitar que se mojara.

Los comentarios fueron más que jocosos, incluso algo subidos de tono, aunque como de costumbre, evitaron hacer sangre y los compañeros que presenciaron la anécdota parecieron olvidar lo ocurrido. Sin embargo, en salidas posteriores, al igual que en la mesa del comedor, se respetó que el hueco en el paraguas de Irene quedara tácitamente reservado para cubrir a Aitor, incluso mientras algún otro se mojaba a la intemperie. Apenas había comentarios, pero las miradas y los gestos tampoco dejaban lugar a dudas.

Por supuesto que lo sabían.

—Te lo prometo, aunque creo que es peor así, que te equivocas. Y, aunque quiero que te quede claro que no estoy de acuerdo, guardaré el secreto.

—Júramelo.

—No digas tonterías, no hace falta. Sabes que no diré nada hasta que tú decidas que se puede contar.

—Más te vale... —dijo ella guiñándole un ojo y regalándole una sonrisa.

Aitor no se la devolvió. Conocía a Juanpe desde hacía años y sabía que no le iba a gustar quedar al margen de aquel secreto. Era de ese tipo de cosas que le sentaban mal.

Una sensación de desasosiego, como un mal presagio, se le instaló en la boca del estómago para no marcharse.

* * *

Los amigos tienden a crear lazos basados en lugares comunes, recuerdos, anécdotas y rituales compartidos. El grupo al que pertenecían Juan Pedro, Irene y Aitor también los tenían, cada noche, tras haber cenado en el comedor común de la Academia, ejecutaban uno de aquellos rituales. Solían “escondersse” en el pequeño cuarto de servicio de los compañeros de Internado, un recinto sin ventanas prácticamente oculto a la vista, en el que había una máquina de café y una mesa, para hacer la última tertulia del día con la excusa de tomarse un café con leche antes de irse a dormir.

Aquella noche de lunes Aitor, habitualmente animador de la tertulia, se mantuvo especialmente callado y no veía el momento de dar por finalizada la reunión. El viernes anterior sugirió a Irene que adelantara algo de las materias durante el fin de semana, porque le tenía algo preparado para el lunes y el miércoles tenían examen. No era cuestión de suspender la asignatura.

Por fin Aritz, que para desgracia de Aitor estaba más hablador que de costumbre, se decidió a dar por zanjada la velada y el grupo se dirigió hacia las habitaciones de los suboficiales, situadas al otro lado del patio. La noche estaba fría y nublada, tanto que parecía que fuera a nevar de un momento a otro.

Tras las consabidas bromas y comentarios que solían animar el último momento de la jornada, el grupo se dividió en la esquina de la fachada donde tenían que separarse hombres y mujeres, alojados por sexos en pabellones diferentes. Aitor intercambió una

mirada de inteligencia con Irene, que entendió perfectamente el mensaje. Habían adquirido la costumbre de dejar pasar unos minutos antes de hacerse una llamada perdida y salir una vez más a la calle para encontrarse a solas y robar un tiempo de intimidad a la noche, perdidos en alguno de los ángulos muertos de las cámaras de seguridad del recinto.

Esta vez Aitor se demoraba más de lo habitual e Irene comenzó a ponerse nerviosa. Laertzainase paseó arriba y abajo por el pasillo superior del pabellón para hacer tiempo, mientras intentaba adivinar qué le había podido pasar a Aitor para que no le llamara.

Cuando sonó el teléfono, ella se sobresaltó por el sonido que paradójicamente estaba esperando y deseando escuchar. Colgó inmediatamente, tapando el aparato con las dos manos para que el resto de las alumnas no lo oyeran y bajó las escaleras de la galería con el corazón latiéndole en las sienes. Para cuando abrió la puerta de la calle Aitor ya la estaba esperando fuera, apoyado en una de las columnas de la galería exterior. Se le veía acalorado a pesar del frío y sonreía con picardía.

—¿Qué hacías que no llamabas?—le reprochó con enfado fingido.

—¿Has estudiado algo el fin de semana?—preguntó Aitor, sin responderle.

—Algo...—dijo ella alzando los hombros.

—Entonces tengo una sorpresa para ti —le dijo enigmático.

—¿Qué es? —a Irene le encantaban las sorpresas y Aitor lo sabía. Él parecía saberlo todo sobre ella.

—Ven, pero tienes que cerrar los ojos y dejar que te lleve de la mano.

La luz anaranjada de la farola cercana dibujaba con calidez las facciones de Aitor. Le brillaban los ojos. Aquellos ojos de fuego verde que le quemaban el corazón. No sabía negarse a nada de lo que le pedía y ni por un instante hubiera renunciado a ir con él donde hiciera falta.

—No sé si fiarme de ti...—dijo no obstante, haciéndose la remolona, aunque en aquel momento lo habría acompañado al mismo infierno agarrada a su mano.

—Si no me prometes que no vas a abrir los ojos, tendré que vendártelos—insistió Aitor simulando ponerse serio.

—Vale, vale, me fío de ti —fingió ceder ella sonriendo.

Caminaron en línea recta durante unos metros, muy juntos, para que no se notara demasiado que iban cogidos de la mano, hasta que Aitor se detuvo un momento.

—Todavía no abras los ojos —le susurró al oídotan cerca que ella pudo notar el calor de su aliento—yo te diré cuándo puedes hacerlo.

Irene escuchó el girar de una llave. Una puerta se abrió y accedieron al interior de un edificio, que Aitor volvió a cerrar a su espalda. Le advirtió que iban a subir escaleras y ella, obediente, las subió a tientas, sin soltar su mano. Por último, Aitor volvió a abrir una puerta, entraron en otra estancia y él la cerró tras de sí.

Aitor despojó a Irene de su txapela, le acarició el pelo con dulzura y le besó apasionadamente en la boca, atrayéndola hacia sí.

—Deberías dejarte crecer el pelo, te queda bien largo —volvió a besarla—. Ya puedes abrir los ojos —le susurró una vez más.

Irene parpadeó un par de veces desconcertada y, en cuanto se hubo acostumbrado a la penumbra, descubrió que estaban en el gimnasio.

Estaba prácticamente todo el recinto sumido en la oscuridad más absoluta, cosa inhabitual en aquel lugar, no se escuchaba ninguna voz; el silencio era total. En una esquina del gimnasio, junto a la puerta del almacén de las colchonetas y las pesas, alguien había improvisado una cama con una de las colchonetas forradas de lona azul que utilizaban por las mañanas para hacer ejercicios de suelo. Bajo la colchoneta habían colocado una sábana, habían forrado la colchoneta con una manta y habían dejado otra manta doblada a los pies de la cama. En la cabecera, sobre uno de los bancos del gimnasio, media docena de velas iluminaban titilantes el rincón improvisado.

—¿Estás loco? —afirmó más que preguntó Irene, con el corazón a punto de salirse del pecho. Con razón tardaba en llamarla Aitor.

—¡Shhhhhhh...! —él tiró de su mano hasta la improvisada cama, se despojó de su txapela, que tiró girando sobre la manta e hizo lo propio con la de ella.

Después, ante la atenta mirada de Irene, extrajo su teléfono móvil del bolsillo, tocó la pantalla varias veces y tiró el aparato sobre las mantas también. Casi instantáneamente comenzaron a escucharse unas notas y la voz cascada de Joaquín Sabina les dedicó una canción. «...porque voy a salir esta noche contigo... »A Irene, a esas alturas, le hubiera parecido bien cualquier canción, pero escuchar a Sabina le produjo un escalofrío. ¿Le había dicho a Aitor que era su cantante preferido o lo había adivinado él? “Esta noche contigo”. El corazón le latía tan fuerte que temía que él fuera a escucharlo.

Todo aquello era una locura, se jugaban el ascenso e incluso un expediente y la expulsión de la Policía Autonómica.

Aitor le rodeó la cintura con la diestra, mientras le cogía de la mano con la izquierda. La atrajo hacia sí hasta que la tuvo completamente abrazada y comenzaron a bailar suavemente, casi sin moverse del sitio. Irene cerró los ojos y se dejó llevar.

Apenas aguantaron la primera canción. Para cuando Sabina comenzó a cantarles "Contigo", «...amores que matan nunca mueren...», en un orden que ella no había escuchado en ninguna de sus recopilaciones, ellos ya se estaban quitando los abrigos rojos, los jerséis ajustados del uniforme de invierno y soltándose con creciente urgencia los correaes blancos de la cintura.

Completamente desnudos, arrodillados sobre la suave superficie de la manta inferior y enroscados en la segunda manta, mirándose a los ojos, abrazados para no perder calor, Sabina se hubiera sentido orgulloso de ellos de haberlos visto.

Las manos de él recorrieron cada milímetro de piel de ella, encontrando en su camino, con una precisión casi mágica, cada punto sensible de Irene, cada secreto rincón anhelando ser encontrado desde hacía tanto tiempo. Irene temblaba de placer contenido cuando Aitor entró en ella con suavidad. Ella no pudo evitar emitir un gemido al sentir aquel calor largamente deseado en sus entrañas. Aitor la besó apasionadamente, sin apenas moverse, abrazándola como si quisiera fundirse con ella. Ella le rodeó con sus piernas y sujetó su cabeza contra su cuello. ¡Aitor olía tan bien! Ella no pudo evitar comenzar a mover sus caderas rítmicamente. Nunca antes había sentido nada semejante. Oleadas de placer parecían surgir del cuerpo de su amante y pasar por el de ella como si se tratara de una corriente eléctrica, haciendo que hormiguearan hasta las puntas de sus dedos.

Aitor escuchó una vez más los suspiros de Irene subiendo de intensidad junto a su mejilla. La cabeza de ella arqueada hacia atrás en un ángulo imposible, jadeando de placer, su cuerpo excitado contrayéndose bajo el suyo, sus sexos fundidos en un abrazo profundo, cálido y húmedo. Nunca hubiera imaginado que pudiera llegar a hacer el amor así con una mujer. Los gemidos descontrolados de ambos reverberaron en las vacías paredes del gimnasio, atizando aún más su pasión, durante largos minutos. Una pequeña y gozosa eternidad que, lejos de dejarlos exhaustos y para sorpresa de ambos, los mantuvo excitados durante muchas canciones más.

Cuando se extinguieron las velas y Sabina hacía rato que les había regalado con "Pastillas para no soñar"—que habían escuchado abrazados y sudorosos, con una sonrisa en los labios y habían acabado celebrando con otra sesión de sexo apasionado—,

«...deja pasar la tentación

dile a esa chica que no llame más

y si protesta el corazón

en la farmacia puedes preguntar:

¿Tienen pastillas para no soñar?...»

la pareja salió a hurtadillas del gimnasio, tras recoger la colchoneta en el almacén e introducir todo el material utilizado en un bolsón de deporte que Aitor tenía guardado sobre las colchonetas.

Era tarde, o temprano, según se mire, y hacía un frío de mil demonios. Los charcos entorno a la fuente del gimnasio estaban congelados y había comenzado a nevar copiosamente una vez más. A Irene le pareció el escenario perfecto para terminar una noche romántica. Sonrió a Aitor, cuya mano no había soltado en el trayecto hasta la entrada a su pabellón, y le dio un beso apasionado en la boca, olvidándose por un momento de que podían verlos.

—Me tienes que regalar esa recopilación de Sabina...

Aitor compuso una cara de sorpresa fingida y puso los ojos en blanco.

—Ahora que lo dices... —sacó un paquetito no mucho más grande que un sello de correos del bolsillo y se lo tendió en la palma de la mano. Estaba envuelto en papel de regalo y llevaba un pequeño lazo rizado en una esquina—casi se me olvida. Es para ti.

Ella lo cogió con delicadeza, sin dar crédito a lo que veía, y lo abrió despacio. En su interior había una tarjeta de memoria.

—No puede ser... ¿Es Sabina?

—Seguramente tienes todas las canciones, pero esta selección es diferente a cualquier otra.

—Y muy especial.

—Y muy especial, sí —repitió él.

—¿Cómo podías saber que me gusta Sabina?

Aitor sonrió enigmático.

—Creo que somos muy parecidos, casi iguales. No podía equivocarme con esto.

Ajenos a miradas indiscretas, protegidos por la hora y la nevada, se fundieron en un cálido beso de buenas noches.

«Y si amanece por fin y el sol incendia el capó de los coches,

baja las persianas,

de ti depende, y de mí, que entre los dos siga siendo ayer noche,

hoy por la mañana...»

19. Celos

Viernes 17 de septiembre

Andonillevaba aparcado en el camino un cuarto de hora cuando vio que el pequeño Audi azul recién comprado de Irene salía por la puerta del complejo de Erandio. Le había insistido para que cambiara de coche y la llevó, casi a la fuerza, al concesionario donde hacía unos años compró el suyo. Incluso consiguió que Pablo, jefe de taller del concesionario de Leioa a quien su empresa solía llevar piezas de recambio, los adelantara en la lista de espera y les consiguiera un precio especial por él. Irene, en cambio, no se mostró entusiasmada con la compra.

Ayerella ya le había avisado de que comería fuera y pasaría la tarde haciendo recados; pero esta vez él había decidido comprobarlo con sus propios ojos. Nunca había sido celoso o, mejor dicho, nunca había creído serlo, pero desde que vio el mensaje en el teléfono de ella comenzó a hilar sus ausencias y su indiferencia hacia él con aquel SMS y con las llamadas de su teléfono.

Quizás, precisamente porque no se lo quería creer, estaba allí aquel día. Se sentía mal, como un ladrón a punto de entrar en una casa ajena. Estaba espiando a su mujer, violando la confianza que ella había depositado en él. ¿Estaba justificado? ¿No serían todas imaginaciones suyas? No podía ni pensar en que ella tuviera una aventura, a pesar de tener sospechas fundadas. Necesitaba tener una prueba y, si existía, la iba a encontrar aquel día.

Arrancó el coche y comenzó a seguirla a distancia, dejando unos cuantos vehículos entre ellos dos. Iba tenso, intentando no perderla de vista entre la circulación del mediodía, con la radio apagada para no distraerse y el parasol bajado para evitar que le viera. Algo absurdo, teniendo en cuenta que le seguía con el coche que ella le animó a comprar hacía un par de años. No estaba habituado a este tipo de tarea. Era poco más que un oficinista en una empresa de paquetería, en la sede central de la zona norte de la multinacional. Su cargo como copropietario de la sucursal franquicia le permitía entrar y salir sin tener que dar explicaciones, aunque esta era una de las pocas ocasiones en las que había salido antes de la hora. Lo habitual era que no regresara a casa hasta pasadas las cinco de la tarde. Era un hombre de costumbres fijas... ¿demasiado quizás?

Serio, recto, cumplidor... aburrido, estirado, previsible. ¿Cuándo había dejado de ser un tipo divertido?

Irene salió de Erandio en dirección a Bilbao, en sentido contrario a su propio domicilio. Andonise dijo que, probablemente, iría a hacer alguna compra a la capital, o a visitar a sus padres en Portugalete, que estaba en la misma dirección. Esto no era extraño, como tampoco lo era que comiera con ellos. Él siempre lo había visto bien, así ella no tenía que comer sola.

¿Habían sido excesivas sus ausencias? ¿La había dejado demasiado tiempo sola?

Continuó en dirección hacia el aeropuerto, saltándose todas las salidas posibles hacia el oeste, y él la siguió, oculto tras un camión con cartola verde. Ya era evidente que no se dirigía a casa de sus padres, quizás Bilbao, pensó con un resto de esperanza.

Repasó mentalmente todos los errores que había podido cometer en su relación. Desde que tenía memoria habían sido buenos amigos y ella había estado cerca de él. Casarse había sido una consecuencia lógica a su relación, incluso esperada por su familia y amigos.

No se le ocurría nada, ningún hecho, discusión o problema que hubiese podido dar lugar a una infidelidad. Tenía que haber sido un factor externo. "Alguien" se había interpuesto entre los dos, no le cabía ninguna duda.

Su cerebro comenzó a imaginar a ese otro hombre: "JP". En el interior de su cabeza aquel tipo resultaba irresistible para ella, debía serlo para haberla arrancado de su lado. Lo suponía fuerte, inteligente, quizás más que él mismo. Alguien, con toda seguridad, con una vida interesante. Ella no se habría dejado seducir por cualquiera. ¿Qué pudo haberle contado para atraerla?

En ningún momento barajó una posibilidad diferente a que ella hubiera sido convencida, engañada, más bien, para iniciar esa otra relación. Una aventura, por supuesto. ¿Podría llegar a perdonárselo?

El desasosiego creció en las entrañas de Andon cuando el coche de ella pasó de largo la última entrada hacia Bilbao. Nunca iban en aquella dirección. Ella no tenía a nadie allí. Él tampoco acostumbraba a pasar el peaje de Durango. Definitivamente no se lo perdonaría.

Tuvo un instante de vacilación ¿Qué hacía allí? ¿Y si realmente se la encontraba con otro? En su interior comenzó a crecer una sensación extraña a él, como si tuviera vida propia. Jamás había experimentado nada igual. Parecía que las tripas se le estuvieran encogiendo y agarrotando a la vez, por la espalda le subían escalofríos que hacían que le sudara el cuello. Una ira incontenible se iba apoderando de todo su cuerpo y su mente. ¡Cómo le iba a perdonar semejante traición!

Irene cruzó el peaje de Durango y siguió adelante. La sensación de vértigo se incrementó al circular hacia el norte.

¿Dónde lo habría conocido? Teniendo en cuenta que cada vez se acercaban más hacia Gipuzkoa, Andoni comenzó a especular con que podría tratarse de un compañero de trabajo al que hubiera conocido recientemente. ¿En el curso de ascenso quizás? Eso hubiera justificado algunos cambios de actitud que había detectado en ella desde entonces. Tenía que ser allí.

Hijo de Puta. ¿Cómo se habría dejado arrastrar Irene?

Se dijo que debía esperar y no cebarse con la idea de la infidelidad. Debía comprobar que realmente era eso lo que estaba ocurriendo y no trastornarse imaginando estupideces.

El coche de Irene se desvió hacia la salida de Eibar, se detuvo un instante en el peaje y continuó en dirección a la ciudad seguido tan de cerca por el de Andoni, que en más de una ocasión temió ser descubierto. Pero ella debía de estar absorta en llegar a su destino porque, a pesar de lo burdo de sus maniobras, no le detectó en ningún momento. Continuó por las calles estrechas de la ciudad armera, deteniéndose a causa del tráfico de tanto en tanto. Al llegar junto al edificio del Corte Inglés, arrimó un instante su coche a la acera, lo detuvo junto a un hombre sonriente y este se introdujo en el interior del vehículo. Andoni lo reconoció de inmediato, era el hombre de la fotografía: "JP".

A través de los cristales del coche que tenía entre el de su mujer y el suyo pudo ver como el hombre se inclinaba hacia ella y se besaban en la boca. Ella le acarició la mejilla con ternura. Solo eran dos siluetas, pero era suficiente.

Andoni se sintió caer en un pozo. Un pozo oscuro y aterrador. Había llegado a un lugar por el que no había pasado nunca antes. Era cierto, Irene tenía una aventura con otro hombre.

Tembloroso, reinició la marcha tras ellos, obviando la más mínima precaución para no ser descubierto, tan cerca de ellos que, de haber frenado, les hubiera golpeado por detrás. No podía apartar la mirada del interior del coche de su mujer, de las dos siluetas recortadas en los asientos delanteros. De los movimientos de sus manos, sus gestos difusos por los brillos del cristal... reían. Andoni sintió que se reían de él. De su estupidez, de su ignorancia... y no pudo continuar detrás de ellos.

Cruzaron un puente y callejearon todavía un poco, pero los dejó marchar cuando salían de la población hacia una zona con menos casas, hacia el extrarradio. Sin fuerzas para seguir, detuvo el vehículo en la cuneta y se echó a llorar como un niño. Unos golpes en la ventanilla le devolvieron a la realidad. Una mujer vieja y encorvada, con varias bolsas de plástico colgando de la mano, le preguntaba si se encontraba bien. Andoni se esforzó por sonreír, se irguió en el asiento del conductor y saludó a la mujer sin ganas, haciéndole ver que no ocurría nada.

Regresó la ira que había sentido al principio, que fue venciendo y substituyendo al

sentimiento de desamparo que le embargaba.

Aquello no podía quedar así.

Regresó al lugar donde ella había recogido a “JP”, al Hijo de Puta que se la estaba beneficiando a sus espaldas, y buscó un lugar donde aparcar. Merodeó sin rumbo por las calles que rodeaban el centro comercial intentando adivinar el domicilio de aquel hombre, aunque en su fuero interno sabía que era una estupidez. Él no era policía, probablemente Irene estaba en lo cierto y tan solo era un simple oficinista, uno que carecía de información sobre “JP/HP” y de medios para conseguirla. Notó que en aquel momento odiaba a todos los policías del mundo.

Parado en la esquina donde Irene había recogido a aquel hombre, algo hizo que recordara una cara y un nombre. Había sido camionero en la empresa de paquetería hasta que la multinacional, por motivos que no explicaron demasiado, sugirió que lo renovara el contrato. Él accedió pero, a cambio, quizás para expiar su parte de culpa en el despido, le presentó a un amigo de la infancia que tenía una oficina de detectives en Bilbao. Ahora, hasta donde él sabía, trabajaba para su amigo cobrando facturas a morosos.

Rebuscó en su cartera y encontró lo que necesitaba. Tenía su número de teléfono apuntado en una servilleta de papel. Aquel hombre se lo había garabateado apresuradamente un día que se encontraron en Bilbao. “Para lo que necesites”, le dijo sin darle tiempo a protestar, “llámame”. Estuvo a punto de deshacerse de la servilleta, pero la costumbre de no tirar nada hizo que la guardara.

—¿Marcu? ¿Te acuerdas de mí? Soy Andoni, de la empresa de paquetería...—por un momento temió no ser recordado por aquel hombre, o que todo aquel agradecimiento debido se hubiera esfumado con el tiempo.

—Claro que recuerdo—Marcu hablaba lo justo en castellano como para hacerse entender y, después de ocho años en Bizkaia, no había conseguido eliminar su marcado acento extranjero, plagado de vocales extrañas y erres arrastradas. Hablaba como un ruso de película barata.

El tipo era alto, de más de un metro ochenta, y delgado, aunque fibroso. Todavía no habría cumplido los cuarenta, pero aparentaba más edad de la que tenía. Moreno, con corte militar y ojos negros, inexpresivos incluso cuando reía. Su amigo de la agencia de detectives le había confesado que se rumoreaba que Marcu aprovechaba la cobertura de la agencia para hacer sus propios negocios, pero estaba encantado con el resultado que le daba el rumano en el cobro de morosos, que él no hacía preguntas al respecto.

—Marcu, necesito un favor —Andoni se movía arriba y abajo por la acera, sujetando el teléfono móvil con mano crispada.

—Dime Andoni, ¿Qué puedo hacer en tu ayuda?

—Necesito que me hagas un trabajo en Eibar... ¿Conoces Eibar? Sería solo entre tú y yo. No estaría contratando tu trabajo con...

—Sí, Eibar en Gipuzkoa. Conozco de antes. Repartíamos muchos paquetes allí. Es trabajo personal, claro, entre tú y yo, nada de comentárselo a Josu. Entiendo.

—Gracias amigo. Tengo un problema con un tipo... y yo no puedo...

—Sí Andoni, tranquilo ¿A quién hay que matar? —dijo Marcusinsonreír.

El poco oportuno humor negro de Marcuhizoque a Andoni un escalofrío le recorrió la nuca.

* * *

Cuando el Audi gris metalizado de Andonise perdió tras la vegetación al girar una de las curvas, un hombre menudo, moreno y sucio, salió de la furgoneta en la que había estado fumando y cruzó la carretera hasta colocarse junto a Marcu. El más alto de los dos se mantuvo erguido, sin mirarle, las manos en los bolsillos de los pantalones, la americana, negra como los pantalones, abierta y sujeta por los brazos en jarras y la mirada clavada en el lugar por donde había desaparecido el coche de Andoni.

En la furgoneta, una vieja Citroën de color blanco ajado, cuya limpieza hacía años que dependía, en exclusiva y sin lugar a dudas, de la lluvia, una mujer joven con una coleta los observaba en silencio, parcialmente oculta por la sombra del edificio abandonado bajo el que había sido aparcado el vehículo.

—^aobolan⁽¹⁾—dijo el hombre alto, mirando con desdén al otro.

Marcu cogió el paquete de tabaco que asomaba del bolsillo de la camisa del hombre menudo, que emitía un olor entre amargo y dulzón, mezcla de sudor y algo parecido al aceite usado, y se encendió un cigarrillo.

—Ce dracu fumezi? Cescârbos!⁽²⁾—dijo Marcu volviendo a coger el paquete del bolsillo y mirando con asco el envoltorio rojo—. Chinezesc? Cenaiba!⁽³⁾—escupió, tirando el cigarrillo al suelo—¿A quién se le ocurre comprar tabaco en un bazar chino?

—Nu-mi dau lovelele pentru mai mult...⁽⁴⁾—comenzó a lamentarse el gitano, que apenas hablaba alguna palabra en castellano.

—Igual mejor sidejasde fumar. Es más barato —le cortó Marcuen rumano, volviendo a meterle el paquete en el bolsillo.

Letendió con brusquedad el pedazo de papel en el que había anotado la matrícula de la mujer de Andoni.

—Es un coche pequeño, de color azul, un Audi nuevecito, inconfundible. Verás que dentro viajan un hombre y una mujer. Solo interesa él, ella ya sabemos quién es y a dónde va a ir. Quiero saber quién es el hombre, dónde vive, su coche... un nombre, si puede ser. No os distraigáis con otros trabajos, que ya nos conocemos, nada de viejecitas despistadas. Hoy solo esto.

—Mi mujer y mi cuñada tienen que comer... —protestó el conocido como^a obolan, algo molesto por la imposición de Marcu.

Para redondear la jornada, tenían por costumbre hacer algún otro apaño en la zona donde trabajaban para Marcu. En ocasiones podía ser una cartera, algún reloj de oro, una pulsera o, a falta de otra cosa, pedían la voluntad para alguna ONG ficticia. No salía mucho dinero por ese método, pero les daba una excusa para merodear y siempre caía algo.

—¿Te vas a quejar, desagradecido? —levantó la voz Marcu en tono amenazante.

El hombre menudoretrocedió un paso.

Cuando llegó de Rumanía, ocho años atrás, comenzó recogiendo chatarra de los contenedores para un compatriota gordoygrasiento que decía que todas las basuras de la zona eran suyas y que, si querían recoger chatarra allí, tenían que darle la mitad de lo que encontraran. Lo que encontraban era una miseria y se quedaban con la mitad de la miseria. Comía de lo que sacaba en los contenedores de los supermercados y se vestía con la ropa que tiraban.

—Si me traes un nombre, añadiré cincuenta euros de gratificación a lo que me sangras todos los meses—dijo Marcu enseñando dos filas de dientes amarillentos e irregulares, en un remedo de sonrisa, que inquietó más que calmaral otro.

—¿Si petrubenzinã?

—Los dos sabemos que tú nunca has repostado en una gasolinera. ¡Si no sabes ni cómo se llaman aquí! —riodespectivo—Sacas el bidón y el tubo que llevas en el maletero y te surtes del depósito de algún camión, como sueles. ¡Ponte a la tarea, tigan⁽⁵⁾, y gánate lo que te pago!

Cuando Niculă regresó al coche arrastrando los pies, su mujer lo observó en silencio.

—Ese hombre, Nebun⁽⁶⁾, mi-e ficăde el, me da miedo. —Dijo su cuñada desde el asiento trasero, donde había permanecido inmóvil para que el otro no la viera.

Niculă se sentó al volante, cerró la puerta con energía y escupió por la ventana.

—Dile a tu hermana—dijo sin dejar de mirar hacia la calle —que si no fuera por Nebunyo seguiría recogiendo basura para aquel gordo de mierday vosotras estaríais todavía en el vertedero de Ferentari—masculla.

—Banul este ochiul dracului⁽⁷⁾—murmuró su cuñada desde el asiento de atrás.

—Sí, pero sin dinero seguirías viviendo en la calle, así que atenta a la carretera y avísame si ves llegar un coche azul con esta matrícula—zanjó tendiéndole la notita que le había pasado Nebunyo encendiendo otro cigarrillo chino.

20. El virus

Lunes día 18

Son las ocho y media de la mañana y Carlos todavía no ha llegado a la oficina. Sorondo empieza a sospechar que no ha podido levantarse de la cama. No sería de extrañar dado el aspecto que tenía el viernes cuando se fue a casa.

Al pasar junto a su despacho ha visto un sobrecerrado colocado encima del teclado del ordenador. No lo ha cogido por respeto, pero está casi segura de que serán los listados de las llamadas de Irene y, quizás, los de Aitor también.

—¿Qué sabemos de Carlos? —Laura, compañera de la sección de delitos informáticos, se detiene junto a la mesa de Sorondo y le sonríe esperando una respuesta.

—Si no tengo noticias tuyas antes de un cuarto de hora, le llamaré yo— responde Sorondo devolviéndole la sonrisa—. Me has pillado pensando, precisamente, en eso. Cualquiera diría que tenemos telepatía—añade.

—El viernes estaba hecho polvo —dice Laura resoplando.

—¿Tú también te diste cuenta? Mira, solo espero que no nos haya contagiado a todos. Lleva una semana paseando los virus por la oficina.

—¿Estáis hablando de Carlos? —Eneko cruza entre las mesas en dirección hacia la cafetera —¿Un café, Laura? —ofrece, sin esperar la respuesta a la primera pregunta.

—A ver guapetón, ¿qué querías tú de Carlos? —le interrumpe Sorondo.

—Esta mañana me ha llamado al móvil y me ha dicho que no va a venir.

Sorondo se revuelve en su silla, perpleja.

—Todo un detalle por su parte llamarte a ti, que ni siquiera eres de su sección, para decirte que no viene a trabajar.

—Es que quería saber si había conseguido lo que me pidió de lo de... —el chico hace un gesto vago con los dedos, como si se llevara algo a la oreja, y deja la frase en el aire.

—Ya, de acuerdo. Ya lo he entendido —le ayuda Sorondo—. ¿Y? ¿Alguna novedad?

—Sí, le he dicho que lo tiene sobre su mesa. También me ha pedido que te diga que le vas a tener que disculpar. El sábado acabó en urgencias con treinta y nueve de fiebre y convulsiones. Por lo visto no era gripe, era un neumococo y le ha cogido el pecho. Le han recomendado que no se levante de la cama en unos días. Casi no podía ni hablar por teléfono.

—¡Uf! Si ya me parecía a mí...

—Y que te encargues tú de lo del homicidio en su ausencia.

Iñaki, que no ha perdido detalle de la conversación, sentado en la mesa que queda detrás de Eneko, levanta un pulgar hacia Sorondo y asiente.

—De acuerdo—suspira Sorondo—. ¿Puedo contar contigo si necesito algo más?

—Sí, claro, para lo que quieras.

Sorondo le sonríe con estudiada malicia y, deslizando las gafas hacia la punta de la nariz, le pasea sus ojos azules con descaro, de los pies a la cabeza.

—Te tomo la palabra —dice soltando una risita. Y, señalándole con un dedo, añade—. De momento, me conformo con que me traigas un té con leche cuando regreses de tomarte un café con Laura. Si cumples bien con este encargo sencillo, ya veré que más se te puede pedir.

Iñaki mueve la boca sin hablar y, sonriendo, articula un “ya te vale”, a espaldas de Eneko.

Cuando regresa Eneko con el té y se lo deja en la mesa, ella ya está ojeando los listados con las llamadas de teléfono. Su compañero le guiña un ojo y ella hace un gesto distraído.

—Apúntate una—le dice, simulando anotar un palote en el haber de una lista imaginaria de su libreta.

El agente de la sección de delitos informáticos solo ha conseguido los movimientos del teléfono de Irene, pero es suficiente. Tal y como Sorondo había deducido tras ver las llamadas de Juan Pedro, hasta mediados de julio Irene apenas le había telefoneado. Por estas fechas comenzaron a alternarse con las de Aitor. Antes de julio, el ochenta por ciento del tráfico de llamadas de Irene era exclusivamente para Aitor, y varias veces al día, a excepción de la última semana de junio y primera de julio, en las que las conversaciones parecen espaciarse. Parecía evidente que algo había ocurrido a

primeros de julio que había cambiado las cosas.

Sorondocoloca la factura del teléfono de JuanPedrojunto a la de Ireney los cruza.Los datosde ella coincidencasi miméticamentecon el tránsito de llamadas de JuanPedroque, como ya habían observado cuando los recibieron, comenzó a llamar a Irene a primeros de julio.

La policíacoge su libretade tapas negras, retira la goma que la mantiene cerraday la abre en una hoja en blanco, se reclina en la silla yrememora la conversación con Aitormientrasescribe el nombre de JuanPedroen el centro del papel. Ya sabía que JuanPedrohabía llamadoa Aitordesde hacía meses, no había ni una sola llamada a su teléfono en la factura de JuanPedro. La afirmacióndurante la comidade que había dejado de hablar con él,había sido una tretabaseda en la deducción. Quería ver su reacción a la fecha en la que se habían incrementado las llamadas de JuanPedroa Irene y lo que Aitor le mostró fue suficiente.Cada vez tenía más claro que él conocía la existencia de aquella relación.Bajo el nombre del muerto, algo desplazado a la izquierda, escribe el nombre de Aitor y lo une con una flecha al del difunto. Hacia la derecha de Aitor, escribe Irene y hace un triángulo entre los tres. “¿Ménage à trois?”, pone debajo; pero inmediatamente lo tacha dos veces. En un trío hay conocimiento y respeto entre los implicados. Este no parece ser el caso. ¿O sí? ¿Era un trío y la cosa se les fue de las manos?«Habrà que estudiarlo», medita mientras sorbe el té del vaso de plástico que le ha traído Eneko.

Sobre el nombre de Irene escribe “Andoni”, el nombre del marido de la policía, y lo une con una flecha a Irene. ¿Qué sabía Andoni de las relaciones de su mujer? ¿Qué estaba pasando en esta pareja?

Sorondodecide unir con una línea los nombres de JuanPedroy Andoni, cerrando un segundo triángulo.

Nathalie. Arriba a la izquierda y unida con otra flecha a JuanPedro, que queda en el centro del dibujo.Tras un momento de duda, dibuja un interrogante sobre la vertical del muerto y lo une con una línea a Nathalie y otra a JuanPedro. «¿Por qué no?», reflexiona, «¿Qué hacía el amante de la mujer de JuanPedroesa mañana?»

21. Juan Pedro come fuera

—¿A dónde vas? —Nathalie acababa de llegar a casa y vio que Juanpe se estaba preparando para irse. Era la hora de comer y él no parecía haber ensuciado ningún plato.

—Voy a salir. He quedado para comer fuera —JuanPedrorecogió despacio las llaves de casa de la encimera de granito de la cocina y se quedó mirando a su mujer.

Olía a la colonia que le había regalado por Navidad. Ella le observó con todo el detenimiento que pudo disimular. Concluyó que no era algo del trabajo. Estaba recién afeitado y duchado; se había arreglado más de lo habitual.

Se quitó el abrigo con calma y lo colgó en el armario de la entrada, colocándolo cuidadosamente para que no se arrugara.

—No recordaba que me hubieras dicho que fueras a ir a comer fuera de casa —dijo sin volverse hacia él. Pero se arrepintió de inmediato de que hubiera sonado a reproche.

La única respuesta que obtuvo fue el silencio.

JuanPedro siempre había sido reservado, incluso cuando comenzaron a salir, hacía ya muchos, quizás demasiados años; pero últimamente estaba más callado que de costumbre. Sus silencios, como sus ausencias, resultaban angustiosos. La ignoraba de forma ostensible y, aunque ella procuraba hacerse la tonta, no podía evitar sufrir por ello.

Por supuesto, ella sabía que era la forma de expresar su enfado. Suponía una especie de asedio silencioso que había ido perfeccionando con el tiempo. Había adquirido la costumbre de practicar la locada vez que Nathalie le contrariaba. Era una táctica de desgaste que acababa surtiéndole efecto. Al principio Juanpe acostumbraba a gritar para imponerse y ella guardaba silencio, era su manera de resistir. Pero él aprendió, varió el método y lo adaptó a su campo de juego, doblegándola.

Pero esta vez era diferente. Nathalie lo sabía y se sentía culpable. Desde que, el día de su cumpleaños, le confesara que había tenido un escarceo con otro hombre no habían

vuelto a hablar de ello. Cuando Juanpese marchó enfurecido, no volvió a casa en toda la semana. Más tarde supo que había estado durmiendo en casa de un amigo aquellas dos noches del fin de semana y que había continuado con las clases en Arkaute sin pasar por casa. Ya había empezado a temer que se hubiera ido definitivamente, pero el viernes siguiente regresó a casa como si no hubiera ocurrido nada. Ningún comentario, ninguna aclaración, silencio.

Finalizó el curso en Vitoria y Juan Pedro continuó, más volcado que nunca, con su trabajo en Hernani.

Por supuesto, la relación se volvió distante, muchas veces tensa y casi siempre ausente. Al principio se mantuvo frío y cortés, pero en las últimas semanas había comenzado a ser sistemáticamente despectivo, como si algo estuviera creciendo en él.

Pasó junto a él procurando no rozarle siquiera y solo se volvió a mirarle cuando cruzó la puerta de la cocina. Seguía allí plantado, observándola. No pudo evitar compararlo con Josu en aquel momento. Eran tan diferentes. ¿Dónde se había perdido el Juanpe con el que se casó?

Respecto a Josu... su aventura con él fue eso, una aventura. Se sintió halagada por su atención, precisamente por cómo la miraba. Era todo un caballero, tan atento... La escuchaba, le hacía reír... Sin embargo, Nathalie no podría decir por qué ocurrió. Siempre había creído ser inmune a esas cosas. Se consideraba una madre por encima de todo, una simple ama de casa salvo de sobresaltos. Desde luego, no fue algo planeado, ni mucho menos. Tampoco le había ocurrido nunca antes. Pero es que con Josu se sintió... agradecida.

Josu la amaba de una forma que no recordaba que Juanpe hubiera hecho nunca. Era ocurrente, hablador, atento, siempre tenía algo que contar y siempre estaba dispuesto a escucharle. Juanpe en cambio, parecía estar haciendo el camino inverso: cada vez era más callado, llegando en ocasiones al extremo de ser incluso siniestro. Nunca le hablaba de su trabajo, no le contaba lo que hacía y siempre le respondía con evasivas.

Josu resultó ser una luz en medio de toda aquella oscuridad que había ido cubriendo su existencia. Pero no había vuelto a llamarle desde que confesó su pecado en casa. El sentimiento de culpa había podido con ella y él, como siempre un caballero, la había respetado.

—¿Y con quién vas a comer?—se atrevió a preguntar.

—Con Irene —respondió Juanpe, como si estuviera esperando la pregunta y ya tuviera la respuesta preparada.

Nathalie acusó la respuesta como si le hubiera propinado una bofetada.

—¿Irene?—casi gimió,esquivandola mirada de Juanpe, que se mantuvo firme, desafiante.

—No la conoces, pero alguna vez te he hablado de ella —siguió Juanpe, como si disfrutara de la situación—.Es una compañera del curso de ascenso.

—Pero...¿Esa no es la que vive en Bilbao?¿Vas a irhastaBilbao a verla? —Nathalie recordaba vagamente que había una mujer, unavizcaína, en el círculo de amigos de su marido en la Academia.

No eradel todoexacto,habían quedado a medio camino,pero aélle bastaba.Tampoco era cuestión de dar demasiadas explicaciones y estaba disfrutando con la situación.

—Voy tarde —JuanPedroguardó las llaves en el bolsillo e hizo amago de ir hacia la puerta, pero ella le interrumpió.

—Juanpe ¿Estáis...? ¿Ella...? —Nathalie temíaterminar la frase.Se le había quedado la boca seca y la sospecha se le atragantaba. Le resultaba imposible imaginar a su marido, el hombre serio, callado, responsable, distante... su pareja de hacíatantos años,marchándose con otra mujer.

Quizás por eso JuanPedropareciósonreír, plantado frente a ella, taladrándole con la mirada,se diría que podíaadivinar sus pensamientos, como si no le sorprendiera su reacción.

—Sí.Estamos, ella y yo.... —respondiócon sorna.

Sin dar más explicacionesse giró y salióde la casa. Esta veznohuboportazos, el pestillo secerrócon suavidad.

22. Amazigh

Lunes 18 de octubre

La mujer camina despacio bajo los tamarindos. Ha salido el sol, un sol de otoño tibio, acompañado de viento sur, que agita las engañosamente frágiles ramas de los arbolitos con la suavidad de una caricia. Se suelta la cola de caballo y los rizos caen sobre sus hombros como una cascada de fuego, que ella sacude moviendo la cabeza, inconsciente de haber atraído la atención de un adolescente que la observa repantigado en un banco de madera.

Hace años que un instructor puntilloso le enseñó que todos los casos debían tratarse con la misma dedicación, tanto los pequeños hurtos como los homicidios. En aquella época, por supuesto, únicamente le dejaban investigar pequeños hurtos, pero aquel policía viejole inculcó el germen de la meticulosidad y la perseverancia en su trabajo, fuera cual fuese su importancia. Ahora, Sorondono podía evitar repasar una y otra vez los detalles de los homicidios que investigaba. Las evidencias recogidas en el lugar de los hechos, las declaraciones de los testigos, las fotografías, los vídeos de las cámaras de seguridad... siempre acababa por aparecer algún detalle, normalmente insignificante pero, en ocasiones, asombrosamente obvio, que se le había pasado por alto la primera vez que los vio. Era casi una obsesión que no le permitía descansar tranquila hasta que no conseguía encajar todas las piezas del puzle.

La mente humana es imperfecta y tiende a construir un relato de los hechos rellenando los huecos de conocimiento con sus propias especulaciones basadas en la, siempre demasiado escasa, experiencia personal. Como dijo el forense Etxeberria "A veces los ojos no ven más allá de lo que ya conocen y cuando no encuentran lo que buscan, dicen que no hay nada". Por eso Sorondono evita dar por zanjada ninguna hipótesis hasta que puede confirmarla por más de una vía.

La escena de los hechos había sido trillada por la Policía Científica y el fondo del canal minuciosamente registrado por los buzos de la Ertzaintza, pero ella intuía que en aquel lugar faltaba algo por ver. Quizás por eso lo está recorriendo por tercera vez, despacio, recreándose con las vistas, familiarizándose con las casas, haciendo resbalar su mano derecha sobre la rugosa superficie de las losas de arenisca recubierta de líquenes que rematan el pretil del canal.

Al cruzar junto a la última bocacalle perpendicular al paseo, la calle Nafarroa Behera, se refuerza su impresión de que alguien, desde un vehículo, bien podría haber trasladado el cuerpo de Juan Pedro hasta el borde del canal y haberlo arrojado allí. La calle termina ensanchándose lo suficiente como para que estacionen seis o siete coches en batería,

varios de ellos junto al bidegorri que corre paralelo al paseo del canal del Puntal. El bidegorri es un carril bici, pavimentado con asfalto rojo para diferenciarlo del resto del paseo, de unos quince metros de ancho. Éste es anormalmente amplio, pero así y todo, solo hay unos veinte o veinticinco pasos desde el borde donde estacionan los coches hasta el pretil del canal; poca distancia para suponer un obstáculo a quien trasladara el cuerpo.

Mientras Sorondo observa absorta los reflejos del sol en la cinta de agua y las afiladas piedras dispuestas en gradas, intentando imaginar la caída de su compañero en la oscuridad de la madrugada, el adolescente que descansaba en el banco unos metros más atrás, comienza a aproximarse sigilosamente por la espalda.

Es un chaval que no tendrá más de quince años, delgado y alto, casi tanto como ella, vestido con un pantalón vaquero, chaqueta de algodón de color blanco y zapatillas deportivas de una marca cara. Sus rasgos delatan su origen magrebí; Marruecos, Túnez o Argelia, casi con total seguridad. Pelo rizado, corto y muy negro, nariz achatada, labios gruesos y tez morena. Pese a su juventud, hay algo de adulto en su mirada y en la forma afilada de su rostro. Los ojos castaños asemejan ser los de un ave rapaz y, si ella se hubiera dado la vuelta para mirarlo, habría visto astucia y cálculo reflejados en ellos.

El chico se agacha ligeramente al llegar junto a ella, como un depredador a punto de saltar sobre su presa y, con un rápido gesto, agarra su bolso por la correa, le propina un fuerte tirón y comienza a correr con él.

Sorondo reacciona como un resorte. Antes de que el bolso acabe de salir de su brazo, cierra la mano sobre la correa y lo sujeta con fuerza. Tira hacia ella haciendo palanca con su pierna izquierda y proyecta la rodilla derecha hacia la boca del estómago del ladrón, que no se espera semejante reacción de una mujer distraída y recibe el golpe con los ojos desorbitados.

Desequilibrados, ambos ruedan por el suelo como consecuencia del tirón y del impacto. Ahmed pateando y Sorondo buscando reducirlo. Diez segundos más tarde, Ahmed yace con la cara aplastada contra el adoquinado y Sorondo le retuerce el brazo mientras le oprime el cuello con la rodilla.

—¡Así que me ibas a robar el bolso! —le suelta Sorondo agachando la cabeza y acercando la cara a la suya.

Un apretón en la muñeca de Ahmed hace que éste emita un gemido de dolor.

Sorondo busca el bolso, que ha perdido al caer al suelo, y lo localiza a un par de metros, con parte del contenido desperdigado junto a él. Su acreditación policial, la “chapa”, y la pistola asoman por el borde de la cremallera; las llaves del coche, el teléfono, el tabaco... un pequeño desastre que no puede ir a recoger teniendo al chico inmovilizado bajo ella.

—Muy bien, mi niño —Sorondo sujeta el codo del chico y retuerce todo el brazo hasta llevarlo a un punto cercano a la dislocación del hombro. El ladrón jadea y grita algo ininteligible, pero no se atreve a moverse siquiera, por temor a romper la articulación—. Escúchame con atención: si no quieres que te parta el brazo, vas a hacer todo lo que yo te diga ¿Está claro?

Sorondo subraya la pregunta con un pequeño movimiento en dirección al dolor, que espolea a Ahmed a asentir enérgicamente.

Laertzainase incorpora y ayuda al chico a hacer lo propio sin soltar la presión en la llave que lo mantiene inmovilizado. Lo desplaza hasta el lugar donde el bolso sigue abierto y, con la habilidad adquirida con la práctica de sus años de patrullera, le obliga a sentarse junto a él, agachado hacia el suelo y con ambas manos en la espalda.

Una rápida mirada a ambos lados del paseo le confirma su primera impresión de que nadie ha visto lo ocurrido y que, por supuesto, ningún policía va a acudir en su apoyo si no lo solicita por teléfono. «¿Dónde está la policía cuando se la necesita?» piensa en un acto reflejo y sonríe para sí nada más hacerlo.

Cuando consigue volver a introducir el contenido del bolso en su interior, propina un sonoro capón en la cabeza a Ahmed, que sigue sentado con las manos detrás, como si esperara a que lo esposaran.

—¿Y ahora qué he hecho yo? —se queja. Pero lo hace casi gimoteando y no se revuelve.

—Vaya ladrón de mierda que estás hecho—le dice—. Levántate despacio y acompáñame hasta la fuente de la esquina.

Ahmed se incorpora y se encuentra con que la pelirroja le está enseñando la placa de policía, que le planta a un palmo de la nariz. El chico sacude la cabeza con los ojos cerrados. Todavía le late la articulación del hombro y no sale de su sorpresa, aunque la placa explica en parte lo ocurrido.

—Ni se te ocurra echar a correr.

Sorondo, que apenas se ha despeinado durante el altercado, señala la fuente con la barbillay hace un gesto autoritario a Ahmed para que se lave en ella. Cuando se cerciora de que el chico no la ve, enciende un cigarrillo con un ligero temblor en la mano. Mientras el adolescente se enjuaga los restos de tierra de la cara y las manos, ella lo observa con los ojos entrecerrados. Cuando termina, le tiende un par de pañuelitos de papel que ya tenía preparados.

—Sécate —le dice—.Y siéntate en ese banco de ahí, que vamos a hablar un rato tú y yo.

Sorondolo observa sentarse, exhala una bocanada larga de humo y tira la colilla con decisión sobre la gravilla

—¿Cómo te llamas?

Él duda un instante antes de abrir la boca para contestar.

—Tu verdadero nombre. Ahórratelas chorradas conmigo—le corta antes de que pueda articular palabra—.Si quieres, luego me dices también cómo te haces llamar.

—Ahmed —responde cogido por sorpresa.

—Tienes cara de Ahmed, me lo voy a creer —sonríeSorondopor primera veztrasel incidente.

—¿Por qué dices que tengo cara de Ahmed? —responde amoscado.

—Solo es una broma;Ahmed—repite—. Para ver si se me va yendo un poco el enfado.

El chico se retuerce en el asiento y otea disimuladamente ambos extremos del paseo,como si empezara a sopesar la posibilidad de levantarse y marcharse.

—¿Y ahora qué? —pregunta, recuperado en parte del orgullo herido.

—Buena pregunta. ¿Qué hago contigo? Supongo que sabes lo que toca...

El chico vuelve a agachar la cabeza, mirándose la punta de las zapatillas deportivas. Sus ojos recorren la grava hasta posarse en la colilla, todavía humeante, del cigarrillo deSorondo.No sería la primera vez que acaba en el calabozo desde que llegóa Euskadi.

—¿Me das uno? —pregunta, señalando la colilla con el dedo.

—Todavía eres un crío. ¡Ni te imagines que vaya a darte tabaco! —niega la policía.

Sorondoobserva el paseo del Puntal en toda su extensión. El parque está en uno de sus extremos y, si no fuera por los tamarindos, podría verse desde allí el embarcadero de veteranos situado en el otro lado del paseo.

—¿Sueles venir mucho por aquí? —le pregunta al chico.

—Alguna vez... me gusta ver despegarlos aviones—Sorondo confirma la juventud del chico en sus ojos soñadores al mirar hacia el aeropuerto.

—Ya. ¿Anduviste por aquí la semana pasada?

—Estuve en Bilbao unos días —niega Ahmed—. ¿Lo preguntas por lo del muerto que apareció aquí el lunes pasado?

Sorondo sonríe. Parece ser que el chaval lee la prensa.

—¿Era un poli, no?

—Era un poli, sí, un compañero. Un ertzaina que vivía cerca de aquí. ¿Qué sabes de eso?

Ahmed se encoge de hombros y compone una mueca de desolación.

—Ya te he dicho que no andaba por aquí. Sé lo que han dicho en la tele.

—Ya—vuelve a decir ella, sin llegar a convencerse de que lo que le dice el chico sea cierto—. ¿Has desayunado hoy?

El chaval niega con la cabeza y se sacude descuidadamente la tierra de las rodillas del pantalón vaquero.

Sorondo le hace un examen más minucioso de la cara. Nariz, ojos, manos... no presenta evidencia de que sea consumidor de pegamento. Los habituales suelen tener los ojos enrojecidos y la nariz completamente irritada. Además sus respuestas son coherentes, algo inimaginable en uno de esos sujetos.

—¿Esnifas pegamento?

—Alguna vez...—repite con un poso de malicia en la mirada—, antes. Pero ya no lo hago. Es algo idiota que te vuelve loco. Te vuelves malo.

—Y tú no lo eres, claro.

Sorondo introduce ambas manos en el abrigo y pisa la colilla, que deja de

humear, recuperando la atención de Ahmed.

—El caso es que tengo hambre —le dice—. Te propongo un trato: te invito a desayunar y tú me cuentas qué hacías en Bilbao hace una semana.

—Ahmed ibn Said no es ningún chivato—afirma orgulloso, alzando un dedo.

—O eso, o te quedas sin desayuno y nos vamos a comisaría, que te voy a presentar a unos amigos que estarán deseando conocer al chaval que ha intentado robar a una compañera...

—¿Podría ser un pintxo de tortilla? Me encanta la tortilla.

Caminan en silencio hacia la Puerta de Santa María, una de las entradas al recinto amurallado de la antigua ciudad medieval, a cuyos pies se encuentra el bar donde Sorondo tiene intención de pagar el desayuno a Ahmed.

—Me gusta este sitio, ¿sabes? —dice el chico sonriendo, aparentemente más relajado.

Sorondo guarda silencio un instante, como si quisiera valorar lo que pretende Ahmed.

—Me recuerda a mi pueblo —continúa.

—Hablas muy bien en castellano. ¿De dónde eres?

—No lo conoces.

—¿Y tú qué sabes? He viajado por Marruecos y he estado en Túnez.

—Marruecos—asiente sonriendo—. Soy amazigh, de la zona del Atlas.

—Amazigh...

—Bereber. Pero no nos gusta esa forma de llamarnos. Preferimos amazigh, que significa...

—Hombres libres —le corta Sorondo—. Ya te he dicho que he viajado por Marruecos y de alguna cosa me acuerdo.

Ahmed amplía la sonrisa, como el niño grande que todavía es, olvidando por un momento que camina junto a una mujer policía que acaba de darle un revolcón por el suelo.

—Yo nací en una pequeña ksar, en Amellago. ¿También la conoces? —pregunta con un punto de sorna.

—No, majo, hasta ahí no llego. Tendría que buscarla en el mapa.

—En muchos mapas ni siquiera sale. Es un pueblo pequeño, rodeado por la montaña y protegido por murallas. Como este —dice alzando la mano hacia el cubo de Santa María—, igual un poco más pequeño —matiza con otra sonrisa que descubre dos incisivos más separados de lo normal.

A Ahmed el pintxo le sabe a gloria, se nota que le está gustando porque casi pone los ojos en blanco con cada mordisco. Ni siquiera lo ha arreado que estuviera recién hecho y que quemara en la boca. Sorondotarda unos minutos más en terminarse el suyo y, para entonces, el chico ya está apurando la Pepsi y sacudiéndose las migas.

—¿Cómo hiciste para llegar hasta aquí desde Marruecos? Supongo que no será la primera vez que te lo preguntan, pero no puedo evitarlo: cada vez que hablo con uno de vosotros acabo preguntándole lo mismo. Es casi como una encuesta personal.

Ahmed niega con la cabeza, disculpándola.

—En un camión, colgado debajo, entre las ruedas. Me subí en Tángery crucé al otro lado en un ferry.

—¿Y la frontera?

—No miran todos los camiones. Tuve suerte. Mi hermano mayor cruzó dos años antes que yo. Lo hizo en una patera, pero no hemos vuelto a saber nada de él. Cuando vine yo había otro chico, de Rabat, que conocí haciendo autoestop en Marruecos, que también lo intentó en patera, pero nunca llegó hasta España. Aquel apareció muerto, flotando en el mar entre Ceuta y España. Todavía llevaba el chaleco salvavidas puesto. Con él pasé un año en el Bayti de Rabat. Allí conocí a Mónica, una cooperante que venía de España que me enseñó cosas. Me gustaba aprender con ella, pero yo tenía que seguir mi camino.

—¿Y tu hermano? Está...

—¿Muerto? —finaliza la frase Ahmed—. No lo sé. Es una de las cosas que

metrajeron hasta aquí. Pero Europa es muy grande y él podría estar en cualquier parte.

—¿No dejó dicho a dónde iba a ir? —mentalmente y sin proponérselo, Sorondo pone en marcha la maquinaria del policía que lleva dentro.

—A Madrid.

—Bueno...

—Ya estuve allí. Pero me echaron.

—No te entiendo.

—Sí, fue gracioso. Me dieron cincuenta euros para gastos, me pagaron el billete del tren hasta Vitoria y se aseguraron de que me metía dentro del vagón.

—Eso no puede ser. Me estás tomando el pelo.

—Para nada, es de lo más normal, yo conozco a otros chicos que han llegado aquí de la misma forma. El problema es salir de Marruecos y conseguir llegar hasta Madrid, a partir de ahí todo es muy fácil. Algunos dicen que es la propia policía la que les ha pagado el billete, otros que es gente del ayuntamiento, o que trabajan en los centros de acogida ¡y yo qué sé! Creo que lo hacen para sacarnos de Madrid, no les gustamos, pero no me importa; aquí se vive mejor, hay mucha gente mala allá.

Ahmed vuelve a enseñar el hueco entre los dientes, se encoge de hombros y le da un último sorbo al refresco.

—¿Me puedo marchar ya?

—Me recuerdas a un chico que conocí. Tendría tu edad más o menos. En el fondo era un buen chaval, tenía buen corazón; pero la vida, a veces, te lleva a ver y hacer cosas que nunca hubieras pensado. Su padre lo abandonó siendo pequeño. Desapareció sin dejar rastro. Hasta entonces era un niño feliz. Pero veía por los ojos de su padre ¿sabes? Y, cuando se marchó, dejándolo con su madre, no supo encajarlo. Algo se rompió dentro de él y no volvió a ser el mismo. Quizás su madre, que tampoco anduvo muy fina en aquella época, debiera haberse volcado más con él. El caso es que ella paraba poco por casa y el chaval empezó a frecuentar malas compañías, entraba y salía de casa sin ningún control... un día ella se dio cuenta de que llevaba ropa nueva y que no recordaba haberle comprado el teléfono móvil que él había dejado cargando en su habitación. Quiso saber qué estaba ocurriendo, pero era demasiado tarde. Ya lo había perdido—Sorondo apura su cerveza y hace un guiño a Ahmed—. Llegó un día en que le confesó que la odiaba. Poco después se marchó de casa para no regresar.

—¿Era tu hijo?

—¿Tan vieja me ves?

—No, bueno, me ha parecido que te ponías triste al contarlo, como si te hubiera pasado a ti.

—Es que es una historia triste —sonríe Sorondo.

La policía abre el bolso, casi sin mirarlo, y coge el paquete de tabaco, dejándolo caer otra vez al interior al verse observada por el adolescente.

—Te propongo echarte una mano con lo de tu hermano.

La cara del chico se ilumina.

—¿Cómo dices llamarte ahora?

—Aquí me llaman Adib.

—De acuerdo, Ahmed -Adib, quiero que me des tu número de teléfono y que te mantengas en contacto conmigo.

Ahmed asintió, sacando su móvil del bolsillo, un smartphone de última generación. Sorondo se lo al verlo.

—Casi que no te voy a preguntar de dónde has sacado semejante teléfono—dice, poniendo los ojos en blanco—. Otra cosa: me vas a deber un favor por lo de tu hermano y te lo voy a ir cobrando.

—¿Cómo? —pregunta el chico con desconfianza.

—Quiero que, si te enteras de algo sobre la muerte de mi compañero, me lo digas de inmediato. Eso o cualquier otra cosa que te pregunte.

—No me gusta la gente que mata a otros. Están locos. Yo te llamo y te lo cuento. Pero no me hagas ser chivato.

—Favor con favor se paga —dice Sorondo señalándole con el dedo—. Pero procuraré tenerlo en cuenta; no serás mi chivato, seremos algo así como amigos ¿de acuerdo? Más cosas.

—Pero encontrarás a mi hermano ¿no?

—Te prometo que voy a hacer todo lo que esté en mi mano por encontrarlo. Pero no me gusta mentir, así que, desde ya te adelanto que puede que no aparezca, o que lo que encuentre no sea lo que tú esperas.

Ahmed asienta muy serio.

—Ya sé que puede estar muerto pero, si es así, mi madre también necesita saberlo para dejar de esperar noticias tuyas.

—Lo entiendo.

—Tú no me has dicho cómo te llamas... para ponerlo en la agenda del teléfono.

—Sorondo.

—Un nombre bonito.

—Es un apellido, pero de momento te vale.

El chico sonríe.

—Dime la otra cosa— pide Ahmed.

—Sí. No me parece bien que tú andes por la calle, corremos el riesgo de que acabes haciendo algo de lo que nos vamos a arrepentir los dos. Voy a hacer unas llamadas a unos amigos para que te busquen donde estar.

—¿Un centro de acogida de menores? — adivina el chico negando con la mano y la cabeza simultáneamente.

—Es uno diferente, amazigh, podrás entrar y salir, siempre y cuando respetes las normas. Me parece que tú no debieras tener problemas con eso. En este te enseñarán un oficio y podrás volver a tu pueblo como un hombre de provecho. Creo que tu madre lo va a agradecer.

23. Tigan

Eran cerca de las siete cuando Alina avisó de que el pequeño Audi de color azul regresaba por la carretera hacia donde se encontraban ellos. Nicula, "abolán" para Marcu, lo observó llegar por el retrovisor con cierta suspicacia, ya que era la cuarta vez que su cuñada creía ver el coche que estaban esperando, aunque tuvo la precaución de arrancar el motor de la pequeña furgoneta con antelación, como había hecho cada vez que ella había creído verlo.

Cuando pudo leer la matrícula y comprobó que, efectivamente, era el coche, se incorporó a la circulación detrás de él, dándole tiempo a distanciarse algunos metros para evitar ser detectados.

El pequeño turismo los llevó hasta el centro de Eibar, cerca del edificio del Corte Inglés, donde estacionó en un hueco libre a mano derecha de la calle, junto a una acera estrecha, al pie de un edificio gris con aspecto de pabellón industrial. Nicula lo rebasó y continuó unos metros hasta que, llegado a un recodo de la calle, tuvo la certeza de que no lo verían desde el coche y se detuvo un instante para que se bajaran su mujer y su cuñada.

Las mujeres caminaron con despreocupación por la plaza inclinada con sendas carpetas en la mano, invisibles a ojos del resto de los ciudadanos.

Abolán las observó desde la furgoneta, que había dejado mal aparcada sobre la acera, frente a un edificio con aspecto de colegio. Sonriendo con un regusto amargo, el gitano volvió a constatar una de las cosas que había descubierto con los años: que la gente "normal" no los miraba y, por lo tanto, no los veía. La gente como él era virtualmente invisible, fantasmas caminando entre la gente bien. Y eso que las mujeres iban limpias y bien vestidas, pero era como si un sexto sentido las identificara entre los demás.

Cuando llegó de Rumanía, años atrás, y comenzó a recoger chatarra de las basuras, en su fuero interno esperaba ser "rescatado" de toda aquella inmundicia. Creía que, quizás en Europa, aquella gente que siempre había supuesto más civilizada no les iba a permitir rebuscar entre sus desperdicios y que los iban a tratar de alguna manera más humana que lo que había vivido en Ferentari desde que nació.

Pronto descubrió que estaba equivocado, tampoco encontraría compasión en aquellas personas. El lugar era diferente, más limpio, más humano, con mejores servicios,

ayudas... pero los gitanos rumanos seguían perteneciendo a una casta inferior y se lo hacían saber, eso sí, con sutileza. Lo apreciaba en su indiferencia, en las miradas que rehuían la suya cuando lo veían llegar de frente tirando de su carrito de niño cargado con cables, hierros y cachivaches recogidos de la basura, en las personas que cambiaban de acera para no cruzárselo, en su actitud con los suyos.

Invisible era la palabra exacta. La sensación de rechazo le duró poco. Ya estaba acostumbrado a ella y la decepción apenas le duró unos días. Pero despertó en él una idea, casi una inquietud. ¿Hasta dónde los ignoraban? ¿Cabía la posibilidad de que aquel esfuerzo que hacían para no verlos pudiera ser aprovechado en su beneficio?

Alina acababa de cumplir los veintiuno, pero parecía menor. Era morena, con el pelo recogido en una cola de caballo, cuerpo menudo y cara regordeta. Estaba aprovechando su aire adolescente para engatusar un hombre mayor que cruzaba por la plaza para que le firmara en la hoja. El hombre rondaría los ochenta años y se sentía halagado por la sonrisa imperfecta de la rumana. Nicula no tenía ninguna duda de que iba a firmar. A ella siempre le funcionaba.

Ahora el anciano se sacaba la cartera del pantalón con gesto torpe. Alina, como de costumbre, le había pedido ver el documento de identidad, con la excusa de anotar su número junto a la firma y, con suavidad, casi como si le hiciera una caricia, le estaría sacando los billetes de la cartera, que mantenía cubierta con la carpeta. Nunca montaría en cólera si viera esto. Pero Nicula sabía que Alina iba a cometer ningún error y que, para cuando el hombre se diera cuenta de que le faltaba el dinero, si es que llegaba a pensar que le habían robado, ellos ya estarían lejos. Y nunca llegaría a saberlo.

Mientras Alina pedía firmas en la plazoleta, su mujer caminaba despacio por la acera de enfrente sin perder de vista ni a su hermana, ni el Audi azul, que todavía seguía aparcado en el mismo sitio con la parejita dentro.

Hasta que no llegó Alina, no pusieron en práctica la idea que había ido germinando en la cabeza de Nicula. Su mujer llegó un año antes, pero ella no tenía el descaro de su hermana, se conformaba con acompañarlo a revolver en los contenedores. Alina, en cambio, parecía haber nacido para hacer esto. Ni por un instante dudó en dejar la chatarra y probar con los robos a los ancianos.

La crisis y el incremento del precio del oro supusieron el último empujón. Aunque al principio no se atrevieron con las joyas. Eran más difíciles de quitar que el dinero. Alina era una artista vaciando las carteras de los viejos, a los que engatusaba con palabras bonitas y su mujer demostró una habilidad insospechada para sacar las carteras de los bolsos de las abuelas. El precio del oro era una tentación, pero les quedaba por encontrar dónde vender las joyas. Entonces Nicula oyó hablar de Marcua un amigo común.

Le llamaban Nebun y contaban atrocidades de él. Decía a todos que era moldavo, pero nadie sabía con certeza de dónde había venido. Había quien decía que había

pertenecido a la policía secreta de Ceaucescu, la Securitate...era difícil saberlo. Era un tipo siniestro y violento, pero tenía contactos y, una vez que te admitía, sabía dónde colocar las joyas que le llevabas.

Por fin, la puerta del copiloto se abrió y salió un hombre del coche. Era corpulento, moreno y sonreía hacia el interior. La mujer de Nicula cruzó el paso de peatones y caminó despacio junto al Audi con el fin de escuchar algo de la conversación, con la mala fortuna de que, al pasar tras el hombre, éste dio un paso atrás para cerrar la puerta del coche, tropezando con ella, que se vio arrinconada entre él y la pared que crecía sobre la estrecha acera.

—Barkatu —reaccionó murmurando la rumana.

—Ez, lasai, barkatuniri—respondió el hombre moreno, componiendo una sonrisa de circunstancias, entrecerrando la puerta y apartándose él mismo para dejarle pasar por la acera.

Tabi llevaba el pelo teñido de rubio, había desterrado de su armario cualquier prenda que pudiera identificarla como gitana de Rumanía y conocía cuatro o cinco palabras en euskara que había aprendido a utilizar en situaciones como aquella, más que nada para distraer la atención sobre su origen. Tenía incluso una camiseta negra con una ikurriña enorme estampada en el pecho que había hecho reír a Alina hasta que se le saltaron las lágrimas, cuando se la vio puesta por primera vez. Pero era eficaz. Era una táctica que funcionaba a la perfección con los ancianos, cuanto más mayores mejor, quienes una vez consumado y advertido el robo, la describían como a una mujer joven y del lugar, a la que incluso habían escuchado hablar en euskara. Por otro lado, en caso de identificar su origen, los vascos tendían a sentirse halagados porque un extranjero se esforzara en aprender su idioma, con lo que se conseguía resultarles simpática y bajaban la guardia, facilitándole la tarea.

—Eskerrik asko—remató la faena Tabi continuando su camino.

Cuando el hombre finalmente cerró la puerta, el coche salió del aparcamiento y pasó junto a la furgoneta de Nicula sin que su conductora lo viera. La mujer que conducía era algo mayor que él, rubia y sonreía. Se la veía feliz. Nicula sospechó acertadamente que la mujer era la esposa del primer hombre, el del Audi azul que había estado hablando con Nebun y sonrió con regocijo, al fin y al cabo no eran perfectos. A aquel ciudadano ejemplar con un Audi carísimo, su mujer, una rubia estupenda, se la estaba pegando con otro. A la vista estaba que debía ser un tipo torpe e incapaz de velar por lo suyo. Nada que no pudiera pasarle a un rumano del barrio pobre de Bucarest.

Alina también lo había visto bajar del coche y lo observaba con disimulo. El hombre cruzó la carretera y se dispuso a atravesar la plaza con paso decidido.

La cuñada de Nicula inició un movimiento de acercamiento hacia él, pero su hermana le hizo un gesto negativo, casi imperceptible, que le hizo desistir. Ambas lo siguieron a una

distancia prudente, hasta que el hombre se montó en un coche familiar, un viejo monovolumen Zafira de color azul marino.

Para cuando el Zafirase puso en movimiento, Nicula, experto en recoger a las mujeres ensituaciones más complicadas, ya estaba allí con el motor en marcha.

—¿Has llegado a escuchar el nombre del tipo? —preguntó Nicula nada más sentarse su mujer.

—Más o menos —respondió ella sonriendo.

La mujer introdujo su mano entre los pliegues de la camisa y sacó una abultada cartera de tapas negras, que abrió por la mitad, mostrando el DNI del desconocido. Alina rompió a reír a carcajadas, ante el desconcierto de Nicula, que no se esperaba algo así.

—No sé si a Nebunle va a hacer mucha gracia que nos hayamos acercado tanto. —dijo el hombre.

—Déjame la cartera —pidió Alina, mientras Nicula se esforzaba por no perder el Zafira azul, que iba ganando velocidad para entrar en la autopista.

Alina extrajo el DNI y lo fotografió por las dos caras con su teléfono móvil, lo mismo que el permiso de conducir y las fotografías que había en la cartera. Abrió la billetera y extrajo los dos billetes de cincuenta euros que tenía dentro, volvió a guardar todo en la cartera, excepto el dinero, y se la devolvió a su hermana.

—Cuando lleguemos a su casa, buscamos un buzón de Correos y echamos la cartera dentro —propuso—. Cuando la encuentren, se la echarán en su buzón y él, Juan Pedro —matizó leyendo el nombre en la fotografía que mostró en la pantalla de su teléfono—, seguramente creará haberla perdido en Eibar.

—¿Cómo sabes tú eso? —preguntó su hermana.

—Porque escuché como unertzainase lo decía a una mujer que había ido a poner una denuncia, mientras me estaban identificando a mí en la comisaría de Rentería por pedir firmas en la calle. ¿Te acuerdas Tabita?

Su hermana asintió con decisión. No hacía ni un mes de aquello.

—¿Y el dinero? —le recriminó Nicula temeroso de que se acabara sabiendo que le habían robado.

—Igual te crees que si uno de estos —dijo Alina haciendo un amplio ademán con la

mano y poniendo gesto despectivo—se encontrara una cartera con dinero, la iba a devolver sin vaciarla. Además, no es solo cosa mía, el policía también se lo dijo aaquellaseñora.

24. ¿Quién me ha hecho esto?

Verano de 2010

—¿Crees en la reencarnación?

El calor de un julio incipiente se filtraba a través de la persiana bajada de la habitación. Un grupo de niños jugaba cuatro pisos más abajo, en el patio embaldosado que hacía las veces de plaza entre dos edificios de ocho alturas, gritándose y corriendo por los austeros soportales del bloque de los padres de Irene, construido, como tantos otros, en la postguerra. Sus voces llegaban mezcladas con los broncos motores de camiones de reparto anónimos que alternaban sus jadeos al subir la cuesta con el trompeteo agudo de los ciclomotores al pasar bajo la ventana. Unos metros más allá, el puente colgante volaba entre las dos orillas de la ría de Bilbao. Desde la ventana de la habitación casi se podían escuchar los crujidos de sus cables al tensarse.

La pregunta de Aitor quedó en suspenso un instante. Ambos estaban tendidos desnudos sobre la estrecha cama de la habitación desoltera de Irene. Acababan de hacer el amor. Él todavía sentía el corazón acelerado por el esfuerzo y algunas gotas de sudor perlaban su frente. Ella dijo en una ocasión que no podían hablar con serenidad hasta que no habían descargado toda la pasión contenida que ambos traían en cada uno de sus encuentros furtivos, y no le faltaba razón.

Irene ciñó con fuerza los musculosos brazos de él, cruzados alrededor de su cuerpo, apretándolos contra sus pechos desnudos y curvó la espalda contra su vientre, emitiendo un nuevo gemido de satisfacción al hacerlo, aunque de menor intensidad que unos segundos antes. Aitor cerró los ojos con fuerza y enterró su nariz entre su cabello, borracho de ella. Se sentía pleno, feliz.

Intentaba evitarlo más en aquellos momentos, pero cada vez que la veía tenía la sensación de que sería la última. La idea volvió a atormentarle. Nunca se lo había dicho, no quería dar lugar a que sus temores se vieran confirmados, pero desde que comenzaron a verse tuvo el oscuro presentimiento de que lo suyo no tenía futuro. Por lo general tendía a ser optimista, pero en aquellas circunstancias, una semilla fatalista anidó en su conciencia, probablemente el mismo día que se dieron el primer beso bajo los cerezos recién florecidos, hacía tan solo unos meses y había ido creciendo desde entonces.

—¿Por qué me preguntas eso? —respondió ella casi en un susurro, como si no quisiera salir del dulce abandono en el que se había sumido, acurrucada en sus brazos.

Aitor aun dudaba si debía separarse de su mujer y embarcarse definitivamente en una nueva vida con Irene. Aunque era indudable que la relación con su marido estaba completamente deteriorada y había afirmado en más de una ocasión que la decisión de dejarlo ya estaba tomada. Apesar de que no le cabía ninguna duda de que la quería y que cada vez que se encontraban surgía magia entre los dos, había algunas cosas que no acababan de encajar completamente. Ella decía que quería tomarse un tiempo sola una vez que se hubiera separado de su marido y eso no encajaba con sus expectativas. Aitor entendía que la separación de su mujer sería menos dolorosa si tenía la certeza de que Irene le estaría esperando para iniciar una nueva vida con ella. No comprendía que ella no pensara lo mismo que él. ¿Por qué pasar solos el trago de la separación, si podían consolarse el uno al otro?

—Me hubiera gustado conocerte antes, compartir contigo tantas cosas... quizás en una vida próxima podamos hacer todo lo que no hemos podido hacer en esta.

Ella se giró en la cama y suspiró.

—Si la reencarnación existiera, no recordaríamos nada de esta vida en la próxima. De hecho: ¿Quién te dice que no nos conocíamos de una vida anterior? ¿Y si estamos condenados a cometer siempre los mismos errores, una vida tras otra? Da igual si te mueres y no te reencarnas o si te reencarnas y no recuerdas nada. Quizás ya lo hemos intentado antes y también lo hemos dejado para una vida posterior...

—También es verdad —admitió Aitor con una sonrisa triste.

—Además, si estamos así es porque nos hemos conocido ahora, con esta edad y estas circunstancias. Hace unos años, puede que no me hubieras hecho ni caso.

—Qué tontería...

—O puede que fuera yo quien no te hubiera hecho caso a ti; los hombres ganáis mucho con la edad y tú estás más guapo ahora que en las fotos que me has enseñado.

—No sé si darte las gracias o un par de azotes —dijo Aitor dándole una suave palmada en el trasero desnudo.

Ella apartó su mano con delicadeza y se incorporó en la cama, se giró hacia él y, sujetándole la cara con las dos manos, le dio un largo beso en la boca. Cuando se apartó de él, el policía creyó ver algo en su mirada; tristeza quizás.

—¿Ocurre algo? —preguntó extrañado.

—No sé si es el mejor momento, pero tenemos que hablar.

Aitor se sentó en la cama, incorporándose despacio, como si temiera romper algo.

—¿He dicho algo que te haya molestado?

—No, no, qué va. Eres un encanto. Eres fuerte, seguro de ti mismo... vas a ser un jefe excepcional. Además eres dulce, sabes hacerme reír... cuando estoy contigo soy feliz.

—Y además lo pasamos bien en la cama —añadió él con una sonrisa pícaro.

Irene rio al verle la cara.

—¿Ves? Ya me has hecho reír. Pero es más que eso: eres el mejor amante que he conocido. Nadie me ha hecho sentir lo que siento contigo. El sexo contigo es... ¡Uff! Increíble.

—Gracias —dijo él en un susurro. Pero cuando se acercó para besarla, ella le apartó con suavidad—. No lo entiendo ¿Qué pasa? —dijo, sin dejar de susurrar.

Irene volvió a ponerse seria, cerró con fuerza los ojos y, cuando los abrió, le miró con expresión de angustia.

—Quiero dejarlo, Aitor.

Aitor la miró con incredulidad. Los niños que jugaban en la plaza estallaron en una algarabía, acrecentada por la reverberación en los soportales del edificio. El hombre se sintió desnudo por primera vez desde que conoció a Irene.

—Pero, ¿Qué he hecho? —insistió incrédulo.

—Creo que no ha sido buena idea que hayamos venido aquí hoy.

—Espera, espera. Es que no lo entiendo. Acabas de decirme... ¡si hace un momento todo parecía perfecto!

—Eres ideal, es cierto.

—¿No me quieres? ¿Has dejado de quererme?

Ella apartó la mirada.

—Irene, yo te sigo queriendo —insistió Aitor con voz queda.

—Y yo también —dijo ella.

Aitor acarició la cara de la mujer, húmeda por las lágrimas que habían comenzado a resbalar por sus mejillas, y la atrajo hacia sí, obligándola a mirarle.

—Tendrás que explicármelo mejor, porque no lo entiendo.

—Hay otra persona —dijo ella, separándolo nuevamente, con mirada suplicante.

Él se apartó como si le hubiera dado una bofetada.

—Es mentira —rechazó, soltándola y poniéndose serio—. Si quieres poner una excusa para que me aparte de ti, busca otra, porque eso que acabas de decir es absurdo.

Ella guardó silencio pero aquella mirada que Aitor había llegado a conocer tan bien, de alguna manera, confirmó sus palabras.

—Pero... ¿Cómo? ¡Si me acabas de decir que me quieres! ¡Cómo va a haber otra persona!

La cara de Irene reflejaba un inmenso sentimiento de culpa. Extendió su mano y con dedos temblorosos le acarició la barbilla.

—Es absurdo, lo sé, y lo siento —gimoteó—. No sé cómo ha pasado.

—Pero, ¿quién? ¡No lo entiendo!

—Lo siento —repitió con los ojos arrasados de lágrimas.

Aitor se irguió, retrocediendo horrorizado. Contempló, durante unos segundos que parecieron una eternidad, a la mujer desnuda y temblorosa, que se disculpaba entre sollozos ante él y, aunque supo que debía odiarla; aunque algo tiraba de él gritándole que debía levantarse, vestirse y marcharse dando un portazo para no volver a verla jamás, dejó pasar la oportunidad y se quedó allí, con ella, la abrazó con fuerza y le pidió que dejara de llorar. La quería demasiado como para dejarla, incluso en aquellas circunstancias.

—De acuerdo, mi niña; está bien—su voz sonó extrañamente segura.

Ella, confusa, acabó buscando su boca y le besó con pasión; provocándole una explosión de sentimientos encontrados que a duras penas pudo controlar. Su piel estaba tan caliente como si tuviera fiebre, temblaba y se pegaba a él como si fuera la única persona en el mundo que pudiera entenderla y consolarla. A Aitor, sin embargo, una sola idea le latía en la cabeza, aguda como un clavo: «¿Quién me ha hecho esto?»

25. Nebun

El pie derecho apoyado sobre el pretil, las solapas del Barbour encerado levantadas para protegerse de la lluvia, fina y racheada, y fumando con parsimonia, Marcu dejaba vagar la mirada sobre las aguas teñidas de barro del río Oria. Un río estrecho, encajonado entre las laderas de dos valles, que además de turbio bajaba bravo, crecido por la lluvia y sembrado de remolinos espumeantes unos metros por debajo de donde se encontraba. La lluvia fina que le empapaba el pelo parecía no preocuparle demasiado.

Niculase acercó procurando no hacer ruido. Llevaba puesto un impermeable amarillado de talla más grande de lo que necesitaba y un visor de color rojo con las letras "NY" bordadas en amarillo sobre la frente.

—Cuando era joven solíamos ir al Siret a bañarnos. Mi abuelo tenía una huerta cerca del río y, mientras él andaba a sus cosas, nosotros nos divertíamos en el agua —dijo Nebun Marcu sin girarse siquiera—. ¿Conoces el Siret?

Niculase quitó la gorra y se rascó la cabeza con gesto nervioso. Aquel hombre era un demonio imposible de sorprender.

—El Siret, en Galati... —insistió Marcu girándose para mirarle con el pitillo entre los labios.

El otro se encogió de hombros y esbozó una tímida sonrisa que dejó al descubierto una fila irregular y sucia de dientes debajo del bigote.

—¡Es un río, hombre! —le recriminó con una sonrisa poco frecuente en él—. Es un afluente del Danubio que se junta con él en Galati. Por lo menos conocerás la ciudad de Galati, ¿o tampoco?

—No he estado nunca allí, pero he oído hablar de ella —respondió Nicula sintiendo exageradamente, arriba y abajo con su visera roja goteando agua.

—¿Llevas tabaco? Pero que no sea la mierda esa que compras en el chino...

Nicula extrajo el paquete de cigarrillos del chino y se lo mostró a medias, un poco temeroso de su reacción al descubrir que no había cambiado de marca.

—Toma, anda, fúmate uno de los míos.

El hombre cogió un cigarrillo con recelo y lo encendió con el mechero de Marcu. Cada vez estaba más amoscado con la amabilidad del otro. La experiencia le decía que era más peligroso cuando se le veía contento que cuando traía la cara de hacer negocios. Echó una mirada inquietahacia su furgoneta, estacionada junto a la puerta cerrada de un circuito de Karts al que habían ido en un par de ocasiones junto con unos amigos de Beasain, como si buscara apoyo en su mujer y su cuñada. Desde que trabajaba para Marcu habían quedado en varias ocasiones en aquel lugar. Era discreto, casi invisible desde la autovía, alejado de la población y justo al lado de la salida de la antigua carretera Nacional, un buen sitio para perderse hacia cualquier dirección. A Marcu parecía no importarle moverse algunos kilómetros para hacer negocios con él y a él le daba seguridad estar en terreno conocido.

—¿Qué me has traído?

El bigote de Nicula se curvó de medio lado cuando sonrió satisfecho. Introdujo una mano en el bolsillo interior del impermeable y sacó un bulto envuelto en una bolsa de plástico de supermercado que tendió a Nebun. Éste lanzó el cigarrillo al río y recogió el bulto que le tendían.

—Veamos qué hay aquí.

Hurgó en el interior de la bolsa y, tras echar una mirada al aparcamiento para comprobar que se encontraban solos, comenzó a sacar su contenido a la luz.

—¿Y este reloj?

Se trataba de un reloj de pulsera de caballero, aparentemente chapado en oro, de la marca Rolex. Lo sopesó en la palma de la mano.

—Desde luego, tiene peso.

Nicula sonrió halagado.

—Habrà que ver si es bueno...—añadió Marcu con un punto de mala leche que heló la sonrisa del otro y le hizo mirar con inquietud hacia el lugar donde tenía la furgoneta—. Vamos a hacer una cosa: en función de lo bien que me hayas hecho la tarea que te di, haré como que el reloj es bueno y te daré cien euros por él, precio de amigo. Por el resto del lote, teniendo en cuenta que una de las pulseras es una baratija y que el precio del oro ha bajado bastante...—Marcu sopesó la bolsa y el reloj, como si quisiera adivinar su peso real para tasar el precio que le iba a poner— Te doy cuatrocientos. Pero recuerda; a condición de que me traigas buena información.

Nicula se movió inquieto. Cuatrocientos euros eran, por lo menos, doscientos menos que lo que él había esperado ganar. Volvió a mirar hacia la furgoneta con aprensión mientras sacaba el teléfono móvil del bolsillo.

—¿Qué llevas ahí?

—Fotos. Te las paso por “blutus” a tu teléfono, para que las puedas ver mejor.

Cuando Marcu recibió las fotografías y las vio, no pudo evitar silbar con admiración.

—¡Le habéis hecho fotos a su documentación! —y tras un momento de vacilación exclamó— ¡Cómo se os ha ocurrido! ¿Y si se llega a dar cuenta de que le habíais robado la cartera?

—Fue pura suerte. Él se tropezó con Tabita al ir a salir del coche y su cartera prácticamente se cayó de la chaqueta.

—Así que se cayó sola...¿Y qué habéis hecho con ella?

—La metimos en un buzón de correos de su pueblo —explicó Nicula señalando la dirección del hombre en la fotografía del teléfono.

—¿Fuisteis hasta su casa?

—Casi. Cuando aparcó el coche tuvimos que continuar y, para cuando dimos la vuelta, ya había desaparecido. Pero estaba muy cerca de la calle que pone ahí. Seguro que vive en ese sitio.

Nicula dudó un instante antes de preguntar algo que le rondaba desde que le dio el encargo.

—¿Qué negocio tiene tu amigo con ese hombre que hemos seguido? —preguntó por fin.

El otro pareció sopesar la conveniencia de compartir con él aquella información.

—El hombre que nos hizo el encargo es un calzonazos y un cornudo; es débil, como lo son las buenas personas, pero le debo un favor y se lo estoy pagando. La mujer que iba en el coche con éste —dijo alzando el teléfono, para hacer referencia a la foto que le había pasado— está casada con mi amigo.

Nicula sintió con cara de estar dando el pésame. Su suposición había sido correcta, pero no era buena cosa aquella. Si aquel hombre no era capaz de retener a su esposa a su lado, quizás ella estaba haciendo lo que se merecía que le hiciera.

Marcu, por su parte, observó en silencio al hombre menudo y mal vestido que esperaba supago. A pesar de su aspecto y sus pocas luces, era un tipo eficaz. Se guardó la bolsa con las joyas en un bolsillo del Barbour y sacó un fajo de billetes de cincuenta euros, del que extrajo ocho que tendió a su interlocutor.

—Lo que te he prometido —le dijo con gesto serio.

Nicula cogió los billetes sin atreverse a reclamarle más, pero Marcu hizo algo inesperado: sacó otros dos billetes de cincuenta y se los tendió con una sonrisa.

—Esto por hacer bien tu trabajo. Entiéndelo como un premio.

—Gracias Marcu, lo que dicen de ti es mentira, eres un buen hombre —dijo, guardándose el dinero y retrocediendo hacia su furgoneta sin dejar de mirarle.

Marcu rió la última apreciación de Nicula. Sacó el paquete de tabaco y se lo lanzó al pecho.

—Acábatelos, que con los otros no me vas a durar lo suficiente para hacerme otro encargo.

—Gracias Marcu, gracias —insistió, retirándose hacia la furgoneta.

—¡Y dile a tu cuñada, esa de los ojos bonitos, que cuando se canse de andar por ahí en esa furgoneta tiñosa que tienes, que me llame, que yo la ayude para ella otro trabajo más rentable! —añadió alzando la voz para que ella le escuchara bien.

Nicula prefirió no preguntarle qué tipo de trabajo sería, aunque teniendo en cuenta los negocios en los que andaba metido, ya suponía qué ocupación rentable tendría pensada para una mujer joven como su cuñada. Arrancó su furgoneta y salió de la zona industrial, sintiéndose aliviado a medida que fue alejándose de Nebun.

Cuando el sonido del motor de la furgoneta quedó ahogado por la distancia, Nebun marcó el número de Andoni.

—Soy Marcu —dijo nada más escuchar que descolgaban—, tengo la información que me pediste.

La línea quedó en silencio.

—¿Andoni? ¿Estás ahí?

—Sí, te escucho Marcu —dijo con voz apagada.

El corazón de Andoni había dado un vuelco al ver quién le llamaba. Cuando sonó el teléfono se encontraba en casa, con su mujer, que estaba sentada a su lado con el ordenador portátil en el regazo mientras él veía un programa vespertino en la televisión. Un cuadro normal, casi idílico, si él no supiera que era pura fachada, una burda pámema destinada a simular normalidad donde nada era lo que parecía.

Andoni se levantó del sofá y, tras cruzar el piso de lado a lado, salió al balcón de la cocina para hablar con mayor libertad.

—Dime Marcu: ¿Qué has averiguado?

—Este hombre vive en Gipuzkoa, en Hondarribia. Lohese seguidocasi hasta su casa. Tengo una foto suya, de su mujer, sus hijos...

Andoni tragó saliva y guardó silencio. Notó que le temblaban las rodillas y que se le estaba agarrotando el cuello.

—¿Andoni? —Reclamó Marcu al no escuchar respuesta— Tengo intención de ir a ver dónde vive exactamente. Si quieres puedo tener una charla con él... y si quieres venir conmigo... ¿Estás ahí?

—No..., bueno sí. Espera, espera...—dudó— Intenta saber dónde vive, pero no hables con él.

—Si quieres no hablo...—dijo Marcu con ambigüedad.

—No, no. No te acerques demasiado a él. De momento, solo saber dónde vive.

—Podría...ya sabes.

Nuevo silencio. «Es débil» pensó Marcu.

—No, mejor no. Déjame pensar todo esto —pidió Andoni titubeante.

El hombre, acalorado y tembloroso, atemorizado incluso, colgó la llamada.

—A veces hay que hacer cosas y no esperar—murmuró Nebun mirando al teléfono con el semblante serio, como si Andoni pudiera escucharle aún— y quedarse ahí, lloriqueando como una mujer, a que todo ocurra mientras miras a otro lado. Necesitas ayuda, amigo mío.

26. Punta Galea

Miércoles 20 de octubre

Sorondocamina meditabunda por el sendero que bordea los acantilados. Sesenta metros más abajo el mar rompe con fuerza rítmica contra las rocas saturando el ambiente de salitre, que la brisa trae y deposita en sus labios. El bramido sordo de las olas batiendo la mole de arenisca y estallando en espuma resulta sobrecogedor incluso desde esa altura. Escoge una zona relativamente limpia de algas y brezo y se sienta sobre un pequeño desnivel de roca, a escasos centímetros del borde. Para ser octubre, la temperatura es buena; hace viento sur. Un par de gaviotas planean indolentes sobre el hueco del acantilado. A Sorondole encantan los días de viento sur. Lleva el pelo suelto y el viento parece acariciárselo. Cierra los ojos y, por un momento, se vacía de todo y deja que el rumor de las olas, el maridaje de viento y mar, le limpien las preocupaciones y la acunen.

Casi con pena por regresar a la realidad, extrae su cuaderno de notas del bolso y lea los apuntes que ha ido tomando en sus páginas durante los últimos días.

Hoy tenía la tarde libre, pero la alternativa de ocio que se le ofrecía; paseo, té y tertulia con las amigas, no le ha resultado en modo alguno atractiva. La última vez que las acompañó a una cafetería se pasaron la tarde hablando de rebajas, trapos y del colegio de sus hijos. Nunca ha sido especialmente amante de hacer compras, de la moda, los cambios de temporada y preocupaciones similares y hablar de hijos siempre acaba dejándole un regusto amargo, así que se sintió como una extraterrestre entre ellas. Respira hondo una vez más. Aquí se encuentran mucho mejor que encerrada entre las cuatro paredes de alguna pastelería cercana a un centro comercial. Además, este lugar le ayuda a pensar y lo estaba necesitando.

Durante el repaso se detiene en las anotaciones sobre el número de pinchazos que recibió el cuerpo del difunto, que ya desde el primer momento le sugirieron una reacción pasional y, mentalmente, le suma el intento de esconder el cadáver haciéndolo desaparecer en el canal; que apunta a un sentimiento de culpa por parte del autor, que con toda seguridad no tendría un desconocido que se hubiera peleado con él de una manera más o menos fortuita.

Egoi, dios vasco del viento sur, hace flamear las hojas, descubriendo parcialmente la fotografía de la embocadura del canal del Puntal, que conserva entre los folios del cuaderno. Un detalle de la imagen atrae su atención: "3 nudos, 3 Korapilo" se lee en el cartel que limita la velocidad máxima a la que pueden navegar las embarcaciones en el acceso y la dársena del pequeño puerto deportivo al que se entra por el Puntal,

aprovechando el rótulo el número tres para ambos idiomas, euskera y castellano. Una fotografía que encierra una coincidencia caprichosa, ya que en ella se aprecia que el letrero estaba situado justo sobre la vertical del cadáver de Juan Pedro, tendido con la mano estirada, como si lo señalara, quizás también haciendo mención a esos tres nudos que le recuerdan a él mismo, a Irene y Aitor. Un triángulo con nudos virtuales en sus vértices, que se asemeja al que tiene dibujado en otra de las hojas: Juan Pedro y Nathalie, su mujer, Irene y su marido, Aitor... la investigadora se pasa los dedos entre los rizos de la sien. Reflexiona que, al fin y al cabo, apenas sabe nada de Aitor. ¿Está casado? Chasquea la lengua con disgusto. Carlos ha llevado las cosas de una forma errática y ha dejado muchos cabos sueltos que ella va a tener que atar si quiere llegar a algún lado.

Su teléfono suena en el interior del bolso y Sorondo maldice por lo bajo. Tenía la esperanza de que no hubiera cobertura en esa zona. Hurga entre el contenido y extrae eso que Carlos, con mofa, llama "el ladrillo". Es Iñaki, de la oficina; la pantalla lo delata.

—¿Sorondo? —la voz de Iñaki suena especialmente alegre cuando ella descuelga.

—Dime *potxolo*, ¿qué tienes para mí? —responde ella, comenzando a caminar, como suele cuando habla por teléfono, de un lado a otro por el sendero de arena.

—Supongo que habrás escuchado la comparecencia del Consejero de Interior del Gobierno Vasco en la radio. Dice que estamos avanzando en la investigación sobre el asesinato del ertzaina en Hondarribia. ¿Tú sabías algo de eso?

—No —suspira—. Está intentando ganar tiempo. Mierda.

—Pues estás de suerte, porque tengo a un tipo en la comisaría de Durango que dice tener información sobre el asesino de Juan Pedro. ¿Qué te parece?

—¡Coño! —exclama ella deteniéndose—. ¿Es fiable? ¿Has llegado a hablar con él?

—Solo por teléfono. Han contactado con nosotros desde la propia comisaría cuando el hombre se ha arrimado por allí para darles la información. Han tenido el buen tino de llamarnos y de pasarme con él.

—Han andado vivos. Bien por los compañeros de Bilbao.

Mientras habla, Sorondo repara en un punto brillante entre la maleza, cerca del borde del acantilado.

—Y no sabes lo mejor.

—No, pero estoy segura de que me lo vas a contar —le dice mientras se agacha e

introduce con cuidado la mano en una mata de argoma, procurando pincharse lo menos posible, para recoger el objeto brillante.

—No adivinarías ni en cien años de quién se trata...

—¡A ver Iñaki, suéltalo ya, que no tengo el coño para ruidos!—exclamaalteradaincorporándose a medias tras pincharse en un dedo.

El policía, ajeno a la herida del dedo,suelta una risotada ante la ocurrencia deSorondo.

—Es el marido de Irene, ya sabes...

—Nuestra Irene.

—Esa misma.

La mujer se chupa la puntita de sangre que le brota del dedo y mira con resentimiento hacia el objeto brillante.

—¿Te ha adelantado algo por teléfono?

—No, solo eso. Ha pedido hablar con la persona que lleva la investigación y después se ha cerrado en banda.

—¿Ha dicho él que era el marido de Irene?

—No, tampoco, ni eso. Lo he sacado yo de nuestra base de datos a partir de su filiación. ¿Estás muy lejos de Bilbao? Porque le he dicho que espere un minuto para intentar localizarte y quedar con él en función de cuándo podamos.Déjame adivinar: estás comiéndote un cruasán con las amigas en... en alguna terraza.

Sorondose vuelve a chupar el dedo, sintiendo el sabor metálico de la sangre en la boca.

—¡Menudo poli estás hecho! No has dado ninguna. A ver, si el tráfico lo permite, creo que podría estar allí en unos quince minutos. Voy yendo a la comisaría, así que pídele que no se mueva de allí. Si ves que pone pegas, cógele todos los datos que esté dispuesto a darte y ya lo localizaremos más tarde; pero procura que no se mueva de allí. Estas cosas es mejor cogerlas en caliente, no vaya a ser que se arrepienta y se eche para atrás.

—Entonces, ¿no estabas comiendo algo?

—Ponte a trabajar, anda —y cuelgalejándole con la palabra en la boca.

Antes de recoger el bolso, Sorondose agacha y vuelve a meter la mano entre las espinas, con mucho cuidado, hasta que consigue sujetar el objeto brillante con dos dedos y sacarlo a la luz. Es metálico, dorado, con forma de cilindro, hueco por un lado y cerrado por el otro. Lo identifica con facilidad como un casquillo de latón de calibre nueve milímetros, la misma munición que utilizan los cuerpos de policía e idéntica a la que lleva su arma almacenada al tresbolillo dentro de su cargador. Está percutido, recubierto de pátina cobriza oscura y presenta manchas de cardenillo verdoso; es evidente que lleva tiempo a la intemperie. Aun en cuclillas, la policía recorre con la mirada el borde del acantilado como si lo viera por primera vez esa tarde. Hacia la derecha la playa de La Salvaje, hacia la izquierda el abra del puerto de Bilbao, con la costa perdiéndose en la bruma y los cinco aerogeneradores de Punta Lucero girando lentamente, a sus pies el intenso oleaje haciendo retumbar el suelo. Durante un segundo algo vela su mirada, haciéndole parpadear mientras se incorpora.

Vuelve a observar con incredulidad el pequeño objeto metálico posado en la palma de su mano y lo entierra entre sus dedos. Duda si arrojarlo al mar, ese mar que todo se lo lleva y rara vez lo devuelve, incluso amaga con hacerlo, pero inexplicablemente, medio aturdida por el hallazgo, acaba guardándolo en el fondo del bolso. ¿Cuántas probabilidades hay de que el sol se cuele a través del matorral e ilumine un trocito de metal escondido justo cuando está mirándola persona que lo debe encontrar? Tal y como estaba, pudiera ser que solo le llegara la luz en el ángulo correcto durante unas horas y uno o dos días al año.

La agente regresapensativa sobre sus pasos en dirección hacia su vehículo, que la espera no muy lejos de allí, estacionado en una cuneta. Tras ella queda el acantilado y las olas, que un grupo de surfistas acaban de colonizar. Procura olvidar el reciente descubrimiento y centrarse en el presente. Con esfuerzo recupera la otra cuestión que aletea en su cabeza: ¿Qué información habrá venido a traer el marido de Irene?

27. Confesiones

Miércoles 20

En el barrio de Deusto está ubicada la comisaría principal de la Ertzaintza de Bilbao. Por fuera es un edificio anodino, gris, de varias plantas de altura y unos cuantos sótanos de profundidad. Como muchos de los edificios de la Policía Vasca, podría decirse que es hueco en el interior; “espacio diáfano” lo llaman los arquitectos. Toda una concesión a la modernidad. Pero salta a la vista que no es excesivamente práctica. Aun teniendo un volumen enorme, no puede aprovecharse para ampliar las dependencias policiales y no es precisamente barato de mantener. Está completamente revestida de contrachapado de madera que se deteriora con rapidez y contiene una gran cantidad de aire que hay que calentar en invierno y enfriar en verano. En cualquier caso, no deja de sorprender a quien la visita esporádicamente, con toda esa madera rubia ascendiendo casi en espiral hacia el infinito.

Las salas de declaración se encuentran en la planta baja, nada más superar las puertas metálicas del recibidor, en el que unertzaina uniformado recibe al visitante tras un grueso cristal blindado.

Cuando Sorondo abre la puerta de la sala de declaraciones, Andoni, el marido de Irene, le espera sentado de espaldas a la puerta, acompañado por unertzaina de paisano entrado en años. La sala de declaraciones es idéntica a todas las que ella conoce. Una mesa con un ordenador, dos sillas para los visitantes y una para el policía, una impresora, folios y una fotografía tamaño póster sobre algún motivo relajante colgada en la pared. Este último detalle, el contenido de los cuadros que cuelgan de las paredes, acostumbra a ser el único toque diferencial que permite individualizar, hasta cierto punto, unas salas de denuncia de otras.

—¿Andoni? —pregunta Sorondo, nada más entrar en la sala de declaraciones.

El hombre se gira e inicia el gesto de levantarse.

—¿Sí?

—No se preocupe, permanezca sentado —le disculpa, procurando sonreírle con amabilidad.

Él, a medio incorporarse, le tiende la mano con una sonrisa dubitativa.

—¿Usted...?

—Yo llevo la investigación—le confirma Sorondo estrechándosela.

Aunque el apretón es correcto, tiene la mano fría y algo húmeda. «Esta nervioso»
—piensa la agente de Homicidios.

—Andoni Lujua.

—Agente Sorondo —responde ella—¿Le he hecho esperar mucho tiempo?

—No importa. Está bien así —dice él, volviendo a sentarse.

—¿Le importaría dejarnos solos? —pregunta Sorondo al policía que había custodiado a Andoni hasta su llegada.

Cuando elertzainacierra la puerta, ella se desprende del bolso y la chaqueta, que deja colgados del respaldo de la silla y sesienta al otro lado de la mesa, frente al ordenador.

—Tengo entendido que usted se ha puesto en contacto con nosotros porque dice tener información que pudiera ser relevante para la resolución del caso del homicidio de nuestro compañero en Hondarribia. ¿Es así?

El hombre asiente, emitiendo un sonoro suspiro.

—Disculpe que sea tan directa pero, la primera pregunta que me ha venido a la cabeza cuando me han pedido que viniera a Deusto ha sido: ¿Por qué tendrá alguien de Bilbao información de un hecho ocurrido a cien kilómetros de aquí?

Andoni es un hombre tón que ronda los cuarenta. Viste pantalón azul oscuro, zapato negro, lustroso, camisa a rayas bien planchada, que lleva sin remangar, y corbata. Tiene la chaqueta cuidadosamente doblada sobre los muslos. Un par de cercos más oscuros en la camisa, bajo las axilas, vienen a confirmar la sensación de nerviosismo que ella ha creído percibir al entrar. Sorondo no puede evitar pensar en toda aquella pulcritud que le vendrá de la mano de su mujer, de Irene, o exclusivamente suya.

El hombre se pasa la mano sobre la calva y se aclara la garganta con un carraspeo. Está sentado tan erguido en la silla que no solo no toca el respaldo, sino que probablemente acabará con dolor de riñones.

—¿Quiere un vaso de agua? —pregunta Sorondo.

—No, gracias —rechaza él, volviendo a doblar la chaqueta para dejarla tal cual estaba antes—. Hará cosa de un par de meses —comienza a hablar, mientras ella aprende unas arrugas imaginarias, sin esperar a que la policía le pregunte de nuevo y sin mirarla mientras lo hace— comencé a sospechar que mi mujer se estaba viendo con otro.

—Continúe.

—Llevaba un tiempo rara, distante; se había apartado de mí casi sin que yo me diera cuenta. Le parecerá extraño, pero no le di importancia, la verdad. Tiene por costumbre encerrarse en sí misma después de las discusiones y no me habla durante un tiempo aunque lo normal es que, pasados unos días las cosas vuelvan a ser como siempre. Ya sabe: el matrimonio...

—Pero esta vez no fue así —ataja ella, animándole a continuar.

—No —confirma él, mirándole a los ojos por primera vez desde que ha llegado a la sala—. Esta vez la cosa no se solucionó sola.

El hombre permanece cabizbajo unos segundos antes de continuar.

—Mi mujer es compañera suya ¿Sabe?

Incluye la información sin que se la pregunten, así que Sorondo finge sorpresa pero guarda silencio, dándole pie a que siga hablando.

—A primeros de año se fue a Arkute a hacer un curso de jefe, un ascenso o algo así, y volvió cambiada.

—No es extraño que la asunción de nuevas responsabilidades afecten al carácter. No sería la primera vez que oigo hablar sobre un caso parecido —la disculpa la policía.

—No fue eso. Conoció a alguien allí.

—¿Por qué cree que conoció a alguien?

—En aquel momento no sospeché, pero más tarde, echando la vista atrás, me he dado cuenta de que el cambio se produjo mientras ella estaba allí. Las llamadas, los mensajes, su actitud...

—Bien —le corta Sorondo—, en cualquier caso, no creo que haya venido hasta nosotros para contarnos esto. ¿Me equivoco?

—No, claro. Es porque creo que la persona que conoció allí es ese policía que mataron hace una semana.

—Juan Pedro.

—Ese, sí—confirma Andoni sin poder evitar un gesto de repugnancia al recordar las iniciales en el teléfono de su mujer “JP”—. Descubrí su nombre entre los contactos de Irene.

—¿Irene?

—Mi mujer, su compañera de trabajo: Irene.

Sorondo anota con fingido interés el nombre de Irene en una hoja en blanco de su cuaderno, mientras mantiene el texto fuera de la vista de Andoni; pero también anota “su marido lo sabía todo” bajo el nombre de ella y lo subraya.

—Le pedí a un amigo que la siguiera después de sorprenderla con él.

Aquello era nuevo. La mujer se incorpora en la silla con interés renovado.

—¿Quiere decir que los vio juntos?

Él asiente sin despegar los labios.

—¿Irene o Juan Pedro llegaron a verle a usted?

—No, en ningún momento —asegura—. Los seguí por la autopista hasta Eibar y una vez allí yo fui capaz de continuar. No sé ni cómo se me ocurrió, pero el caso es que llamé a un amigo que trabaja en una empresa de seguridad para que lo hiciera por mí.

—Y su amigo se llama...

—No sé si debo decírselo.

—Yo lo haría; no olvide que aquel hombre al que mandó seguir ahora está muerto. Si me da la impresión de que me está ocultando algo, inmediatamente lo consideraré un sospechoso.

Andoni se revuelve incómodo en la silla.

—Marcu.

—Marcu...—le anima a seguir.

El hombre extrae un post-it verde del bolsillo interior de su chaqueta y se lo tiende a Sorondo con dos dedos, tras leer el apellido.

—Dorobanto, Marcu Dorobanto; lo tiene apuntado ahí.

—Lo traía preparado después de todo. ¿Sospecha que haya podido tener algo que ver en la muerte del ertzaina?

—No lo sé pero, por un lado, me contó algo sobre ello y, por otro...

Sorondo teclea el nombre del amigo de Andoni en el ordenador mientras escucha. Marcu Dorobanto, alias Remus Ciurat, ciudadano rumano, treinta y ocho años, con antecedentes por extorsión, coacciones, una pequeña estafa con la venta de un vehículo... La fotografía de la reseña apenas le dice nada; un hombre moreno de facciones duras, de aspecto militar y mirada desafiante. En la imagen aparece mal afeitado y con el pelo revuelto, pero es difícil salir con buena cara en una reseña policial, más si la foto la han hecho después de levantarte, justo antes de acudir al juzgado por la mañana.

—Tiene usted unas amistades bastante curiosas. ¿Qué le contó?

—Lo conocí por casualidad, en el trabajo. Le eché una mano hace tiempo y él siempre me lo ha agradecido.

—Haciéndole trabajos sucios...

—¡No, para nada!—protesta indignado.

—De acuerdo, continúe.

—Me aseguré que únicamente siguió al fallecido en un par de ocasiones. La primera vez localizó su domicilio y, según me dijo, le observó mientras salía a hacer footing.

—¿Recuerda el día y la hora en la que le siguió?—se mostró interesada Sorondo.

—Debió ser entre mediados y finales de septiembre, porque yo le pedí que los

vigilara hacia mediados de mes, recuerdo que era un viernes—concretade memoria, tras reflexionar un instante.

—¿Pudo ser el diecisiete? —pregunta la policía, consultando la agenda del teléfono.

—Puede ser. En cualquier caso, por lo que me contó, fue por la tarde, a eso de las seis.

—Ha comentado que le siguió en un par de ocasiones. ¿Y la segunda?

—El díaochode octubre.

—¿Elocho? —sesorprendeella, buscando la fecha en el teléfono solo para confirmar que prácticamente fue la víspera del homicidio.

—Lo sé con certeza porque esel fin de semanaanterior al lunesqueapareciómuerto, ni se molestó en buscarlo—dice levantando la mano con desgana—. Marcu me dijo que lo vio discutir con otro hombre elviernespor la noche en un pub de Donostia.En realidad debió ser la madrugada del sábado, un par de días antes de que lo encontraran en el agua.

—¿Qué más le ha contado sobre eso?

—La discusión debiódeser fuerte. Él dice que se les veía algo borrachos, sobre todo al difunto.Por lo visto faltó poco para que llegaran las manos, pero había más gente con ellos que evitó que se pegaran.

Sorondocomenzó a tomar notas en su cuaderno.

—¿Tiene usted forma de contactar con su amigo, con Marcu?Me gustaría hablar con él.

—Eso es lo que me ha llevado a contactar con ustedes. Después de saber lo que había ocurrido con Juan Pedro,telefoneé aMarcu para preguntarle si había vuelto a acercarse a él. Lo último que sabía fue que le había seguido mientras hacía footing, un par de semanas antes del asesinato, y dado que en las noticias dijeron que el fallecido estaba corriendo cuando lo mataron,me inquieté.Entre otras cosas porque además,Marcu ya había insinuado que no debía consentir que otro hombre tocara a mi mujer —Andoni cerró los ojos y se frotó las sienes, como si le doliera la cabeza—. Él piensa que soy un blando por consentir eso.Tenía miedo de que hubiera ido demasiado lejos.

—Continúe, por favor.

—No soy un blando ¿Sabe? Es que... todo esto es...

—No se preocupe, le entiendo perfectamente. Y no es un blando. Además, está actuando como debe—dice la policía para tranquilizarle—. ¿Qué más le dijo Marcu?

—Hablé con él el día trece o el catorce. Me contó lo que ya le he dicho y, posteriormente, aunque he intentado localizarle, no he podido volver a hablar con él. Su teléfono está siempre apagado o fuera de cobertura, por eso he venido. Creo que no le hizo gracia que dudara de él...de hecho tengo miedo de que haya podido tener algo que ver con la muerte de su compañero y que se le ocurra venir a buscarme; al fin y al cabo, soy el único que sabe que anduvo detrás de él.

—¿Ha comentado algo de todo esto con su mujer?

—Irene no sabe nada de esto. Me avergüenzo de haberla seguido y lamento profundamente haber metido a Marcu en esta historia. Me siento culpable por todo lo que ha pasado.

Sorondopiensa en lo paradójico que resulta ver cómo un hombre engañado puede sentir culpa y arrepentimiento en estas circunstancias, pero no dice nada. Quizás si en vez de culpa sintiera algo más cercano a la ira su mujer no lo habría dejado por otro. Nunca se sabe.

—Sí, otra cosa. Marcu dijo que el hombre que discutió con el policía muerto tenía una cicatriz en la cara o en el brazo.

—¿Cara o brazo?

—Intentó explicármelo, pero estaba algo excitado y solo sabía decírmelo en rumano. A veces decía cara y a veces brazo. No conseguí que me lo aclarara.

—Voy a tomarle declaración como imputado ¿Conoce a algún abogado al que quiera llamar para que esté presente o le pedimos uno de oficio?

Andoni cerró los ojos y alzó la cara hacia el techo, quedándose así durante unos segundos.

—Dios mío —murmuró—. Mire, haga lo que tenga que hacer—aceptó con un ligero temblor en la voz, tras recuperar la compostura—, pero no le cuente a mi mujer nada de esto, ¿de acuerdo?

28. Toca hacer balance

Jueves 21 de octubre

La declaración del marido de Irene aporta nueva luz sobre el caso al incluir un posible móvil para la persona que discutió con el fallecido la víspera y aleja al propio marido del foco de la sospecha. No es que el hombre haya proporcionado ninguna evidencia palpable, pero para Sorondoya ha sido una declaración lo suficientemente coherente como para que su importancia en el caso pase a un segundo plano.

Sorondoya vaga sin rumbo curioso cuando con despreocupación los escaparates iluminados de los comercios del casco antiguo de Bilbao. El ruido de sus tacones al golpear con el empedrado de la calle queda amortiguado por el bullicio de las Siete Calles, que a esas horas comienzan a llenarse de universitarios dispuestos a disfrutar de la noche del jueves. Ha llegado un poco pronto y camina para hacer tiempo hasta las ocho. No le gusta apurar demasiado la hora y encontrarse con que no puede aparcar.

Queda, por supuesto, despejar la incógnita de la participación del tal Marcu en el homicidio. Se trata de un sujeto violento, con antecedentes policiales, que proviene de una zona de Europa que no se distingue por ser especialmente observante con los derechos del prójimo, y no sería imposible de imaginar que hubiera sido el propio Marcu quien discutiera con Juan Pedro al verse sorprendido vigilándole. Es una línea de investigación que quedará abierta hasta poder aclararla con el propio sospechoso con la declaración de un hipotético testigo. De momento, aunque no existen pruebas como para solicitar una Orden de Detención contra él, Sorondoya se ha ocupado de alertar a la propia Ertzaintza y a otras policías del entorno para que, en caso de ser localizado, se le retenga para ser interrogado. Hay algo, sin embargo, que no cuadra demasiado en la declaración de Andoni respecto a lo que le dijo Marcu: ¿Por qué apareció acuchillado Juan Pedro el lunes de madrugada, si la discusión fue durante la madrugada del sábado? Son casi cuarenta y ocho horas y le parecen demasiadas de diferencia entre un hecho y el otro como para que tengan relación directa.

El otoño se hace patente en la temperatura, incluso en un día tan despejado como el de hoy. Algunas hojas se acumulan en las esquinas del empedrado, traídas por el viento, seguramente, de los cercanos plátanos del Arenal y del Parque Etxebarria. Una de esas concatenaciones de ideas hace que la memoria de Sorondo, inconscientemente, vuele de las hojas secas del parque a un episodio enterrado en su pasado y provoca que dirija la mirada hacia el barrio de Begoña, situado sobre las Siete Calles, donde mucho tiempo atrás vivió durante una temporada. Sacude la cabeza como si quisiera apartar de sí el recuerdo que intenta aflorar, se abrocha el abrigo de lana y se acomoda mejor el pañuelo al cuello, como si acabara de notar que ha empezado a refrescar al ponerse el sol.

Esta mañana, en cuanto se ha servido el primer té de la jornada, se ha puesto en contacto con Irene. No le ha dicho que ayer tomó declaración a su marido y cuenta con que él tampoco le haya dicho nada todavía. Ella es, con toda seguridad, la persona que más afectada se ha mostrado con el asesinato de Juan Pedro, y hoy lo ha vuelto a dejar ver cuando se le ha quebrado la voz por teléfono. Aunque la intención de Sorondo era tomarle una declaración formal, tal y como ya ha hecho con Andoni, su marido, ha optado por aprovechar que ella le ha comentado que tenía que hacer algún recado por Bilbao para quedar en el centro y hablar del tema.

Irene acude a la cita sin mucha convicción. Sabe que no le queda otro remedio y que la investigadora todavía tiene la deferencia de no citarle en dependencias policiales para tomarle una declaración formal; por lo que no puede más que mostrarse agradecida y acudir a hablar con ella.

Sorondoya le espera fumando en la puerta del pub en el que han quedado. A Irene no le cabe la menor duda de que esa mujer tiene una habilidad especial para su trabajo, incluso le da la sensación de que ya estaba mirando hacia la esquina que acaba de doblar desde antes de que lo hiciera y, por supuesto, ya le ha visto aparecer y le saluda con una sonrisa.

—Creo que tú y yo hemos empezado mal desde el principio, así que, si me lo permites —le dice Sorondo, que le extiende la mano con la palma hacia arriba en cuanto ha llegado a su altura—, me llamo Elixabette, pero te voy a confesar que odio mi nombre, así que te agradecería que me llamaras simplemente Eli. Sorondo tampoco está mal —añade—, es un poco impersonal, pero ya me he acostumbrado. Lo que tú prefieras.

Irene observa con suspicacia la mano tendida, pero no duda en estrecharla.

—De acuerdo: Eli. Gracias por confesarme tu nombre. No se lo contaré a nadie.

Ambas ríen la ocurrencia.

El local es un bar espacioso, con una barra de madera de estética antigua que fácilmente puede acoger a un regimiento. En un extremo de la barra arranca una escalera que asciende a una especie de balconada situada sobre los camareros; es lo más parecido a un reservado situado en un bar del casco viejo que Sorondo recuerda de sus años de universitaria. Hace tiempo que evita pasear por aquí.

—¿Qué quieres tomar? Invito yo —dice Sorondo arrimándose a la barra.

Irene duda un instante, se encoge de hombros y pide.

—Un chupito de Jack Daniels.

Sorondo sonríe sin enseñar los dientes. Piensa que es una extraña elección para una mujer más a esas horas, sin cenar siquiera.

—¿No prefieres algo más suave? ¿Una caña quizás?

—Creo que voy a necesitar algo fuerte.

—¿Juan Pedro también tomaba Jack Daniels?—deja caer la policía mientras reclama la atención de la camarera.

Ambas se observan en silencio un instante, midiéndose.

—No, Juan Pedro era más de pacharán—responde por fin Irene—. A mí no me van las bebidas tan dulces.

—Que sea un bourbon para las dos entonces. Coge una mesa en la parte de arriba, que ahora subo yo con las consumiciones.

Cuando Sorondo llega a la mesa con los dos vasos de chupito, comienza a hablar incluso antes de sentarse.

—Hace unos años comí con el que era lehendakari entonces, con Juan José Ibarretxe.

Irene se sonríe.

—Yo voté por Patxi López...

—Me parece bien. Yo, de hecho, hace años que me abstengo en todas las elecciones. Eso me deja margen para criticarlos a todos por igual.

Sorondo finaliza la frase con una sonrisa cordial e Irene la imita, asintiendo con complicidad.

—El caso es que, fue una comida después de un trabajo del grupo, estábamos en Vitoria y este hombre quiso felicitarnos. Terminado el postre, el Lehendakari comentó, al pedir un chupito, como tú, que un chupito tiene que dar para una hora de tertulia, y es lo que te voy a pedir a ti: que hablemos durante una hora.

Irene asiente, intrigada, y le da el primer sorbo al chupito, calculando que tendrá que beberse despacio.

—Yo intenté ser escolta ¿Sabes? —Eli no espera a la respuesta de Irene—, pero las mujeres no podíamos ser Berrocis. Aquí siempre ha habido un doble rasero—ahora Irene asiente con firmeza—. Algo se mueve últimamente a favor de nosotras, pero todavía nos queda mucho por avanzar, ¿No crees?

—A mí me lo vas a contar.

Sorondo eleva su dedal de cristal hacia el centro de la mesa y su compañera le imita, haciendo chocar los vasitos con un guiño.

—Por nosotras.

—Entiendo que Carlos no va a venir...

—No, al final no era gripe. Lo que sea que tiene cogido el pecho y no puede ni moverse de la cama. Lleva ya varios días de baja. En cualquier caso, lo prefiero así: quería hablar contigo a solas.

Irene asiente en silencio y se recuesta en el respaldo. Eli observa con satisfacción que parece haber conseguido el acercamiento que pretendía.

—Tú dirás...

—Hace años —comienza Sorondo, apoyándose en la mesita— conocí a una mujer. Pelirroja, ojos azules, algo más joven que tú, pero bueno, no mucho más. Estaba casada desde hacía años con un hombre bueno, amigo de la infancia, que intentó entrar en la Ertzaintza, como ella, pero no consiguió superar las pruebas de acceso —Sorondo habla con los ojos entrecerrados, como si efectivamente estuviera recordando todo aquello—. El caso es que, un buen día ella conoció a un compañero de trabajo. No te creas que era un yogurcín cachitas de esos, o algo así: no. Era un tipo simpático, alegre, diferente... a su hombre. Ella no había sido consciente hasta entonces de la cantidad de cosas que estaba echando de menos en su vida. El compañero estaba casado y tenía familia, ella no— Sorondo hace una pausa, bebe un sorbo del chupito y mira con atención a Irene, que le imita y no dice nada.

—El caso es que, aunque suene cursi, se enamoraron. De hecho, se enamoraron apasionadamente.

Sorondo se queda en silencio y comienza a hacer dibujos con el cerco de agua que ha dejado el chupito en la mesa. Tiene las uñas sin pintar, cortas, pero bien cuidadas, en unos dedos largos y delgados. El único anillo que luce es una baratija de plata a juego con la pulsera que lleva en la muñeca. Levanta la mirada hacia su interlocutora una vez más.

—Las mujeres no sabemos irnos a la cama sin más ¿Verdad?, tenemos la puñetera manía de enamorarnos primero.

—En eso los hombres nos llevan ventaja.

—Quizás —dice Eli frunciendo los labios—, el caso es que, tanta fue la pasión, que ella se quedó embarazada.

—¡Uff!—acierta a decir Irene, embebida en la historia.

—Sí, uff —le replica Sorondo con una sonrisa triste.

—¿Qué pasó?

—Ella guardó el secreto. Rompió con aquel hombre, con su amante y compañero, y no lo volvió a ver.

Irene se muerde el labio con cara de angustia.

—Después se fue donde su marido, el hombre tón bueno, y le dijo que había sido un placer, pero que la cosa ya no funcionaba, que había comprendido que tenía que marcharse, dejarlo... y lo dejó.

—¡Joder!

—¿Te parece muy drástico?

—No lo sé—Irene hace un gesto ambiguo con las manos y se encoge de hombros—.A veces, la vida te pone en situaciones extrañas. La mujer eras tú ¿verdad?

Sorondoda otro sorbo antes de contestar.

—No era difícil de adivinar, te lo he puesto fácil.

—Y esto me lo cuentas porque...

—Me equivoqué. Entonces lo hice por él, por no destrozar su vida. Me sentí como una intrusa, una ladrona que se había metido en casa ajena. No podía quitarme de la cabeza a sus hijos, demasiado pequeños, a los que él estaba dispuesto a dejar por mí. A ellos los imaginaba echando de menos a su padre y a él conmigo, y me sentía

terriblemente culpable.

Irene cierra los ojos y los aprieta, como si un dolor insoportable le estuviera corroyendo las entrañas. Cuando vuelve a abrirlos se ha borrado todo atisbo de alegría de su cara.

—Si le hubiera dicho que estaba embarazada de él—continúa Sorondo—sé que se habría venido a vivir conmigo, sin dudarlo. Ya le quedaban pocas dudas de lo que quería hacer para entonces—Sorondo apura el chupito de un trago—, pero no podía ser.

—No nos va a dar para una hora de tertulia, después de todo—dice Irene señalando el vaso vacío— y todavía no me has contestado. ¿Qué quieres de mí?

—¿Por qué no me cuentas tu versión de toda esta historia? Ya sabes, Juan Pedro, Aitor... tú.

Irene suspira, da otro sorbo a su consumición y levanta la mirada hacia Sorondo.

—El que tomaba Jack Daniels era Aitor, no Juanpe —aclara Irene alzando el vaso y simulando un brindis.

—Un tipo curioso Aitor. Diferente ¿no crees?

—¿No vas a preguntarme por Juan Pedro?

—¿Crees que lo pudo matar Aitor?

—Aitor se hubiera dejado matar por él. Se conocían desde niños. Solían contar que jugaban a los piratas en el borde del canal donde apareció Juanpe...

El silencio tras la frase es tan denso que duele. Irene sacude la cabeza, negando con los ojos cerrados.

—Te aseguro que es imposible. No me lo creo.

—Lo dices porque... —Sorondo hace un gesto vago.

—¿Intuición? —responde Irene con disgusto.

—Intuición. ¿No tienes algo más sólido que eso? —sonríe Sorondo sin irritarse lo más mínimo—. Mira, te voy a contar algo que he leído hace unos días, pasó en Bélgica

hace un tiempo y se juzga ahora. Dos mujeres, madre adoptiva e hija acogida, compartían la pasión por el paracaidismo... por el paracaidismo y por el monitor que las instruía. La madre estaba casada con un joyero de Amberes, no te vayas a pensar que estaban desatendidas, en ninguno de los sentidos. El caso es que, lajovende las dos, la hija,se enteró de que el monitor alternaba los “saltos” entre su madre de acogida y ella, y no lo pudo soportar. Manipuló el paracaídas del monitor, que hizo su última exhibición en un salto conjunto con ambas que, por cierto, quedó grabado en la cámara del fallido Don Juan. Los celos son un argumento poderoso para cometer una barbaridad.

Irene tamborilea un instante con las yemas de los dedos antes de contestar.

—En julio, cuando le dije a Aitor lo de Juanpe...

—Sigue, te escucho.

—Acabábamos de hacer el amor. Él siempre es...fantástico.

—Vaya.

—Bueno, eso también; pero me refiero a que es muy tierno y atento.Aitor es un encanto. Siempre. Y no podía hacerlo, no podía herirlo de esa manera, me faltaban las fuerzas y nunca parecía buen momento para cortar con aquello; pero lo hice.Le dije que estaba saliendo con otro hombre.Al principio, aunque insistió,me negué a darle un nombre. Solo le hice saber que había alguien más y que lo nuestro se había acabado. Pero creo que no soné creíble.No, no fui convincente y él notó que no era sincera, que seguía queriéndole; así que tuve que decírselo, lo de Juanpe.Creo que fue un intento de apartarlo de un empujón, ya que de otra forma no era capaz.

—¿Cómo reaccionó?

—A eso me refiero, reaccionó...con ternura. Fue él quien me consoló a mí, cuando tenía que haber sido al revés. Yo me derrumbé y él permaneció sereno. En ningún momento vi ira en su mirada, ni siquiera cuando supo que la otra persona era Juanpe. Su reacción fue sorpresa,incredulidad, de resignación, dolor...se sintió traicionado, lo sé;perono mostróni un atisbo de rabia. Es muy fuerte, mucho más que yo. Y no me refiero a fortaleza física...

—Sí, te entiendo. Ya he comprobado que tiene mucho empaque.

—Es fuerte, duro.

—¿Y Juan Pedro? ¿Llegó a saber que habías estado con Aitor?

—Le dije que había estado con él, pero nunca llegué a contárselo todo. El único que

conoce la historia completa es Aitor.

—Hablas de Aitor en presente ¿Seguiste viéndote con él después de contarle lo de Juan Pedro?

—Seguía queriéndole. Él me llamaba...y yo quería estar con él. No podía resistirme.

—A espaldas de Juan Pedro.

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé. De verdad —se encoge de hombros y agacha la mirada—. No lo puedo explicar. Con Aitor es más sencillo hablar de ciertas cosas. Hace que las cosas parezcan fáciles.

—¿Te daba miedo?

—¿Juanpe? —Irene niega con la cabeza, descartando la idea—. Juanpe me daba seguridad. Era un tipo fuerte, uno de esos que parecen tenerlo todo controlado. Quizás fuera eso lo que me atrajo de él. Aitor no se decidía, tenía dudas, su hija era muy importante para él y yo me estaba derrumbando día a día. Juanpe...—suspira—Juanpe llegó y me ofreció justo lo que yo necesitaba en aquel momento: un refugio. Seguridad. Pero no se tomó aquello igual que Aitor y ahí me sorprendió un poco. Se enfureció al saber que hasta hacía unas semanas había estado con él. Me dio un ultimátum: si no acababa definitivamente con Aitor, él desaparecería para no volver. La elección era mía. Le respondí que lo haría, que me quedaba con él y que renunciaba a Aitor.

—Pero no era cierto.

—Es que, ya sé que es difícil de entender—confirma Irene asintiendo—, pero todavía le quiero y, por supuesto, oculté a Juanpe que todavía me veía con Aitor. Aitor tiene... cosas que Juanpe no tenía.

Sorondo observa el fondo de su vaso de chupito, como si las respuestas que estaba buscando estuvieran escondidas allí.

—Un tipo comprensivo y un posesivo...—dice como toda respuesta.

—¿Piensas que me equivoqué al no quedarme con Aitor, no es eso?

—No, no he dicho eso. Yo sí me equivoqué al no quedarme con el padre de mi hijo, en este caso eres tú la que tiene que decidir sobre tu problema particular, pero ten en cuenta que, al final, lo que importa en tu vida eres tú misma. Las cosas suceden de todas maneras y no tienes por qué llevarte tú la peor parte. Sé más lista de lo que fui yo—. Eli guarda silencio un instante, como pensando la siguiente pregunta —¿Y tu marido, dónde queda en todo este embrollo?—le dice.

—En realidad está fuera de la ecuación. Hace meses que estamos virtualmente separados. Compartimos piso y no hemos llegado a hablar sobre ello, pero hace tiempo que no hay nada entre nosotros.

—Deberías hablar con él.

—Estoy reuniendo fuerzas para hacerlo, pero la situación no ayuda demasiado.

—Quizás, precisamente por la situación, deberías hacerlo cuanto antes.

—Oye, Aitor no ha tenido nada que ver con la muerte de Juanpe —dice Irene, regresando al origen de la conversación y obviando la mención a su marido, que parece molestarle—. Llámale, dile que hemos estado hablando y que te cuente lo que te tenga que contar, que no será más que lo que yo te he dicho. Si no os he revelado nada hasta ahora ha sido por fidelidad a mí.

Eli asiente y, aunque piensa que el pago de Irene por la fidelidad de Aitor ha sido bastante pobre e injusto, se lo guarda y lo archiva en el apartado “injusticias, absurdos y estupideces humanas” de su memoria policial.

29.- Inspectora Sorondo

Viernes 22 de octubre

Hace un frío intenso. Las rachas de viento azotan la cornisa arrastrando gotas de agua que se clavan como alfileres a través de los pantalones empapados. La mar ruge tras el hombre, invisible en la oscuridad de la noche, muchos metros abajo. Las luces de varios mercantes que intentan llegar al abrigo del puerto de Bilbao recortan intermitentemente la silueta desafiante que le señala desde el borde del abismo.

Él legrita, superando con dificultad el ulular del viento, que acalla incluso el trueno de las olas, pero Eli no puede entender lo que dice. Sabe que se está mofando de ella, que se ríe de su dolor; sus ojos son dos puntos brillantes, como dos ascuas avivadas por el temporal.

Ella avanza tambaleándose contra el viento, cegada por las lágrimas y tropezando con la argoma. El hombre es un demonio que le insulta.

—¿Por qué lo has hecho? —solloza ella, sujetándose el vientre con las manos, encorvada por un dolor que es más que físico.

Un chirrido desagradable la sobresalta, haciéndole incorporarse en la cama con los ojos abiertos y el corazón en la boca. Todavía está oscuro y el único ruido que se escucha es el lejano zumbido del motor del frigorífico. Un perro ladra en la calle, a lo lejos, reverberando en la noche vacía. Vuelve el chirrido, que ahora es más bien un zumbido amplificado por el hueco del cajón de la mesilla, que hace de caja de resonancia. El teléfono móvil baila, rítmico y machacón, junto a la almohada, iluminado por su propia pantalla.

Eli se frota los ojos y aparta el pelo de la cara con desgana. Son poco más de las cinco de la mañana. Estira el brazo y con un gesto del pulgar descuelga con desagrado.

—Iñaki, espero que sea algo importante.

* * *

—*En la rotonda, coja la primera salida*—dice la voz aterciopelada de mujer.

—Iñaki, te he dicho que conozco el camino.

Sorondo conduce el coche de paisano, mientras su compañero consulta el GPS en su teléfono móvil.

—Bendito invento —dice Iñaki sin prestarle atención.

—Cuéntame otra vez cómo lo han encontrado y apaga ese cacharro.

—Los de la sección de delitos en carretera, ya sabes, los de *ETEN*, han creído reconocer al rumano en el restop de Itziar de la AP8 pero, cuando lo han ido a identificar, se ha montado en el coche y ha salido a toda velocidad. Aunque han salido casi detrás, les ha cogido ventaja suficiente para hacer la pirula y meterse en la salida de Deba sin que le hayan podido parar.

—¿Y cómo ha llegado hasta aquí?

—*Ha llegado a su destino.*

—Perdona —dice Iñaki, apagando el GPS—. Han intentado cerrarle en Deba, pero no lo han conseguido, aunque el tipo, al huirse ha dado un golpe con el coche que le ha jodido algo en el motor. Con todo, ha seguido hasta casi llegar a Mutriku y, si no fuera porque los de *ETEN* iban detrás, habría abandonado el coche y se habría perdido monte a través. Total, que la detención se ha realizado dentro de la demarcación de la comisaría de Ondarroa, así que se lo han traído hasta aquí.

Sorondo deja el coche frente a la comisaría, apaga el motor y sale del vehículo sin articular palabra. Todavía no ha amanecido, pero el cielo comienza a clarear con luz anaranjada por el este. Parece que va a ser otro día despejado. La agente observa con detenimiento el edificio sin sacar las manos de los bolsillos de la gabardina.

—¿Está buscándole las grietas? —pregunta unertzain más joven que la estaba observando en silencio desde un ángulo poco iluminado de la acera, junto a la puerta de acceso al recinto.

Ella saca la placa de policía del bolso y se la cuelga del cuello, bien visible.

—Estuve aquí poco después del atentado de ETA. Vine en apoyo a quienes se encargaron de la investigación —explica Sorondoseñalando con la barbilla hacia la fachada—. Supuse que después del atentado, con los desperfectos que causó, derruirían el edificio para construir uno nuevo.

—Creo que lo pensamos todos. De hecho, muchos lo hubiéramos preferido así, este nos trae malos recuerdos; pero sospecho que se mantuvo el edificio precisamente como un icono.

—Un mensaje más bien: “No nos doblegaréis”—interviene Iñaki, poniéndose también la chapa identificativa colgando del cuello.

—Algo así, sí. Fue un milagro que no muriera nadie. Me llamo Pello —dice elertzaina tendiendo la mano a Sorondo— ¿Y vosotros sois...?

—De Investigación Criminal, venimos por lo del rumano que habéis detenido en Mutriku—responde estrechándosela.

—Sí, claro, pasad adentro;creo queos están esperando.

“El rumano” está sentado en una de las salas de declaración, esposado con las manos a la espalda, encorvado hacia un lado y con muy mal aspecto. Su ropa está revuelta, el pelo sucio y la cara golpeada, con restos de sangre en la frente, nariz y mejillas, el labio partido y el cuello enrojecido.

Es, Eli no tiene ninguna duda, Marcu Dorobanto;la misma mirada retadora y despectiva que en la fotografía de la reseña, a pesar de su deplorable estado.

—¿Qué le ha pasado? —pregunta al policía que lo custodia.

—Primero se accidentócon el coche que conducíay después, cuando fuimos a detenerlo, intentó huirhacia el montey se resistió. Mi compañero ha perdido un diente a consecuencia del cabezazo que le ha propinado este bestia.

Sorondo comprueba en silencio que, en efecto, Marcu presenta un corte en la frente que tiene un tamaño que coincidiría perfectamente con el de una paleta.Dorobanto escupe al suelo, entre los pies abiertos, un salivazo manchado de sangre y sonrío aviesamente al policía, que da un paso hacia él.

—De acuerdo agente. ¿Podría dejarnos con él cinco minutos?—le detiene Iñaki, poniéndole una mano en el hombro.

El policía duda un instante, reacio a dejar las cosas así.

—Pero no se alarguenmucho, que hemos pedido una ambulancia para trasladarlo al cuarto de socorro y que le vea un médico, no se nos vaya a morir aquí —acabacediendoccon desgana—.Estaré al otro lado de la puerta, por si me necesitan.

—De acuerdo, gracias —dice Sorondo, cerrando la puerta tras él y desprendiéndose de la gabardina.

El detenido hace una mueca de dolor e intenta sentarse en una posición más digna. Eli realiza un gesto discreto a su compañero señalándose las muñecas y éste asiente, buscando en sus bolsillos las llaves de las esposas.

—Dorobanto —dice la policía.

—Marcu, por favor —responde él con una sonrisa teñida de rojo.

—Si me promete que se va a comportar, le quito las esposas.

Marcu asiente como un borracho y gira parcialmente el cuerpo para dejar a la vista las muñecas. Cuando Iñaki se las abre, éste suspira y se las frotacon alivio,tal y como los policías han visto hacer cientos de veces a otros tantos detenidos, se incorpora en la silla y se sacude con torpeza la pechera de la chaqueta, en un vano intento de limpiarse los restos de barro que la ensucian.

—¿Ha bebido? —le pregunta Eli.

Marcu responde con un gesto de la mano, “así, así”.

—¿Está en condiciones de hablar?

El hombre se encoge de hombros.

—Está borracho —confirma Iñaki, mirando a su compañera, que asiente con preocupación.

—No fui yo —murmurael detenido, poniéndose todo lo serio y digno que puede.

—¿Cómo dice? —pregunta Iñaki.

—Su compañero, yo no maté a su compañero —repite alzando la voz un tono por encima de lo necesario y arrastrando las palabras con fuerte acento extranjero.

Los policías intercambian una mirada de inteligencia.

—¿Porqué cree que le íbamos a preguntar sobre ese tema? —dice Sorondo apoyándose en la mesa de declaraciones, al lado de Marcu.

—Porque estás seguro de que maricón de Andoni ha..., como se dice, ah... sí: perdido culo, sí, el culo, para ir donde policía a contar que yo he matado. Pero no es verdad.

—Quizás debiéramos dejar esta conversación aquí y ahora, y pedirle un abogado para que le asista en la declaración —dice Sorondo.

Marcu niega con seguridad.

—No necesario —afirma—. ¿Qué ha contado Andoni a la policía?

—Cuéntemelo usted —responde Eli.

—Claro, entiendo. La mujer de Andoni está con otro hombre, uno con el que...—Marcu hace un gesto explícito con ambos brazos, empujando hacia delante con la cadera— ya sabe.

—Sí, algo sabemos de eso.

—Las cosas es que él... con poco carácter me pidió que siguiera al otro para que sabemos quién era el hombre, pero sin hacerle nada. Yo, señor policía, no voy a engañar a usted: si esa mujer está conmigo, mi mujer, yo soluciono esto rápido, pero Andoni me hizo prometer que dejaría tranquilo al hombre aquel y no hice caso a Andoni: solo mirar, sin tocar. Y tenía ganas de más, pero soy hombre de palabra, para bueno y para malo. Vi a policía compañero suyo muerto en televisión, cuando comía en restaurante de Barcelona.

—¿Barcelona? —se extraña Iñaki.

—Negocios... —aclara Marcu, haciendo un gesto ambiguo con la mano.

Sorondo consulta su libreta pensativa.

—Cuéntenos lo de la discusión en el pub de Donostia —dice Eli mientras anota que sería conveniente conocer los negocios que tiene el rumano en Barcelona; nada limpio, eso seguro, y un “es un hombre de palabra” escrito en el margen de la hoja.

—Su hombre enfadó mucho con otro, con insultos y gritos, salieron a la calle todo.

—Describa a ese hombre.

—¿Qué?

—Que nos diga cómo era, su aspecto físico.

—Treinta, cuarenta años, mi estatura más o menos, pelo oscuro, creo...

—¿Había bebido usted, Marcu?

—Puede que un poco, sí —dice el rumano sonriendo de medio lado.

Eli gruñe un insulto que resulta ininteligible para Marcu, pero que hace sonreír a Iñaki.

—¿Y?—continúa Sorondo.

—Nada. Ahí acabó todo: puff, como gaseosa. Se dejaron parar por amigos y cada uno marchó por su camino.

—¿Y usted?

—Era tarde para ir tras el policía, un hombre aburrido todo el día, y muy pronto para ir a dormir; así que mi amigo y yo fuimos a puticlub cerca de allí y después a su casa a dormir, porque el sábado tengo que conducir hasta Barcelona.

—Supongo que su amigo podría confirmar su relato.

—Florín Macec. Yo puedo dar su teléfono a usted, señora—le reta mientras se tiente uno de los incisivos que parece moverse—, él está muy contento de conocer a policía guapa.

—Mejor escríbalo en este folio, junto con su nombre y dirección —dice la policía arimándole un folio en blanco y un bolígrafo —, ¿Él podría darnos una descripción mejor de ese hombre?

Marcu anota con letras sorprendentemente clara tanto lo que le han pedido como otras

dos direcciones.

—Mi amigo estaba en baño mientras ocurría la pelea y no vio nada. Florín —dice señalando con el dedo húmedo de saliva la primera dirección—, puticlub de Cristina y hotel donde pasé fin de semana de Barcelona —añade, punteando las otras dos—. No sé si en Barcelona se acordarán de Marcu, pero en puticlub estoy seguro que sí—sonríe satisfecho, arrastrando la hoja por la mesa hasta llegar a rozar a Sorondo, y colocando el bolígrafo encima.

Eli lo mira sin inmutarse, vuelve a llevar el folio junto al detenido y le tiende el bolígrafo otra vez.

—Tu número de teléfono móvil, Marcu.

—No me has dicho ni tu nombre, señora policía...

Iñaki fulmina con la mirada al detenido, pero Sorondo lo retiene con un gesto imperceptible.

—Miren —miente, como cada vez que dice su nombre a un delincuente.

—¿Me llamarás? ¿Llamarás a Marcu?—sonríe el rumano desnudándola con la mirada.

—Otra cosa: a Andoni le mencionaste una cicatriz.

Marcu se queda un instante congelado y acaba asintiendo.

—Aquí —dice, señalándose el rostro—. No sé cómo decís en español.

—Cara.

—No, aquí —insiste pellizcándose justo bajo el pómulo—, en rumano decimos *braz*.

—Claro, entiendo —murmura Eli recordando la conversación con Andoni, quien dudaba entre cara y brazo—. Mejilla. Se dice mejilla.

—Eso es, mejilla —sonríe satisfecho Marcu, mostrando una vez más los dientes ensangrentados.

Sorondo se levanta de la mesa, recoge su gabardina y el cuaderno, en el que introduce el folio con las anotaciones de Marcu doblado por la mitad.

—¿Vamos? —le dice a Iñaki.

—¿Y yo? —protesta el rumano.

Iñaki abre la puerta y entrega las esposas al agente que, tal y como ha prometido, hace guardia al otro lado.

—La conducción bajo la influencia del alcohol es un delito contra la Seguridad Vial; daños en varios vehículos contra los que has colisionado antes de conseguir pararte; desobediencia y resistencia a los Agentes de la Autoridad, además de las lesiones que hayas podido causar al compañero que te ha conseguido esposar. Y eso sin contar con que todavía no hemos comprobado tu coartada. Te quedarás en el calabozo de esta comisaría hasta el lunes y para entonces yo ya sabré si te tengo que detener o no por lo del homicidio de mi compañero —le informa Sorondo—. Si te portas bien y no me has mentado, puede que interceda por ti con mis compañeros.

—¿Y el teléfono?

—Quiero tenerte localizado, porque si te echo una mano, me deberás un favor... y me lo pienso cobrar algún día.

* * *

Un sol de media mañana luce en Algorta cuando Eli llega a la altura del seto de la villa de Carlos. En vista del tiempo se ha desprendido de la gabardina y lleva una cazadora vaquera ceñida, más ligera y fresca. A pesar del madrugón, la entrevista con el rumano le ha puesto de buen humor: por lo menos parece que la investigación va avanzando algo. Estaba empezando a hartarse de moverse en círculos. Pulsa el interfono, que emite un zumbido eléctrico, y espera a que respondan desde el interior.

—¿Sí? —la voz de su jefe, aunque distorsionada por el telefonillo, aún suena congestionada y enferma.

—Cada vez que vengo a tu casa me pregunto lo mismo: ¿Cómo puede pagarse esta casa con el sueldo de un policía?

Como toda respuesta, la puerta metálica emite una especie de chirrido seguido de un sonoro chasquido mecánico y queda abierta. Más allá del seto y de lo que parece ser un naranjo sin fruta, la cabeza de Carlos asoma por la esquina del edificio.

—Y cada vez te he contestado lo mismo: que es mi mujer la que tiene dinero, que le viene de familia y que yo solo soy un mantenido —dice sonriendo—. Me alegra verte Eli.

La mujer se coloca las gafas de sol a modo de diadema, sujetándose el pelo, recorre el sendero de guijarros hasta el porche en el que le espera su jefe vestido de chándal y en zapatillas, y le da dos besos en las mejillas.

—¿Qué tal te encuentras?

—Pasa dentro, anda, no me vaya a enfriar otravez —le pide con un punto de aprensión—. Pues estoy mejor, pero las he pasado putas, con perdón. Parece ser que tenía una bacteria que no se moría con el tratamiento habitual y me han tenido que andar cambiando elantibiótico hasta que han dado con uno que funciona.

Sorondo se le queda mirando fijamente, examinando su rostro cansado y los ojos enrojecidos a causa de la enfermedad.

—Ya no contagio, si es lo que te preocupa —dice él al sentirse observado.

—¡Noo, quéva! Es que te veo cara de cansado. Creo que has adelgazado algo.

—Bueno, ¿Cómo va la investigación? —Carlos se sienta en un sillón de mimbre que tiene arrimado al ventanal de la sala, que hace juego con un segundo sillón y una mesa desobre decristal y base de caña, y le invita a acompañarle con un gesto de la mano.

Sobre la mesa descansa un libro con unmarca páginascolocado cerca del final, un vaso de cristal vacíoylacaja de cartónde un teléfono móvil.

—Cuando salga de aquí tengo intención de hacer una visita a tu amigo Aitor, a ver qué me cuenta.

Carlos asiente en silencio.

—¿Y lo de esta noche? —pregunta—. Han dicho en prensa que hay un detenido en relación al asesinato delertzaina.

Eli pone los ojos en blanco y resopla.

—Te hago un resumen rápido. Hemos tomado declaración al marido de Irene que, al parecer, ya sabía lo de su mujer con Juan Pedro. Seguramente se acercó a hablar con nosotros tras escuchar la declaración del Consejero de Interior mencionando que teníamos alguna pista sobre el caso. Probablemente temió que hubiéramos hablado

con el que hemos detenido hoy y que éste le hubiera implicado a él, así que buscó declarar para exculparse e incriminar al otro en la medida de lo posible.

—Otra vez la prensa.

—Y la declaración del bocachancl del Consejero, aunque esta vez nos ha venido bien. El marido de Irene nos contó que había contratado, por decirlo de alguna manera, al tipo que hemos detenido esta madrugada; un rumano con pasado siniestro que, como él dice, se dedica a sus negocios —dice Eli simulando colgar unas comillas en el aire.

—Un figura... ¿Es el asesino?

Sorondose recuesta en la silla, haciendo crujir el mimbre.

—Por desgracia, sospecho que no va a ser él. En cualquier caso, hasta el lunes estará en el calabozo de Ondarroa y, si no aparece alguna información que corrobore lo que nos ha contado, pasaremos por el juzgado para llevárnoslo a declarar como imputado directamente. De momento ya le he dejado a Iñaki la tarea de comprobar lo que nos ha dicho.

—¿Entonces? ¿Irene, Aitor...?

—Alguien discutió con Juan Pedro durante la madrugada del sábado. Quizás le diera motivos para matarlo, pero no tenemos ni una triste descripción. Hay que verificarlo, porque es lo más cercano a algo violento que hemos encontrado durante esos días. Por otro lado, Irene... hablé con ella ayer.

Carlos la mira expectante.

—Sinceramente, no sé cómo calificarla. Creo que en el fondo, solo es una mujer aburrida de su matrimonio...

—Como casi todas —tercia él.

—Puede ser, sí. Una mujer que descubrió que había un mundo más allá de su casa y decidió disfrutar de él. Pero es la única a la que no veo matando a Juan Pedro.

—Igual es la más lista de todos...

—Es probable que lo sea, pero no la veo matando a nadie. ¿Cuándo volverás al trabajo?—pregunta Eli levantándose para marcharse.

—Espera, espera. De eso quería hablarte. Ayer estuvo aquí Gorka.

—¿Gorka...?—lamujerse detiene junto al respaldo de mimbre de la silla.

—Gorka Bilbao, sí. El jefe de la Policía de lo Criminal.

—Vaya, tienes buenos amigos. Como poco adecuados. A mí, cuando me pongo enferma no me visita ni mi madre.

Carlos obvia el comentario y continúa explicándose.

—Ha venido a interesarse por mi salud y a ofrecerme el puesto de Kepa, el jefe de todas las Secciones Centrales.

Ser el jefe de todas las Secciones suponía, en la práctica, coger el timón de todas las investigaciones relevantes de la Ertzaintza. Un ascenso en toda regla.

—Habrás aceptado, claro.

El policía señala el nuevo teléfono, todavía embalado y protegido por plásticos.

—Con correo electrónico incluido —sonríe Carlos—. No sé si he hecho bien.

—Por supuesto que has hecho lo correcto. Me alegro mucho por ti, te lo mereces.

—El caso es que el grupo de Delitos Contra las Personas se queda sin jefe —informa.

Sorondo se encoge de hombros y comienza a valorar los cambios que puede acarrearle tener un nuevo jefe en el grupo. Alguien que no conoce sus rarezas ni sus habilidades, un nuevo estilo de trabajo al que acostumbrarse.

Carlos sonríe y le arroja un objeto que tenía guardado en el bolsillo. Ella lo recoge al vuelo. Es su antiguo Blackberry.

—¿Y esto? —pregunta con desconfianza.

—Eres la persona más adecuada para sustituirme al frente del grupo, ya sabes que sí. Lo tengo hablado con Gorka y está de acuerdo.

—No tengo el grado necesario —rechaza Eli, tendiendo el teléfono móvil a su antiguo dueño.

—Estarás habilitada: grado, responsabilidad y sueldo. Por lo menos hasta que puedas hacer el curso de ascenso. Gorka dice que pronto se convocarán nuevas plazas de suboficial y yo he dado mi palabra de que te presentarás. Te cedo incluso la titularidad de la investigación sobre la muerte de Juan Pedro, en caso de que la resuelvas. Si no, asumiré yo el resultado.

—Inspectora Sorondo —murmura Eli sopesando el móvil con la ironía bailando en su mirada.

—¿Qué me dices?

—Que, no sé tú pero, casi seguro que yo acabaré arrepintiéndome.

30. Moriría por vos

Viernes 22 de octubre

Cuando Aitor sale del edificio de la Central de la Ertzaintza de Oiartzun, tras finalizar su jornada laboral, se lleva una sorpresa mayúscula al encontrarse de frente con Sorondo, que le espera plantada con las manos en los bolsillos de los pantalones y apoyada en su moto. El cielo ha amanecido raso y, aunque de madrugada se nota el fresco que anuncia el invierno, ahora que el sol luce alto en el cielo, la temperatura es ideal para pasearse con la moto. Eli lleva el pelo suelto y ha sustituido las habituales gafas de ver por unas ahumadas. Está diferente, incluso atractiva y, si no fuera por los rizos rojos, prácticamente granates tan característicos de ella, a Aitor le habría costado reconocerla.

—Hay que aprovechar el buen tiempo ¿Verdad?—le dice acariciando el carenado del coche.
—Sí.

—Han comentado que esta tarde entrará una borrasca —responde él vivo.

—Es preciosa.

—Sí que lo es.

—Me debes un té —añade Eli, poniéndose tan serio como si le estuviera reclamando una deuda de dinero.

—Creo recordar que lo dejé pagado y que la que pagaría la siguiente ronda serías tú.

—Aquella no fue forma de tratar a una dama —bromea ella con una sonrisa que pretende romper el hielo.

Aitor mira a izquierda y derecha, como si buscara algo.

—Carlos está de baja. He venido sola —aclara Sorondo, adivinando lo que busca él.

—Ya, bueno, en todo caso ya os dije que...

—He estado hablando con Irene y me lo ha contado todo —le corta Eli.

Aitor da otro paso hacia ella, mete las manos en los bolsillos de la cazadora y titubea antes de hablar.

—¿Todo?

—Al menos todo lo que ella pretendía que tú no contaras sobre vuestra relación.

Él resopla y parece desinflarse un poco.

—¿Has comido? —pregunta el policía.

—No, la verdad es que pensaba comer algo ligero después de hablar contigo.

—¿Te gustan las hamburguesas? Conozco un sitio cerca de aquí en el que dan unas fantásticas.

Ella asiente satisfecha.

—Está bien, una hamburguesa y un té si me prometes no dejarme plantada con el postre.

Aitor sonríe y asiente.

—Te sigo con el coche ¿De acuerdo?

* * *

El restaurante es uno de los locales nuevos del puerto deportivo de Hondarribia. Tiene una terraza enorme, situada al aire libre y abierta sobre una balconada de teca curtida por el salitre y el sol. Las mesas asoman sobre las aguas del puerto, en el que yates y veleros de un blanco inmaculado se mecen con suavidad en los pantalanes. Se han sentado casi sin intercambiar palabras y han pedido la consumición aun camarero de pelo engominado en un penacho puntiagudo y ridículo, a ojos de Aitor, pero a la moda eso sí, que ha tomado nota en una especie de tableta digital. Cuando el camarero regresa al interior del comedor acristalado, Aitor se queda abstraído observando el planeo circular de una gaviota tras sus gafas de sol, mientras Eli lo estudia a él en silencio.

—No conocía este sitio. ¿Queda muy lejos de aquí el Puntal?

Aitor suspira y regresa a la mesa, llevándose las gafas sobre la frente para dejar a la vista los ojos. No le gusta hablar con alguien que oculta los ojos y procura ser coherente a la hora de practicarlos.

—El Puntal queda hacia allí —señala hacia la derecha del puerto, a lo lejos, entrecerrando los ojos—. Eso que ves ahí atrás, pasada la bocana del puerto, es la desembocadura del río Bidasoa... o de la bahía de Txingudi, es algo que nunca he tenido del todo claro. Siremontas el río, hacia la derecha, llegas al punto donde apareció Juanpe.

—Es curioso—dice Eli, mientras abre el bolso y saca el cuaderno de notas de su interior.

—¿El qué?

—Que me haya tocado llevar esta investigación aquí. ¿Sabes que yo nací en Hondarribia?

—Estás de guasa —dice Aitor con sorpresa genuina.

—No, qué va. Pero no recuerdo nada de esto. Mis padres vinieron un tiempo aquí por trabajo y regresaron a *Portual* poco de nacer yo. Ni siquiera llegaron a escolarizarme aquí. Pero, de hecho, nací aquí, aunque es algo que pocas personas saben. Nunca ha pasado de ser algo anecdótico.

—Vaya.

—¿Qué me decías de Juan Pedro? —los labios carnosos de Eli se curvan en una sonrisa maliciosa de medio lado que descoloca al policía.

Él repara que hoy incluso se ha pintado los labios, rojo oscuro, a juego con el pelo. Al quitarse las gafas de sol, que se ha colocado sobre la cabeza como si fueran una diadema, ha dejado a la vista sus ojos azules, especialmente luminosos. Probablemente lleva lentillas. ¿Llevaba maquillaje el día que comieron con Carlos? La llegada del camarero del pelo engominado con las hamburguesas interrumpe la respuesta y las elucubraciones de Aitor.

—Gracias —dice cuando se retira—. Solo te decía que...

—Ya, no hace falta que lo repitas, que el puntal está por allí —señala Sorondo con la barbilla, mientras corta el bollo con cuchillo y tenedor.

—¿Qué quieres saber?

Eli asiente, satisfecha.

—Cuéntame de qué va lo tuyo con Irene y qué pintaba Juan Pedro en todo eso.

—¿No te lo ha contado ella?

—Quiero conocer tu versión. Por cierto: ¿Estas casado?

—¿Tu pregunta tiene que ver con la investigación o es por interés personal? ¿Morbo quizás?

—Veo que conservas el humor, eso está bien— Sorondo abre sus notas en una página repleta de frases cortas cuajadas de interrogantes.

—Perdona, es que no es un tema del que me guste hablar—se disculpa—. La respuesta a tu pregunta es que ahora estoy separado.

—Perdona y lo entiendo. Me ibas a contar lo de Irene y Juan Pedro.

—A ella la conocí en la Academia, cuando hacíamos un curso de ascenso. No sé cómo pasó, pero me enamoré como un adolescente. Mi matrimonio hacía tiempo que se hundía, aunque no sé si eso influyó o fue otra cosa. Quizás estaba más vulnerable, el estar tanto tiempo lejos de casa, no lo sé. Lo he pensado muchas veces desde entonces, lo he intentado racionalizar pero, por más vueltas que le he dado, no he llegado a ninguna parte. Irene decía que hay cosas que simplemente ocurren, que no hay que buscarles explicación y probablemente tuviera razón. Lo único cierto es que perdí la cabeza por ella.

—¿Y ella?

—Lo mismo. Como dos adolescentes, puro fuego a todas horas. No me sentía así desde que tenía dieciocho años.

—¿Y Juan Pedro?

—¿Juan Pedro qué?

—También estaba en el curso con vosotros... ¿Os lo montabais los tres?

Eli, nada más decirlo, se da cuenta de que ha ido más lejos de lo que pretendía. Su compañero provoca en ella un efecto poco habitual, del que acaba de ser consciente y que la deja un tanto desconcertada. Conocer aquellos detalles íntimos sobre su relación con Irene la están irritando de una forma que no debieran.

Aitor, ajeno a las contradicciones internas de Eli, resopla, coge la hamburguesa con las manos y le da un bocado generoso, que mastica mirando al mar.

—Juanpe estaba raro—dice cuando acaba con el bocado—. Éramos amigos desde la infancia y hemos compartido unas cuantas locuras juntos, pero en Arkaute se mostró huraño y esquivo; más de lo que era habitual en él. Sobre todo las últimas semanas del curso.

—¿Pudo ser por Irene?—dice Eli en tono más conciliador.

—En ningún momento mostró interés por ella. Bueno, no lo hizo hasta que... —Aitor se queda callado, reniega en silencio y le da otro bocado a la hamburguesa.

—¿Hasta que... qué?

—Es que ahí discrepo con Irene—dice alzando un tanto la voz, como si se dirigiera a Irene y no a Sorondo—. Yo creo que él se dio cuenta de que ella y yo salíamos juntos y se sintió dolido porque no contara con él, pero Irene sostiene que él no sabía nada y que era ajeno a lo nuestro.

—Si no tenía interés por ella, no entiendo por qué tendría que sentirse dolido.

—Ya te he dicho que estaba raro. Creo que le sentó mal que yo no le contara lo que estaba haciendo, que lo hiciera a sus espaldas y se volvió contra mí. En los últimos tiempos, te estoy hablando de antes incluso de ir a Arkaute, se había vuelto bastante suspicaz y desconfiado. Estoy seguro de que lo nuestro no le hizo ninguna gracia.

—Y aprovechó la primera oportunidad para quitártela...

Aitor se encoge de hombros y se reclina en la silla.

—Supongo que sí.

—¿Qué pasó?

—No lo sé, y ahora que él está muerto, supongo que nunca llegaré a saberlo. Un buen día ella me dijo que estaba saliendo con Juanpe y que lo nuestro se había acabado.

—Y tú lo odiaste.

El policía, que estaba jugueteando con la copa de cerveza, levanta la vista de la bebida y la fija en los ojos azules de Eli, que le sostiene la mirada.

—Sí. No te voy a mentir. Lo odié como pensaba que no podía llegar a odiar a nadie—responde sin pestañear—.Hubo días que, si me lo hubiera cruzado por la calle, lo habría molido a hostias. Nunca me había sentido tan mal.

—Eso no te coloca en muy buena posición respecto a su muerte.

—Pues si piensas eso, lo que te voy a contar ahora todavía te va a gustar más—Aitor sonríe con cansancio y se acaricia la cicatriz que adorna su mejilla desde la infancia.

—¿Y esa marca de la cara? —el interés de Eli se ve renovado al recordar la declaración de Marcus sobre la discusión que mantuvo Juan Pedro con un hombre que tenía una cicatriz, un día antes de morir.

Aitor sonríe, entre divertido y asombrado, y deja de tocarse la cara.

—Es curioso, porque tiene relación con lo que te iba a contar. Me la hizo él, cuando teníamos unos diez años, puede que menos.

—Juan Pedro.

Él asiente con una expresión parecida a la nostalgia.

—Estábamos jugando a los piratas, como muchas tardes después de salir del colegio. Nos subíamos al pretil de la Alameda y, con palos, simulábamos luchar a espadas. Un día él puso demasiada energía en una estocada y yo anduve menos hábil que de costumbre al esquivarla. Giré la cabeza en el último segundo y libré el ojo por un par de centímetros, pero no pude evitar que me hiciera un corte en la mejilla. A mi madre por poco le da algo cuando me vio llegar tapándome la cara con los dedos ensangrentados y de la mano de una vecina que andaba por allí.

—Así que vuestra rivalidad venía de atrás...

Aitor niega con la cabeza.

—No te equivoques, no es eso, él se asustó tanto como yo, y yo sabía que no había sido intencionado; aunque es cierto que siempre hemos sido un poco rivales, pero como lo son los buenos amigos. Más adelante, siendo ya adolescentes, estuvimos yendo durante unos años a practicar esgrima a un gimnasio de Donostia, supongo que para

pulir un poco la mala técnica que teníamos cuando hacíamos de piratas. La pasión por el mundo de la espada era una de las cosas que teníamos en común. Ambos desarrollamos bastante soltura con el sable.

—Si te parece, dejamos a un lado vuestras aventuras de niñez y nos centramos en lo que hiciste la madrugada del sábado día nueve, poco más de un día antes de que apareciera Juan Pedro muerto.

Aitor se pone serio y apura su caña.

—¿Prefieres que lo hagamos con un abogado en un lugar más apropiado? —a pesar del contenido de la frase, Eli consigue que no suene demasiado amenazador.

—Los tienes bien puestos para venirte a comer conmigo, así, a solas, pensando que soy el asesino de Juanpe —se lleva la mano a la cabeza y simula saludarle descubriéndose ante ella—. Aunque ha sido un tanto temerario por tu parte.

El viento, sur durante toda la mañana, rola hacia el oeste y agita el mantel, llevándose una de las servilletas.

—Si te parece bien—continúa—, te cuento lo que pasó, porque todavía no había terminado de hacerlo, y luego valoras lo que quieres hacer. Pero te adelanto que no tengo inconveniente en acompañarte adonde quieras; ya tengo ganas de quitarme toda esta mierda encima.

—Adelante, perdona, te escucho.

—La víspera de aquel viernes yo había pasado la tarde con Irene. Comí con ella e hicimos el amor como si no existiera nada más en el mundo. Sé que es extraño, pero acostumbrábamos a jugar a eso precisamente, a simular que no había nada más aparte de nosotros dos. Nos aislábamos de todo lo demás; Juanpe, su marido, mi hija... de todo, y nos centrábamos en nosotros, solo nosotros. Mi hija pasaba aquel fin de semana con su madre, así que yo quedé con un buen amigo para tomar algo por Donosti y desahogarme un poco.

No sé lo que pensarás de mí, pero todo esto de la separación, la relación de Irene con Juanpe, la custodia de la niña... me está pasando factura ya que el viernes, a pesar de haber disfrutado del día anterior con ella, o quizás precisamente por eso, yo estaba bastante jodido. Probablemente bebí un poquito más de lo que debiera y cuando me encontré con él no estaba en mi mejor momento.

* * *

Aitor, con la edad, había adquirido la habilidad de ser capaz de mantener la fachada en las peores circunstancias. Tenía la facultad de cogerte todos los dolores, las inquietudes, las dudas, todas sus flaquezas y guardárselos en su interior, dentro de una caja cerrada con siete llaves. Su aspecto sereno bien podía ser la pared de una presa sosteniendo toneladas de agua tras de sí; y en ocasiones lo era. Aquel viernes, la presa de Aitor contenía toda el agua del mundo y, aunque no lo hubiera admitido nunca, se estaba resquebrajando.

Llevaba una semana esforzándose en no ponerse en contacto con Irene: ni visitas, ni llamadas, ni correo electrónico... nada. Se había impuesto resistir. El jueves sin embargo, se buscó una excusa para verla y acabaron haciendo el amor en su casa. No sirvió de mucho, porque ya de regreso al piso que tenía alquilado en Irun, a medida que se alejaba de ella, regresó a aumentar la tensión de los días precedentes. Aquella noche apenas pudo dormir.

Los viernes eran especialmente duros, porque eran los días en los que, a Aitor le constaba, Juanpe solía visitar a Irene. ¿Por qué los viernes? Nunca lo había sabido y no lo iba a preguntar. En el fondo el día era lo de menos, pero saberlo, o suponerlo; suponerlos juntos, le corroía las entrañas. El viernes era el día que no podía llamarla por teléfono; pero no porque él lo evitara: porque ella, directamente le colgaba. Entonces él lo sabía y la certeza todavía era peor que la duda: estaban juntos. Aquello lo minaba por dentro.

Quizás por eso había quedado con Iñigo y se había vuelto a confesar con él. Aquel viernes corrió la cerveza, tanto que pronto se hizo evidente que no podría volver a casa conduciendo sin arriesgarse a ser detenido en un control de alcoholemia.

¿Dónde estaba el límite de la desesperación de un hombre?

Los esfuerzos de Iñigo por hacerle pensar en otras cosas fueron baldíos, Aitor se obstinaba en retomar, una y otra vez, aquello que más le dolía. Al final, como cada vez que le llamaba para tomar unas copas, Iñigo le dejaba hablar, convencido de que acabaría desahogándose.

La charla les llevó finalmente, como a dos mulas que a fuerza de transitarlo conocieran el camino, a un pub irlandés cercano al antiguo edificio del juzgado de Donostia en el que solían tomar la penúltima copa y visitaban una vieja amiga, una exuberante camarera venezolana, mulata, mujer de un tipo enorme, negro como un tizón y celoso patológico que llevaba años viviendo en la prisión de Martutene por haberle partido el alma a un pretendiente de su mujer que se había mostrado especialmente cariñoso con ella.

La sonrisa sensual de Marina les dio la bienvenida desde el fondo de la barra. Tenía aquel aspecto de mujer fatal que llenaba el pub en su turno de trabajo, como siempre que la visitaban, devoró con la mirada a Aitor, acto balsámico que por un instante lo

sacó del pozo oscuro en el que andaba metido últimamente.

—Dos chupitos de Jack Daniels, supongo—les ofreció la camarera acercándose un poco más de lo necesario a Aitor con una sonrisa.

Un melenudo de pelo gris tocaba música country con una vieja guitarra en un rincón del comedor, en el minúsculo escenario que solían habilitar junto a la escalera de madera. Iñigo dudó un instante si era prudente alimentar aún más la incipiente borrachera de su amigo, pero decidió que quizás aquel día hacía falta ahogar las penas con alcohol y asintió, aceptando por los dos la propuesta de Marina.

—¡Por los viejos amigos!—brindó Iñigo, alzando el vasito de cristal helado.

—Y por esta perra vida, siempre acechando para sorprenderte —añadió Aitor elevando la voz por encima de la música.

Al cabo de un rato de charla animada, prácticamente al oído para hacerse escuchar, Aitor reparó en uno de los grupos que bebían junto a la barra del pub. Eran cuatro hombres, los cuatro conocidos, entre los que se encontraba Juan Pedro. Al policiarle le revolvió algo dentro de las tripas. Iñigo vio el cambio en la expresión de su amigo y siguiendo su mirada comprendió lo que le ocurría.

—No te vas a creer a quién acabo de ver en el bar—le dijo Iñigo.

—Los he visto nada más entrar—asintió—, pero afortunadamente tú solo tenías ojos para Marina y yo he preferido no echar más leña al fuego.

Baja la atenta mirada de Iñigo, le dio otro sorbo al chupito sin dejar de observar al grupo que hablaba en el otro extremo de la barra, justo detrás del cantante de country y parcialmente oculto por una columna de roble ennegrecido. Juan Pedro lo observaba con descaro, con un botellín de cerveza en la mano. Sin saludarle siquiera, componiendo media sonrisa y sin dejar de mirarle, se aproximó a uno de los que le acompañaban y le dijo algo cerca de la oreja. Este, a su vez, serio y se giró para mirar hacia donde se encontraba un Aitor cada vez más alterado.

—Oye, mejor nos vamos a otro sitio—dijo Iñigo, que había visto tanto el gesto de Juan Pedro como la reacción de Aitor, levantándose del taburete alto en el que había conseguido sentarse.

Aitor respiró con fuerza y asintió, apretando los puños, pero justo cuando iba a dejar el vaso a medio consumir sobre el mostrador, alguien le propinó un empujón por detrás, derramándole el resto del bourbon sobre la manga de la cazadora. Se giró con los ojos inyectados en sangre y una imprecación en la boca, alguien había escogido un mal momento para andar empujándole. Pero se detuvo a medio camino. Su sorpresa fue mayúscula al encontrarse de cara, casi tocándose, con un Juan Pedro que, entre

sonrisas, se disculpaba (o simulaba hacerlo, más bien) por su torpeza.

Aitor, pálido y demudado por la ira, acabó de vaciar el contenido del vaso sobre la cara de Juan Pedro, a quien apenas le cayeron unas gotas, y le propinó un empujón que, a causa de la cantidad de gente que había en el bar, apenas hizo retroceder a Juan Pedro un par de pasos. Ambos se engancharon de la pechera, en un abrazo que no presagiaba un buen final.

Los clientes que se encontraban alrededor comenzaron a apartarse entre empujones, quejas y maldiciones. La música continuó atronando, ajena a la trifulca. Aritz, que era el sujeto con quien había llegado Juan Pedro hasta donde se encontraba Aitor, introdujo el brazo entre ambos, intentando empujar a Aitor con el codo, sin conseguir hacerle retroceder. Repentinamente el cantante de country se quedó callado, el improvisado público se abrió para dejar un pasillo junto a la barra del bar y Marina, que había sido testigo de excepción de lo ocurrido, apareció imponente y con la cara desencajada, junto a los dos policías.

—¡Basta!—exigió colérica a ambos.

Aitor parpadeó intentando recuperar la compostura. La Marina encantadora, que un momento antes había actuado como un bálsamo para sus problemas, haciéndole olvidarlos por un instante, había desaparecido para dejar paso a un basilisco que le hizo recordar dónde estaba y quién era. Comenzó a aflojar la tensión de sus músculos, pero una sonrisa triunfante naciendo en la cara de Juan Pedro hizo que redoblara la fuerza con la que apretaba los puños en el pecho de su compañero.

—Hijo de puta—Aitor mordió las palabras en la cara de Juan Pedro, olvidándose de Marina—vamos a la calle a solucionar esto de una vez.

El otro se soltó de un empujón.

—¡Vamos!—le gritó con la mirada enfebrecida— ¡Vamos fuera! —insistió al ver que había conseguido lo que estaba buscando.

—¡Quieto, Aitor, no vayas! —Iñigo le sujetó por la manga, todavía húmeda de bourbon— Piensa, compañero—le dijo bajando la voz—, piensa quién eres y no vayas.

Marina, pálida también a pesar de los arrestos que acababa de demostrar, le miró con cara suplicante, mientras Juan Pedro, abriéndose paso hacia el exterior y sin girarse le gritaba:

—¡No tienes cojones!

—¡Para eso y para más cabrón!—Aitor se zafó del brazo de Iñigo y salió tras ella la calle,

seguido por su amigo y un grupito de gente.

Iñigo se colocó entre los dos con los brazos extendidos.

—No es el momento ni el lugar para algo así —dijo dirigiéndose a los dos—. ¡Somos policías, joder! —dijo, bajando la voz de tal manera que solo ellos le escucharan.

—¿Y si quedáis un día en el tatami y descargáis eso que lleváis dentro? —propuso Aritz, que hasta entonces había estado callado, cayendo en la cuenta quizás del lío en el que se iban a meter todos si comenzaban una pelea en público.

Durante unos segundos, ambos se mantuvieron quietos, dejándose sujetar por los brazos de Iñigo, que jadeaba entre ambos. La gente que se había animado a seguirles hasta la calle para verles pelear comenzó a regresar al baral ver que la cosa se enfriaba, quedándose al cabo de unos minutos prácticamente solos. Incluso los otros dos acompañantes de Juan Pedro regresaron al interior del local con un lacónico “os esperamos dentro”.

Iñigo bajó los brazos y acabó de apartar a Aitor, descamisado y fuera de sí, que todavía se resistió a moverse.

Aritz aprovechó y se interpuso ante Juan Pedro, que obstinado, negó con la cabeza.

—No quiero dejarlo así. Ya va siendo hora de que zanjemos esto de una puta vez —dijo, abriendo y cerrando los puños— ¿Todavía recuerdas cómo se sujeta el sable? —ladró.

Siempre había existido cierta rivalidad entre ellos, pero tan solo era un pique cordial entre amigos. También lo hubo durante el tiempo en el que acudían a clase de esgrima. Era la comidilla de los alumnos y, en más de una ocasión, se jugaron unas cañas en duelos simulados, en los que se llegaron a cruzar apuestas.

—¿Recuerdas lo que me dijiste en una ocasión? —preguntó Juan Pedro.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Aitor lo recordó. La escena le vino a la cabeza con nitidez. Era un día de invierno, había anochecido y se estaban tomando una cerveza después de clase, en un bar grasiento del barrio de Gros de Donostia, que ahora se había reconvertido en un bar de moda con decoración minimalista. Estaban los dos solos, apoyados en la gastada y húmeda barra de madera, eufóricos todavía por la clase recién finalizada, compañeros, amigos y rivales en la esgrima. Acababan de jugarse la consumición y Aitor la había ganado por la mínima. Recordó haberle dicho que añoraba aquella época, que no habían llegado a conocer, en la que una afrenta podía limpiarse al amanecer en un duelo de honor.

Aitor siempre había sido un romántico.

Para Juan Pedro, en cambio, la esgrima solo era una forma de desfogarse, como antes lo había sido el fútbol o el remo. Una forma de sudar y mantenerse activo. Aunque tampoco le pareció mala idea lo de solucionar las afrentas por la vía del medio.

—¿Qué propones? —dijo Aitor extrañamente sereno; aunque de antemano conocía la respuesta.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Iñigo, más alarmado ahora por la actitud de Aitor que durante la pelea. Conocía aquella mirada y no le gustaba nada.

Ninguno de los dos pareció escucharle.

—Me has retado —Juan Pedro se limpió con teatralidad el resto de bourbon de la cara sin dejar de mirar a Aitor—, he escogido las armas y ahora solo te quedaría mandarme a tu padrino ¿no?

—Es una gilipollez —masculló Aitor negando con la cabeza—. Además, no tengo sable.

—Yo tengo dos y Aritz es mi padrino ¿Verdad? —Aritz asintió, siguiendo lo que suponía una broma hiriente más de Juan Pedro— ¿Tengo que ir hasta ahí y darte una bofetada para que aceptes? —dijo, dando un paso hacia Aitor y propinándole un bofetón con el dorso de la mano sin darle tiempo a reaccionar.

Iñigo, con los ojos desorbitados, inició una acometida hacia Juan Pedro, pero Aitor, lamiéndose la comisura de los labios, de la que brotaba un hilillo de sangre, le contuvo sujetándole del hombro. Sintió la tentación de escupirle que la víspera había estado en la cama con Irene y que había sido una tarde maravillosa en la que, con toda seguridad, no se había acordado de él, pero se contuvo por ella.

—Yo también tengo padrino —acabó diciendo. Se encontraba extrañamente sereno—. ¿Dónde y cuándo?

—El lunes, a las cinco de la mañana, en el aparcamiento del antiguo parador de Jaizkibel —respondió Juan Pedro, como si ya lo tuviera pensado de antemano—, tanto si llueve, como si no. Te estaré esperando.

—Descuida, que no faltaré.

** * **

Eli se abrocha la chaqueta y reclama la atención del camarero, a quien le pide un té con leche para ella y un café solo para Aitor.

—No te puedo creer lo que me estás contando. ¿Me estás diciendo que lo mataste en un duelo con sables? —Sorondolo mira anonadada— Quizás debiéramos ir a comisaría ahora.

—Espera, te he dicho que primero te iba a contar todo lo que pasó y que después tú valorarías qué hacer. ¿Me dejas continuar?

El camarero coloca las tazas en la mesa y la cuenta, que Aitor recoge con intención de cumplir con su compromiso de invitar a la comida.

—No estoy especialmente orgulloso de lo que hicimos—afirma mientras juguetea con el papel—, pero es lo que pasó. El lunes fui puntual y subí al parador de Jaizkibel con mi padrino—dice señalando con la barbilla hacia la montaña alargada situada hacia el noroeste—, mi amigo Iñigo, que no quiso dejarme ir solo, pero se pasó todo el viaje intentando convencerme de que diera la vuelta. Cuando llegamos al aparcamiento, Juanpe ya nos estaba esperando.

* * *

En la cumbre del Jaizkibel, en el solar de lo que fue el Parador, destruido por un incendio en los años noventa ya pocos metros de las antenas que coronan el monte, cuatro personas evolucionaban en el interior de la zona iluminada que habían creado con los faros de dos coches. Eran las cinco de la madrugada de un once de octubre. Noche cerrada. Hacía un viento gélido, del noroeste, empapado de una lluvia que calaba hasta los huesos, y tenían la certeza de que nadie se iba a aventurar a subir hasta allí a esas horas. No era exactamente un duelo al amanecer, pero cumplía con su cometido.

Aritz había acompañado a Juan Pedro, aunque a regañadientes y con la confianza de que Aitor, a quien consideraba menos visceral que a su amigo, a la postre, acabaría por reflexionar y no acudir a la cita. El suyo, tal y como esperaban, era el único coche estacionado en el aparcamiento cuando llegaron. Habían aguardado sentados dentro del vehículo, con las luces apagadas y la calefacción puesta, a resguardo de la lluvia. Ya comenzaban a relajarse y hacer chanzas sobre la hombría de Aitor, cuando vieron la luz de los faros de un coche subiendo por el tortuoso camino de acceso a la cima del monte y guardaron silencio, esperando que no fuera él.

Cada uno de los contendientes se había traído al testigo acordado para que le sirviera de coartada en caso de que ocurriera una desgracia y de ayuda, en caso de necesidad.

Las armas, dos sables de caballería italiana de mediados del s. XIX, que Juan Pedro

ya tenía en sus manos, las había traído él mismo, tal y como había dicho, en un estuche de raíz de castaño, y ya esperaba a que Aitor fuera a recoger la suya.

A pesar del viento procedente del mar, que les barría cargado de lluvia, Juan Pedro se despojó del impermeable, que arrojó a Aritz, y se quedó tan solo con una camiseta y un pantalón de chándal, que se empaparon y pegaron al cuerpo inmediatamente, como una segunda piel. Aitor también se desprendió del impermeable, que dejó en el interior del coche de Iñigo, pero se quedó con una especie de chaleco negro de gore-tex para conservar algo de calor.

Juan Pedro, sin previo aviso, le arrojó uno de los dos sables, que él cogió al vuelo. Aitor examinó el filo y la punta del sable, perfectamente conservado y letal, mientras pensaba en la locura que estaban a punto de cometer.

—¡No hay reglas! —gritó Juan Pedro para hacerse oír por encima del rugido del viento—. Vale todo y el duelo finalizará cuando y como decida el vencedor, sea cual sea el resultado.

—¡Todavía estamos a tiempo! —gritó Aitor también, más despejado sin el alcohol que le empapaba el organismo el día que aceptó el reto.

—¿Tienes miedo?, ¡Porque, si tienes miedo, no tienes más que decirlo y lo dejamos! —se mofó Juan Pedro, cortando el aire a izquierda y derecha con el sable.

—¡Iñigo! —reclamó Aitor—, échame una mano con esto —le pasó el arma a su testigo y extrajo un pañuelo negro con estampados de color blanco del bolsillo del chaleco, que se anudó, ayudándose con los dientes, sobre el bíceps izquierdo.

—¿Qué coño haces ahora? —le gritó Juan Pedro.

—Ya que voy a morir por ella... —sonrió con malicia. La ofuscación del viernes se había diluido junto con la resaca y volvía a ser el tipo socarrón y sarcástico que acostumbraba a desquiciar a Iñigo con sus comentarios.

Juan Pedro reconoció el pañuelo. No era una prenda elegida al azar. Se lo compró Irene a Aitor el último día que pasaron juntos todos en Vitoria. Sintió que algo le ardía en las tripas, algo que crecía y amenazaba con estallar. Gritó algo ininteligible a pleno pulmón y avanzó con pasos largos y firmes hacia Aitor, que recogió el sable de manos de su amigo y lo empuñó para detener una primera embestida salvaje de Juan Pedro.

Iñigo tuvo que retroceder para no ser arrollado por los contendientes.

Las luces de los focos de los coches arrancaban destellos en las hojas pulidas de las espadas. La hoja del sable de Juan Pedro acabó deteniéndose en la cazoleta del de

Aitor, que hizo palanca con su pie izquierdo para apartar el cuerpo de su antiguo amigo encima de él. Juan Pedro comenzó a lanzar tajos a la cabeza de Aitor, a su cuello, y estocadas que buscaban su cuerpo, mientras Aitor se esforzaba en pararle, perdiendo algo de terreno cada vez. Juan Pedro era evidentemente más alto y pesado, y Aitor acusaba la diferencia.

Íñigo los seguía, guardando las distancias, y apretaba la mandíbula impotente. El corazón le latía con fuerza y, a pesar del frío, le sudaban las manos. Tuvo que contenerse para no intervenir. Aunque había prometido a su amigo que, además de acompañarle, se mantendría al margen, su mano derecha empuñaba las cachas de un pequeño revólver del calibre 38, por si ocurriera algo imprevisto. Jamás se había visto envuelto en una situación ni de lejos similar, de hecho no quería venir y solo las palabras de Aitor, dichas con ese aplomo que le caracterizaba cuando había tomado una decisión: "si no me acompañas tú, tendré que ir solo", una única frase imposible de ignorar para un amigo que más es un hermano, había motivado su presencia en esta situación absurda y anacrónica.

Un intento de estocada en el que Juan Pedro cargó demasiado el cuerpo, propició que Aitor, una vez desviada la punta del sable de su contrincante, le hiciera una finta e invirtiera las posiciones en el pasillo imaginario entre los dos coches. Aitor tuvo, por un momento, la oportunidad de zanjar la pelea hiriendo el costado descubierto de Juan Pedro pero, inexplicablemente, aprovechó para reubicarse y retroceder hasta el centro de la luz, para desesperación de Íñigo, que ya daba por terminada la pelea.

Juan Pedro, trastabilló, se recuperó y barrió con el sable el hueco en la dirección por la que había salido Aitor, que ya se encontraba demasiado lejos para ser alcanzado. Aitor aprovechó la distancia ganada para recolocarse el pañuelo en el brazo, sosteniendo mientras tanto la mirada de odio que le lanzó Juan Pedro, a la que respondió con un guiño, buscando enfurecerlo aún más.

El viento incrementó su intensidad, zumbando agudo y siniestro en los arcos de la ruina del antiguo parador y zarandeando los aterrorizados cuerpos de los cuatro policías.

Juan Pedro volvió a la carga y con tres pasos se colocó frente a su contrincante otra vez. Ahora parecía pensar mejor sus movimientos. Ya no lanzaba mandobles, más bien buscaba un hueco en la guardia de Aitor, probando con estocadas lanzadas hacia el cuerpo, fintas y amagos, que Aitor, mejor colocado que al principio y sacando partido de su mayor agilidad, fue parando sin perder terreno.

De improviso, Juan Pedro amagó un tajo al brazo armado de Aitor, que pareció abrir algo la guardia para detenerlo, de camino corrigió el tiro y lo dirigió de punta hacia su pecho; éste giró la muñeca con rapidez, trabó el filo del sable de Juan Pedro y avanzó hacia él, sorprendiéndole y rompiendo su guardia. El sable de Juan Pedro se desvió hacia abajo y hacia la derecha, dejando su cuerpo al descubierto, momento que Aitor aprovechó para clavar el talón en el suelo y propinarle un puñetazo de través en la cara con la cazoleta del suyo, con toda la fuerza que fue capaz de reunir.

Cuando recibió el golpe, Juan Pedro hincó la rodilla derecha en el suelo, hizo amago de incorporarse pero Aitor remató el movimiento iniciado con el golpe clavándole la punta del sable en el costado izquierdo, a la altura del corazón.

Juan Pedro levantó la cabeza y le miró con incredulidad. Le dolía la mandíbula y le latía el costado, haciéndole temer lo peor. Cuando Aitor extrajo el acero del cuerpo de su compañero, éste tiró su sable al suelo y se palpó la herida, que ya teñía de rojo la camiseta mojada. No necesitaba ser médico para saber que se trataba de un corte muy superficial, que apenas había rozado alguna costilla.

Su contrincante estaba plantado frente a él, las piernas separadas y los brazos colgando, con el sable apuntando hacia el asfalto del aparcamiento, a un punto intermedio entre los dos. Su silueta se recortaba junto a la torre del telégrafo óptico de la época Carlista, sobre el fondo iluminado por la luz difusa de la ciudad. Aitor le miraba sin odio, solo le observaba, el rostro chorreando gotas de lluvia y la ropa empapada, jadeando despacio, con visibles penachos de vapor saliendo por su boca. A Juan Pedro la herida le escocía en las costillas. Postrado en el suelo desarmado, a su merced. Le había derrotado.

—Juanpe, por lo que a mí respecta—alzó la voz Aitor, procurandohacerse oír por encima del viento—, hoy no va a morir nadie aquí. No creas que soy un iluso: no espero que después de esto tomes una decisión respecto a Irene—dijo con lavoz enronquecida, entre jadeos—. Aunque puedes estar seguro de que me encantaría que desaparecieras de esta historia—Aitor compuso media sonrisa que más bien era una mueca de dolor—, es ella la que tiene que decidir, libremente, lo que hace con su vida—con un gesto descuidado tiró el sable junto al de Juan Pedro—. Vete a que Nathalie te vea eso... compañero.

Se volvió hacia un Iñigo aliviado por el resultado, que le hizo un gesto con la cabeza, llamando su atención sobresu muslo izquierdo. Aitor reparó en que la última lanzada de Juan Pedro le había atravesado el pantalón. No había sentido nada y, aun ahora, no le dolía. Se detuvo un instante y se quitó el pañuelo negro que llevaba en el brazo, se lo anudó sobre la herida del muslo sin dejar de mirarde reojo a Juan Pedro y caminó con decisión hacia Iñigo, que sonrió aliviado, aunque no soltó el revólver dentro del bolsillo de su impermeable hasta que Aitor estuvo sentado en el asiento del copiloto de su coche.

Aritz, testigo mudo de lo sucedido, se apresuró a atender a Juan Pedro, que le dejó hacer.

* * *

—Me tengo que ir —dice Eli.

—¿Sin más?

—Si me quedo un rato más, creo que te voy a tener que llevar esposado. Lo que cuentas no tiene ni pies ni cabeza. No tengo claro si eres culpable o estás loco. ¿Un duelo de espadas en pleno siglo veintiuno?

—Sables —corrige Aitor, levantándose de la silla con cara de circunstancias.

—¿Y ahora adónde vas?

—A ningún sitio. Dame la mano.

Aitor coge la mano de su compañera y la coloca sobre su muslo izquierdo, haciéndole palpar el tejano.

—¿Lo notas?

—¿Es una venda?

Aitor asiente con energía.

—Si quieres me bajo los pantalones y me quito la venda, pero todo lo que vas a ver es un pequeño tajo de casi tres centímetros, superficial, que me hizo Juanpe con su sable.

—Creo, Aitor, que no te descubro nada si te digo que tu situación es ahora más delicada que esta mañana. Pareces un tipo honesto, me dicen que eres un tipo honesto y, sinceramente, quisiera creerte; pero acabas de confesarme que acuchillaste al fallecido solo unas horas antes de que apareciera muerto en el canal.

—Solo fue una estocada superficial, no trece puñaladas.

—Siete, fueron siete laceraciones—le corrige—y, al menos una, debió ser la tuya.

—Recuerda que tengo dos testigos del duelo y que uno de ellos me llevó a casa. No tuve oportunidad de matar a Juanpe una vez finalizado el duelo. Iñigo se quedó en mi casa ayudándome con la herida y después nos fuimos a desayunar juntos, antes de ir a trabajar. Él te lo confirmará todo. Cuando nos fuimos de allí él estaba vivo y en perfectas condiciones.

Sorondo, pensativa, recuerda que la autopsia recogió una contusión en la mandíbula que podría corresponder con el golpe que Aitor dice que le propinó con la cazoleta del sable. Cada respuesta que obtiene le abre nuevas incógnitas. Aritz se quedó con Juan Pedro tras el duelo. ¿Aritz? ¿Quién es Aritz?

—¿Se cortó las manos mientras luchabais?—pregunta Sorondo haciendo memoria de las imágenes obtenidas del difunto en la playita situada en la desembocadura del canal.

—No, para nada. Si tenía cortes en las manos, no fueron de los sables.

—Una última pregunta. Quedasteis a las cinco en el Parador.

—Sí, eso es.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis allí?

—A las seis menos veinte yo ya estaba entrando en mi casa.

—¿Solo cuarenta minutos?

—La pelea entre nosotros, en sí, duró muy poco. El asesino tuvo que acuchillar a Juanpea partir de las cinco y veinte o y media.

—Eso si no fuiste tú, claro.

Ambos se observaron un instante en silencio, Eli sopesando si debía confiar en él y Aitor valorando hasta qué punto le había creído la policía. Ella se descubre pensando que tiene unos preciosos ojos verdes y mirada seductora, por lo que parpadea casi con perplejidad, sorprendiéndose por segunda vez ante sus pensamientos con Aitor. No le cuesta imaginar lo que sintió él cuando él se le acercó la primera vez.

—Confío en que crees lo que te he dicho, así que no te voy a insistir —dice Aitor finalmente.

—Tengo tu teléfono —responde ella levantándose algo desconcertada todavía y cogiendo el bolso.

—Llámame cuando quieras.

Sorondo le observa por encima de las gafas.

—Ya —contesta—. Más te vale cogerlo a la primera, salvo que te llame para comunicarte que te voy a detener por el homicidio, esa ronda la pagaré yo.

31. El círculo se cierra

Domingo 24 de octubre

Sorondollama al timbre y espera paciente a que le abran. Ya le resultó extraño la primera vez, recuerda, todo era demasiado perfecto. Tuvo la sensación de estar moviéndose por el interior de un decorado; pero le faltaba mucha información sobre el caso, muchos cabos que atar. ¿Cuál era la verdadera relación de Nathalie con Juan Pedro?, ¿Aitor?, ¿Irene?, ¿Andoni, el marido de Irene?...y cada vez que se acercaba a algo, surgían nuevas incógnitas: Marcu y el amante de Nathalie... pero siempre hubo un detalle que iba estrechando el cerco: el factor tiempo. ¿Quién tuvo motivos para matarlo, estuvo ahí durante aquella última hora y no tiene una coartada verificable? Aún le queda por conocer un par de detalles, pero prácticamente ninguna duda.

La cara de Nathalie apenas muestra sorpresa al abrir la puerta, le sonríe con cortesía, agacha la mirada, se gira y comienza a caminar hacia la cocina, como la primera vez. A él incluso le da la impresión de que le estaba esperando, a pesar de ser domingo.

La policía recorre con la mirada la cocina de Nathalie. De planta cuadrada, muebles blancos... funcional sería la palabra que definiría la decoración, casi minimalista, y pulcra, tanto como el día que vinieron a darle la mala noticia. Sobre la encimera de mármol negro hay un microondas, un trapo de cocina azul, una panera y un juego de cuchillos de cocina con mango azul, a juego con el trapo y el mantel de hule de la mesa. Los cuchillos atraen la atención de laertzaina, que da unos pasos hasta la encimera, sin que Nathalie ponga ninguna objeción.

No hay preguntas, ni impedimentos: simplemente le deja hacer. Sorondoextrae parcialmente los cuchillos, uno a uno, como si quisiera ver sus filos, quedándose por fin con uno de ellos, de unos quince centímetros de hoja, triangular y afilado.

—Le llaman cuchillo de filetear, pero me resulta más cómodo el otro que tiene al lado, más pequeñito, el que llaman de puntilla—le explica Nathalie—tengo las manos pequeñas, ¿sabe?

Sorondoextrae el cuchillo pequeño que muestra un desgaste en el mango más acusado que el resto, confirmando lo que dice su dueña, pero lo vuelve a guardar en su orificio. Tiene la hoja demasiado estrecha. Nathalie se observa las manos, con los dedos extendidos, como si efectivamente estuviera comprobando su longitud. A Sorondo le

parecen manos demasiado pequeñas. Tiene las uñas cortas, sin pintar, pero bien cuidadas.

—¿Qué ocurrió aquel día, Nathalie?

Ella levanta la mirada y la detiene en el cuchillo que Sorondo conserva en la mano. Cuando le mira a los ojos, su boca está fruncida, como si evitara abrirla para no hablar, como si todo aquello la disgustara. Por fin, sacude lentamente la cabeza y se encoge de hombros.

—¿Cómo lo ha sabido?

Eli abre su cuaderno de notas y lo ojea distraídamente. Sabe lo que tiene anotado y el gesto va dirigido más a su interlocutora que a su propia necesidad.

—El día que estuvimos aquí mi compañero y yo, pude ver que tenía todo muy limpio y recogido. La puerta de la lavadora todavía estaba caliente y húmeda, había vaciado la basura y tenía el lavavajillas humeando con algunos platos y cubiertos, probablemente de la cena, en su interior. En este taco de madera —dice señalando la madera de olivo con los cuchillos insertados en ella— había un hueco, como ahora, y faltaba este cuchillo, que encontré dentro del lavavajillas. Me pareció curioso que hubiera puesto el lavavajillas por la mañana con los cubiertos de la cena y que no hubiera ninguna taza del desayuno en él, pero solo era un detalle sin importancia, una curiosidad. Todavía me faltaba por saber muchas cosas que he ido descubriendo después. Al principio pensé que era muy hacendosa, pero lo cierto es que debí de recogerlo todo y poner la lavadora y el lavavajillas en marcha antes de que los niños se levantaran de la cama, y para cuando nosotros llegamos ya estaba todo inmaculado —Sorondo hace una pausa para dejar a su interlocutora asimilar la información—. Juan Pedro fue visto por última vez poco antes de aparecer flotando en el canal, no estaba en condiciones de ir a hacer footing y venía hacia aquí, a su casa.

Ella asiente con resignación.

—Es difícil de explicar, no sabría decirle...—comienza con un mohín de disgusto dibujado en la boca. El acento francés se hace más patente, la cadencia de su voz se vuelve cantarina y arrastra más las erres—Llevábamos una vida viviendo juntos. Conocí a Juanpe en Magdalenas, las fiestas patronales de Rentería, hace muchos años. Teníamos amigos comunes que nos presentaron. Él era callado, discreto y a la vez un poco payaso. Siempre estaba intentando hacerme reír —afirma sonriendo con nostalgia—. Me enamoré de él, de su aplomo, de sus silencios, de su fuerza... Pero al cabo del tiempo, todo aquello que me sedujo de él se me volvió insoportable. Sus frases agudas y graciosas se fueron convirtiendo en apreciaciones irónicas y, más tarde, en comentarios sarcásticos. Me costaba saber lo que pensaba, me sentía ignorada, no me escuchaba... Fue cosa de años, no vaya a pensar que ocurrió de un día para el siguiente.

—Es una situación frecuente.

—Puede ser —asiente Nathalie—. Después de años dedicándome solo a los niños y a la casa, decidí volver a quedar con las amigas y me apunté a un coro—Nathalie se apoya en la mesa de la cocina y sonríe con nostalgia—. De joven cantaba, ¿sabe?

Eli le devuelve una sonrisa triste y le invita a seguir.

—Y apareció Josu. Era, como yo, uno de los nuevos miembros del coro y enseguida íbamos. Tenía todo lo que yo estaba echando en falta en Juanpe: me escuchaba, me hacía reír y yo estaba muy necesitada de esa atención; más de lo que creía.

—Y una cosa llevó a la otra...

Nathalie asiente con la cabeza.

—No fue algo premeditado: solo pasó. Josu me abrió los ojos sin pretenderlo, Juanpe hacía tiempo que se estaba portando como un hijo de puta conmigo.

—Entiendo.

—No lo creo, pero gracias.

—Pues debiera —dice Sorondo, sorprendiendo a la mujer—. ¿Cree en el karma?

—No mucho, soy creyente... no entiendo la pregunta.

Sorondo parece hacer caso omiso a la respuesta de Nathalie y sigue hablando mientras juguetea con el cuchillo de cocina.

—Hace años, conocí a una mujer que era madre soltera. Había estado casada, pero el niño era de otro hombre. No tenía una vida ordenada como la suya, eso está claro —señala la pizarra abarcando toda la cocina con un gesto de la mano—. Bueno, era una de tantas vidas complicadas cuya historia supongo que no viene al caso. La cuestión es que ella conoció a otro hombre, uno que la quería como nunca la habían querido. La mujer, lógicamente, se enamoró de él—dice Sorondo levantando la mirada del filo del cuchillo para observar a su interlocutora—¿Quién podía resistirse a la tentación de sentirse querido? Pero pasó el tiempo y aquella pasión de su pareja, de aquel hombre que la había aceptado tal cual era, que había adoptado a su hijo, fue haciéndose más débil. Al principio fue algo imperceptible, pero al cabo de un tiempo, sin que ella siquiera se diera cuenta, desapareció... se esfumó, dejó de quererla —dice arqueando las cejas—. En esto sí que empieza a coincidir la historia de ella con la suya, ¿no le parece? Un buen día ella se enteró de que se la estaba pegando con otra; esto también le resultará conocido. La otra, por supuesto, era más fea, tonta y joven, eso sí; pero

bueno, supongo que tampoco viene al caso. A mí me recuerda bastante a lo que ha vivido usted.

—¿Qué ocurrió? Quiero decir que, ¿cómo acabó?

—Ahí el relato se hace confuso. Un tiempo después de conocer sus devaneos, me enteré de que aquel hombre perfecto había desaparecido un día sin dejar rastro. Ni siquiera se tomó la molestia de sacar su ropa de casa de aquella mujer. Fue como si se lo hubiera tragado la tierra... o el mar, como casi sucede con Juan Pedro, quién sabe.

—Pero, ¿se fue con la otra?

—No, con la otra no. De eso estoy segura. Desapareció y no se ha vuelto a saber nada de él —zanja Sorondo.

Nathalie, un poco perpleja por la historia que acababa de escuchar y sin entender muy bien lo que le quiere decir, sacude la cabeza y comienza a hablar.

—Él, Juanpe, tenía una amante. Estoy segura de que la buscó por despecho, después de que yo le confesara mi aventura con Josu; y en cuanto tuvo oportunidad me hizo saber que se estaba viendo con otra mujer. Yo lo conocía muy bien. Quería hacerme daño, pensó cómo lo hizo, pero lo hizo como él solía hacer las cosas, de forma metódica, con esa constancia de buey que le caracterizaba. Era retorcido, créame, y podía llegar a ser un sádico. Sinceramente, dudo mucho que sintiera nada por ella. Puede que, incluso la mitad de las veces que me hizo creer que había pasado el día con ella fuera mentira, que lo dijera solo para mortificarme. Pero reconozco que consiguió su objetivo: me hirió. Y, aunque suene extraño, sentí celos, unos celos enfermizos que no podía controlar. Aquello dolía mucho más de lo que yo hubiera podido imaginar que iba a hacerlo. Cada vez que sospechaba que estaba con ella perdía la cabeza. Él también me conocía bien y sabía que me iba a ocurrir. Hace un par de semanas hablamos sobre todo esto. Me costó quedarme a solas con él, los niños, el trabajo... ya sabe, nunca encontraba un buen momento. Pero por fin pudimos hablar un rato. Fue una conversación civilizada, sin gritos ni discusiones. No hubo reproches. Le expliqué lo que me había pasado con Josu, le dije que lo sentía y que no volvería a ocurrir. Él me aseguró que íbamos a intentar arreglarlo. Yo estaba arrepentida y dispuesta a hacer borrón y cuenta nueva. Fue una especie de pacto, una tregua para reconciliarnos, o así lo entendí. Durante estas dos semanas creía que había respetado el acuerdo e incluso comenzaba a hacerme la ilusión de que volvía a ser el de antaño, pero cuando llegó a casa manchado de sangre...

—¿Vino manchado de sangre?— dice Sorondo simulando sorpresa—¿De qué día estamos hablando?

—Sí, eso fue el lunes once —asiente la mujer—, la madrugada del mismo día que ustedes dos vinieron a contarme que lo habían encontrado flotando en el Puntal. Tenía un golpe en la barbilla y una herida en el costado— Nathalie se palpa el costado

izquierdo, para indicar a la policía el lugar de la herida— y Juanpe me dijo que se había peleado por Irene.

—Irene...

—Una compañera del trabajo—dice Nathalie poniendo cara de disgusto—. ¿La conoce?

—Creo que sí.

—Me lo dijo tal cual, incluso sonrió al decirlo.

De improvviso, un niño que apenas llega a la altura de la mesa de la cocina entrallorando: su hermano mayor no le dejaba sus dibujos animados favoritos. Sorondo vuelve a colocar el cuchillo en su orificio del taco de madera de olivo. Nathalie se disculpa con un suspiro y se ausenta un momento, saliendo de la cocina con su hijo de la mano. Cuando regresa, nuevamente apoya el cuerpo en la mesa de la cocina, sin llegar a sentarse, esconde las manos en los bolsillos de su pantalón y mira a los ojos a Sorondo.

—¿Que se había peleado por otra mujer?—retoma el relato de lo sucedido Nathalie—¡Por esa tal Irene! ¿Cómo pudo hacer eso y luego venir donde mí a contármelo? Entiéndalo: me volví loca. Él se rió de mí. ¡Se estaba riendo de mí! Me sentí traicionada, perdida... no sé lo que me pasó, prácticamente no lo recuerdo—Nathalie suspira y se mira la punta de los pies—. Él tenía esas cosas, podía llegar a ser cruel con sus comentarios, sus desplantes, incluso con sus silencios. Era mordaz, hiriente... —insiste bajando cada vez más la voz—. Le aseguro que tan dolorosa como las discusiones o que un bofetón, puede llegar a ser una sonrisa cínica, una mirada o una palabra que no se dice. Juanpe sabía hacer bien eso. Tenía una intuición excepcional para saber cuándo y cómo hacerlo; era un verdadero maestro y practicaba conmigo. Aquel día me humilló—ella levanta la mirada, buscando los ojos de Sorondo—, y yo no lo soporté más.

—Y le acuchilló.

—Varias veces, es cierto... pero fue sin pretenderlo. Ni siquiera recuerdo haber cogido el cuchillo. Después tuve miedo.

—Fueron siete cuchilladas... —le hace notar Sorondo—bueno seis—matiza al recordar que la sexta punción procedía del sable de Aitor— y no la creo en eso de que no quería hacerlo, puede que no lo tuviera preparado, pero usted sabía lo que hacía, es posible que llevara algún tiempo deseándolo, que incluso lo hubiera imaginado, incluidos los pasos necesarios para borrar sus huellas. ¿Actuó sola? —pregunta sin darle tiempo a protestar.

—Sí. Los niños estaban en la cama, lo estaba poniendo todo perdido de sangre... lo bajé al coche... todavía lo odiaba por lo que me había hecho. Se lo merecía.

—Y lo tiró al mar.

Ella duda un instante, aparta la mirada y la dirige hacia la ventana.

—Al Puntal—responde con un nuevo suspiro y sin girarse—, más o menos donde lo encontraron más tarde, debió quedarse enganchado en alguna rama, o varado en la arena del recodo del canal; no lo pensé mucho en el momento, pero más tarde me sorprendió que no lo hubiera arrastrado la corriente. Como decía usted, si no hubiera sido por eso, es posible que se lo hubiera tragado el mar, arrastrándolo fuera de la bahía. Después volví a casa y limpié la sangre de la cocina, no quería que la vieran los niños.

—¿Y el coche, el ascensor...?

—Las gotas del ascensor se limpiaron fácilmente con un pañuelito de papel. El coche... lo he intentado, pero no acaba de salir bien de la tapicería.

* * *

Antes de las seis de la mañana, un Juan Pedro completamente empapado por la lluvia y manchado de sangre, llegó a su casa. Nathalie estaba despierta trajinando por la cocina. Al verle llegar con la cara marcada, la caja de los sables bajo el brazo y la camiseta manchada de sangre, se alarmó.

—¿Qué ha ocurrido? —la mujer recogió las armas y las colocó sobre la mesa, mientras palpaba nerviosa el cuerpo de su marido, buscando el origen de la sangre.

Juan Pedro estaba mojado, le dolía la mandíbula y le escocía el costado izquierdo. No sabía qué excusa iba a poner en el servicio de urgencias para que le dieran un par de puntos en la herida y, por encima de todo, le dolía haber sido derrotado por Aitor, a quien seguía considerando menos hábil que él. Había sido, sin lugar a dudas, un golpe de suerte que le martilleaba la cabeza y el orgullo. Se sentía profundamente humillado por la derrota.

De Nathalie, que lo interrogaba con la mirada, solo veía las carencias, la reciente traición a su confianza ingenua y el origen de sus males. No le gustaba que leviera de esa forma, débil, herido y derrotado. Se irguió, reuniendo todo el orgullo que pudo componer y sonrió sarcástico, mientras la separaba desí observándose el costado con fingida indiferencia.

—Me he batido en duelo por Irene —le escupió todavía borracho de la adrenalina del duelo, escogiendo con cuidado las palabras, sin mirarla siquiera.

Nathalie retrocedió como si le hubiera dado una bofetada. Le miró, sin comprender del todo cómo era posible que ese hombre que tenía delante, padre de sus hijos, se hubiera alejado tanto de ella como para hacerle ese daño conscientemente. A Juan Pedro, que ahora la observaba de reojo, parecía divertirle su reacción.

—Estúpido, ¿verdad?—continuó como si tal cosa— Lo que más me jode es que el creído de Aitor haya sido capaz de pincharme. Igual es la primera vez que consigue ganarme un lance con el sable. Menos mal que no ha tenido cojones de empujar más el acero.

Elle dejó de pensar racionalmente, como si un interruptor invisible se hubiera apagado en su cabeza. Seguramente era la frase más larga que había escuchado de boca de Juan Pedro en semanas; pero ni siquiera estaba entendiendo lo que le decía. Le veía mover la boca y sonreír como un estúpido. Traidor asqueroso. Como en un sueño, se vio cogiendo uno de los cuchillos que les regalaron en una promoción del banco, media docena de cuchillos ensartados en un taco de madera de olivo, casi sin reparar en su tamaño o forma, y avanzar hacia él, que estaba más atento a su herida que a ella, con una rabia incontenible. Nathalie comenzó a lanzar cuchilladas a Juan Pedro, una dos, tres veces, en una sucesión rápida, ante la mirada atónita de su marido, que reaccionó demasiado tarde para intentar parar sus acometidas.

Nathalie se detuvo hasta que Juan Pedro dio un traspie y cayó al suelo de la cocina con media docena de cuchilladas mortales y aquella mirada de asombro infinito en su cara.

La media hora siguiente fue extraña para Nathalie, que aun días después apenas conseguía recordar con detalle sus movimientos, una sucesión confusa de acciones veladas por la niebla de la ira y los celos. Todo ocurrió tan deprisa y en silencio que sus hijos continuaron dormidos. Juan Pedro no emitió ni un gemido de dolor. De alguna manera, sin reflexionar en lo que estaba haciendo, comenzó a desnudarle para ponerle ropa seca, pero tras comprobar que bajo el pantalón del chándal llevaba un pantalón corto de licra, y ver alarmada que la hora avanzaba en el reloj de pared de la cocina, decidió dejar a Juan Pedro tal cual estaba y bajarlo hasta el garaje en el ascensor. Juan Pedro, en estado de shock, colaboró con ella creyendo, con toda seguridad, estar siendo trasladado al hospital. Para cuando llegaron al Puntal, Juan Pedro yase quedaba dormido intermitentemente, mareado por la pérdida de sangre, pero ella se las ingenió para que la ayudara a sacarlo del coche y que le acompañara hasta el borde del canal, donde él, una vez más le miró sin enfocar, con la mirada perdida, la mano derecha lacerada y manchada de sangre sobre las heridas y sin comprender muy bien qué hacían allí.

Cuando cayó hacia las turbias y frías aguas del canal, rebotando en los cantos de las piedras de la pared del puntal y cortándose la piel con las afiladas ostras del fondo, apenas le quedaba un hilo de consciencia.

* * *

La sinceridad casi indiferente de Nathalie, su aparente frialdad, llama la atención a Sorondo, pero no hace ningún comentario.

—¿Me va a detener ahora?

Eli oye a los niños discutiendo otra vez a lo lejos, tras la puerta de la sala, que Nathalie ha cerrado para evitar que escucharan la conversación. Eli mira a la mujer durante unos segundos, mientras ella la observa esperando una respuesta.

—No—responde por fin—. Pero no se aleje de aquí. Si se le ocurre desaparecer, la perseguiré hasta el fin del mundo si hace falta.

—No tengo intención de irme, pero avísame con tiempo, para que ponga las cosas en orden y los niños se queden bien colocados. ¿No se va a llevar...? —Nathalie señala con la barbilla hacia la encimera de piedra donde descansa la colección de cuchillos.

Sorondo le lanza una mirada extraña, le da la espalda y sale de la casa sin contestarle, procurando no hacer ruido con la puerta para no llamar la atención de los niños.

* * *

El domingo ha amanecido triste, brumoso, con esa quietud en el aire ausente de brisa que invita a invernar. Aunque no parece que vaya a llover. La bajamar hace que el canal de paredes escalonadas en piedra, lleve menos agua que la primera vez que lo vio, el día que se recuperó el cadáver de Juan Pedro. A la marea especialmente bajase suma que no ha llovido en unos días y eso ayuda a que el fango del fondo, negro y brillante como la tinta del chipirón, emerja de las aguas aquí y allá, dejando al descubierto cantos rodados, escombros y ramas mezcladas con el limo. Los tres últimos escalones de piedra están completamente cubiertos de ostras tapizadas por un tupido musgo verde que, piensa Sorondo, han ido a escoger un extraño lugar para crecer y que le extrañaría que fueran comestibles.

Eli pasea despacio junto al pretil, como si midiera la distancia de aquella avenida que los hondarribitarras llamaban El Puntal. Se acaba de tomar un té con leche en un bar próximo al embarcadero y ha encendido su segundo cigarrillo.

Cualquier día de estos tendrá que dejar de fumar, como casi todos sus conocidos.

Reflexiona que, al final, van a conseguir con la ley anti tabaco lo que no consiguió, por mucho que lo intentara, su segundapareja. Con la poca gracia que le hace tener que doblegarse con esto del fumar.

Sin apagar el cigarrillo, tiene el teléfono móvil pegado a la oreja, uno más sofisticado que los que proporciona el Departamento de Interior, con pantalla táctil y todas esas pijaditas que gustan a todo el mundo, pero con la tarjeta del teléfono de la Empresa. Lleva unos minutos hablando con uno de sus muchos contactos, uno de los más recientes: Ahmed, el amazigh.

—Estabais discutiendo, sí —Sorondo camina junto al pretil de piedra del Puntal, en dirección hacia la bahía —, él iba a abrir un coche... ¿me estás escuchando?, Ahmed, esto es serio. Sí, de mango de madera ¿otra vez? —la policía se arma de paciencia, su interlocutor no parece entenderle— Eso es. De acuerdo, de madera... sí, largo, aha. Repíteme la descripción de tu amigo. Sí... de acuerdo. ¿Qué ocurrió entonces? —ella escucha durante un momento y asiente con la cabeza— Eso es. Y le empujó ¿Verdad?... al agua, correcto. De acuerdo, ahora quiero que repitas todo eso al Instructor de las diligencias, que es el señor que lleva la investigación en Irun. ¿Te has apuntado el teléfono que te he dicho o te lo repito?... le llamas mañana, lunes... ya sé que no eres tonto Ahmed, todo lo contrario —le dice con un tono cercano a la ternura—, de acuerdo. Sabré si lo has hecho ¿Me oyes? —al otro lado, la línea se queda en silencio. Sorondo suelta un juramento impropio para una mujer policía y guarda el móvil en el bolso.

Observa a su alrededor. Piensa que es un lugar precioso, aún en otoño, con las copas de los árboles cercanos medio peladas, el suelo mojado a pesar de que hace días que no ha llovido, y el cielo gris. Vuelve a meter la mano en el bolso, enreda un poco entre sus cosas y se queda parada un instante al notar con sus dedos el pequeño casquillo metálico de bordes afilados que dejó caer allí hace unos días. Siente su tacto frío, el borde afilado, y contempla, por la abertura de la cremallera, la pátina ennegrecida a causa de los años expuesto a la intemperie. Es como si todo volviera a la superficie otra vez, como si la historia se moviera en espiral y estuviera pasando casi por el mismo sitio una vez más.

¿Quién es ella para privar de su madre a unos niños que acaban de perder a su padre? Nathalie tampoco iba a quedar exonerada de culpa, bien lo sabe Eli, el remordimiento la perseguirá toda su vida y el recuerdo perdurará cada día en las miradas, los gestos y las preguntas de sus hijos; de eso también está segura la policía.

Van a quedar flecos sueltos y habrá que dar muchas explicaciones, pero no será la primera vez.

Hace a un lado el casquillo y coge un paquetito alargado, un objeto envuelto en papel, del que extrae un cuchillo de filetear con mango de madera y la etiqueta con el precio todavía adherida al filo. La quita sin dificultad levantándola con la uña y, tras verificar que no hay nadie observándole en el paseo, con un discreto movimiento circular, lo arroja lejos de sí al agua del canal, al que cae con un pequeño chapoteo casi junto a la pared contraria, cerca de uno de los brillantes islotes de fango negro.

—Descansa en paz, compañero.

Epílogo

Eli sale del complejo policial de Erandio cruzando bajo el pórtico de hormigón de la entrada, al volante de su pequeño Mini en dirección a casa, perdida en sus propios pensamientos, cuando descubre al fondo del aparcamiento exterior, junto a la verja, en la curva del badén, una motocicleta roja inconfundible que llama su atención. Apoyado en ella, el casco sobre el depósito y la chupa de cuero abierta, el motorista le saluda con una sonrisa y el brazo en alto. La mujer tiene su coche junto al muro derecho de la carretera y cruza sobre el badén hasta donde espera su compañero de trabajo.

—¿Tomando el sol? —le pregunta.

—Enhorabuena —responde él.

—¿Por qué?

—Por el ascenso y por la resolución del caso.

—Respecto al ascenso, es fascinante como corren las noticias dentro de *La Empresa*.

—Hablé con Carlos hace unos días.

—Eso lo explica, sí —asiente Eli quitándose las gafas de sol—. ¿Has venido hasta aquí solo para darme la enhorabuena?

Aitor pone cara de circunstancias y niega con la cabeza, frunciendo los labios.

—Ya decía yo.

Al policía, aunque ha ido hasta el lugar de trabajo de Sorondo en busca de la información que le interesa, le cuesta admitir que teme las consecuencias de que el resultado de las investigaciones se haga público.

—No he podido leer el atestado policial, ya sabes que está restringido, y prefiero no entrar en él, pero Carlos me ha comentado que un testigo llamó por teléfono a David, el Instructor de Irun, afirmando que el homicida fue un conocido suyo y que proporcionó datos concretos para encontrar el arma del crimen. ¿Es así?

—Exacto.

—¿Y...?

—¿Y qué hay de lo mío? —dice Sorondo.

—¿De lo tuyo? —responde Aitor desconcertado.

—Es un decir, hombre —le aclara ella, sintiéndoun poquito decompasión por él—. Me refería a que seguramente querrás saber si vas a tener que declarar sobre tu fantástico duelo al amanecer con Juan Pedro un par de horas antes de que muriera.

—Sí, claro. Yo no lo habría expresado mejor.

—Muchas explicaciones para un hecho insólito que, por otro lado, ha acabado por no tener relevancia. Además, dos adultos, policías por más señas, batiéndose en duelo de espadas con padrinos y todo... ¿Quién iba a creérselo?

El hombre asiente apesadumbrado y algo desorientado antes incluso de comprender que no iba a tener que prestar declaración.

—Hemos esperado unos días para hacerlo público porque queríamos corroborar la información que aportó el testigo e intentar localizarlo para tomarle declaración. Todo ha sido en vano. Después de llamar a la comisaría de Irun e informar de lo que ocurrió, se lo ha tragado la tierra. Probablemente tendría miedo de que lo detuviéramos a él también. Lo que sí hemos encontrado ha sido el cuchillo en el lugar en el que informaba David que lo había tirado el asesino. Los buzos de la Ertzaintza lo sacaron del canal el mismo lunes por la tarde, unas horas después de que el testigo nos lo comunicara.

—¿Me has dejado fuera del atestado? —reacciona Aitor sin acabar de creérselo.

La mirada de Eli es firme y elocuente.

—Parece que Juan Pedro se tropezó con un par de magrebís mientras hacía footing de madrugada. Los sorprendió mientras intentaban robar en un coche e intentó detenerlos, pero la suerte no le acompañó aquel día. Uno de ellos se revolvió, lo acuchilló de improviso, con saña, probablemente con la misma herramienta que estaba utilizando para forzar la cerradura y lo tiró al canal, deshaciéndose después del arma en el mismo sitio. Un caso de pura mala suerte —repite Eli apesadumbrada—. Creo que para el lunes que viene podremos llevar las diligencias al juzgado —concluye con un ligero encogimiento de hombros.

—¿Juanpe se fue a hacer footing cuando bajó de las ruinas del antiguo Parador de Jaizkibel, sangrando como estaba del costado y con el morro partido? —se asombró incrédulo el policía.

Sorondo coloca la mano en la mejilla de Aitor, sobre la cicatriz, y le susurra con firmeza.

—¿Tienes una explicación mejor para lo que sucedió?

—Eli, eso no tiene ni pies ni cabeza. ¿Cómo va a...?

—Confía en mí—reclama ella—.La versión de la muerte de Juan Pedro es coherente con los hechos y con las pruebas encontradas. Es tu oportunidad de pasar página, de olvidarte de Juanpe y de todo lo que te ha tocado vivir el último año. Juan Pedro era un tipo extraño, que estaba alterado y podía, perfectamente, haber ido a correr, o a pasear por el Puntal de madrugada y haberse encontrado con aquello. Además, aparte de nosotros nadie conoce el detalle de que estuviera herido cuando se encontró con su asesino. Toda la historia es coherente.

El coche de un compañero de la oficina de Investigación Criminal cruza tras ellos y toca la bocina al reconocer a Eli, que permanece a la espera de la reacción de Aitor y no devuelve el saludo.

—¿Aitor?

El policía de Asuntos Internos asiente despacio, como si reflexionara y quisiera dar por bueno el argumento de Sorondo.

—Seguramente fue a despejarse después de perder el duelo y se los encontró allí. Estaría caminando para reflexionar sobre lo ocurrido y enfriarse un poco antes de volver a casa.

Ella se separa unos centímetros de la cara del policía y le acaricia la cicatriz sin dejar de mirarle, aunque retira la mano de inmediato, arrepentida quizás del gesto, para a continuación girarse y regresar hacia su vehículo. Una vez cerrada la puerta y con el coche ya en movimiento, abre la ventanilla y le grita:

—¡Recuerda que todavía me debes un té!—lo hace con calculada malicia, porque sabe que la deuda ya fue saldada cuando comieron en Hondarribia.

El comentario consigue arrancar media sonrisa al policía, que despide a su compañera saludándole tímidamente con el brazo, mientras el Mini gana velocidad a medida que desciende la cuesta.

En Irun a 15 de marzo de 2014